

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
Facultad de Filosofía y Letras



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA DEL DEPARTAMENTO DE
LETRAS CLASICAS

X.C.
1963
22/11/63



FILOSOFIA
Y LETRAS

Horacio como Norma

TESIS PROFESIONAL

Que para optar el grado de Maestra en

LETRAS CLASICAS

presenta la alumna

ROSA REY ROMAY

BIBLIOTECA DEL DEPARTAMENTO DE LETRAS CLASICAS

MEXICO, D. F.

1 9 6 3



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Dedico este sencillo trabajo sobre Horacio, al
Sr. Profr. MANUEL GARCIA PEREZ,
estudioso apasionado de las letras clásicas,
mi esposo y mi maestro.*

P R O L O G O

Conocer a los clásicos es entrar en comunión con los paradigmas de los eternos valores de la creación humana. Grecia y Roma son el alma mater venerable y fecundísima, antigua y siempre joven que preside las mejores conquistas de la cultura, aquellas que se proyectan sobre el desenvolvimiento integral de las facultades del hombre y que, como decía Séneca el viejo, le descubren su grandeza y le ayudan a superarse a sí mismo. Aunque a nuestro tiempo lo absorban otros afanes de muy distinta índole al noble ideal de las civilizaciones clásicas y el progreso material con su delirante apresuramiento arrolle la divina serenidad olímpica; lo práctico y lo utilitario se erijan desafiantes sobre la soberana majestad de la belleza; el predominio violento de la idea rompa su equilibrio armonioso con la gracia y la sobrestimación de la comodidad y el lucro agobie el libre vuelo de la fantasía, oebemos acercarnos a los clásicos, entraña palpitante de nuestra cultura. En ellos beberemos el agua incontaminada en su propio manantial. Allí tendremos que volver inevitablemente a vindicar para nuestro momento histórico su inspiración humanística como anhelo infinito de perfeccionamiento.

Admiro mi siglo por el poderío insólito que el hombre ha alcanzado sobre la materia. Sus últimas investigaciones en el nunca tan asediado campo de las ciencias experimentales le revelaron el microcosmos del átomo, le dieron armas para penetrar sus conditeces y fisionar el núcleo de su íntima estructura liberando su

energía hasta entonces inmanente. Puesta en manos de una humanidad que ha adelantado mucho el entendimiento y dejado atrás el corazón, esa fuerza portentosa abrió la más grave incógnita de angustia que amenazara jamás su destino. Poderes inimaginables para el bien o el mal están a merced de la ética política imperante que, ávida de poder y ajena en todo a la justicia y a la equidad, patrocina los caros descubrimientos de la ciencia para obtener de ellos, principalmente, pavorosos medios de destrucción y muerte. En alas de una técnica audaz, que es el signo de nuestro tiempo, el hombre de hoy —*anthropomorphus bellicus*— ha irrumpido también en la inmensidad de los espacios siderales para librar la descomunal batalla de nuestra modernidad. En su aventura sin precedente para enseñorearse del espacio extra terrestre, se remonta hasta los astros sin elevarse él mismo, y desde esas alturas, alturas sombrías, un nuevo amago de muerte se cierne sobre su existencia. Una civilización que no se desarrolle bajo la suprema armonía de valores de la ética y de la estética es una mole sin grandeza, un coloso sin cimientos, que se derrumbará algún día sobre sus propios constructores. La nuestra, con esa su propensión tan acentuada hacia el progreso material, está alejándose cada vez más del cultivo del espíritu y llegará el día en que tenga forzosamente que rectificar o perecer.

Nos hace falta la compañía confortante de los clásicos. Me he acercado a Horacio convencida de que no ha muerto, de que su actualidad es permanente en cualquier latitud de la tierra y de que hallamos en él enseñanza, estímulo y ejemplo. Su instruir deleitando será siempre la regla de oro del magisterio inteligente; la prosperidad de los pueblos como fruto de la paz y de la vida honesta de sus ciudadanos, tal como él la concebía, es hoy y será siempre la convicción del buen estadista; su terminante censura de la miseria del pobre frente al derroche de la opulencia, es la tesis moderna de las más avanzadas teorías económicas; la vocación realizada, la conciencia del propio valer y la fe optimista en el esfuerzo perseverante, normas del éxito legítimo para Horacio,

nos hablan con toda la elocuencia del ejemplo al través de toda su vida. Además, y sobre todo, Horacio interesará siempre por su ardiente empeño de perfección realizado con plenitud. El poseyó como nadie el secreto de la palabra cadenciosa y el ingenio sutilmente discriminatorio de la erudición, el "ne quid nimis" en que se cifra su arte para llevar la frase por el camino más corto, envuelta en el giro de la sobria elegancia que no lo dice todo pero todo lo sugiere.

He aquí el motivo de esta tesis. La justificación de su nombre está en la perpetua proyección dinámica hacia el futuro, porque es un poeta moderno en todos los tiempos. Su obra, lo dice él mismo con legítimo orgullo, es un "monumento más perenne que el bronce, más alto que las pirámides reales, que ni la lluvia roedora ni el imponente aquilón podrán arruinar; ni la innumerable serie de los años, ni la huída de los tiempos". Su espíritu, como numen tutelar, alentará siempre en la inspiración de los poetas dignos de tol nombre y en las grandes innovaciones de la poesía que depuren y recreen las formas del verso como Horacio lo hizo en Roma hace veinte siglos.

X X X

De los seis capítulos en que dividí este trabajo, dedico el primero a las fuentes de inspiración en Horacio y lo comienzo con la Amistad, porque además de corresponderle por la nobleza de su origen —que se remonta, según Lacordaire, a regiones más libres, más puras y más profundas que las de cualquier otra afección humana— el primer lugar en el rango de los sentimientos, es el espíritu informativo por excelencia de la obra literaria del venusino. Antes que él, Aristóteles, Platón y Cicerón hicieron sobre la amistad brillantes panegíricos, pero en ninguno hallamos como en los versos de Horacio, tan acendrada la fidelidad al amigo, practicada aún en medio de las dificultades, y tan espontánea y sin reserva la generosidad que no conoce la envidia. Estos son los dos rasgos más recios de su carácter y la nota sobresaliente de su innata simpatía por los hombres.

Después de la amistad se impone, como natural secuencia, por su afinidad con ella, hablar del amor, que es entre los dioses el "señor de los señores" y en la poesía lírica su más rico venero. Aunque la pasión amorosa no da la tónica al estro horaciano, le confiere destellos de luminosidad tal como la bellísima oda que dedicó a Leuconoe, feliz intento de consolación metafísica y oportuna apología de su "carpe diem". Bastaría ella sola por su consumado arte en la ejecución del verso y su fina esencia poética para conceder a Horacio, con todos los honores, el galardón de "sacerdos musarum".

Continúo mi estudio con otro tema de la gama efectiva que le inspiró a Horacio una buena parte de sus poesías; el motivo patriótico-político. Su amor a Roma y el cordial afecto que lo unió hasta la muerte con su príncipe, hablan ahí con los más vibrantes acentos de sinceridad. La pluma de Horacio no fue servil. El fue ante todo un buen romano y un leal colaborador de Augusto por propia y profunda convicción de sus grandes dotes de gobernante. Las abundantes referencias a personajes de la época, campañas militares, momentos críticos de la vida nacional y a las costumbres y vicios del siglo, hacen sumamente interesante este aspecto de la literatura horaciana por su acuciosa información histórica. Aquí el cuadro político-social de los comienzos del imperio puede parecer prolijo, pero es necesario para explicarnos el por qué de la insistencia moralizante del poeta, su reiterado encarecimiento de la paz y sus constantes exhortaciones al pueblo para secundar la política del soberano. En seguida abordo otros temas de menor incidencia, como el de la muerte, que sólo en dos ocasiones empaña su alegría de vivir; el amor filial, al que no dedica ningún canto en particular sino férvidas intercalaciones ocasionales; el paisaje, que en él es realista y rigurosamente complementario de la escena, y el encomio de la poesía a la que se debe todo entero.

Este polifacético calidoscopio tiene un denominador común de juicio: el criterio personal de Horacio. Producto de su compleja experiencia del mundo, en función de sus propias reflexiones y de

aquellas que le sugirieron las corrientes del pensamiento que privaban en su época, culminó en un concepto original del *ars vivendi*, perfecto equilibrio apolíneo-dionisiaco, virtud que da unidad y coherencia a toda su obra. Esto, a que llamaré su filosofía, constituye su valioso fondo humanístico y es para mí el verdadero gran tema horaciano.

Para el primer capítulo leí las obras completas de Horacio en la colección Laurand, las XL ODAS de Alfonso Méndez Plancarte, EL PRISMA DE HORACIO de Octaviano Valdés, además de diversas traducciones e imitaciones de autores mexicanos y españoles. Para los datos históricos de la época consulté EL MUNDO DE LOS CÉSARES de Mummsen, la HISTORIA DE ROMA de los profesores Ida Appendini y Silvio Zavala, la VIDA COTIDIANA EN ROMA de Jerome Carcopino, LA CIUDAD ANTIGUA de Fustel de Coulange y la GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS ROMANOS de Montesquieu.

En el segundo capítulo doy una rápida ojeada al uso estilístico horaciano del sustantivo, del adjetivo y del verbo. En algunos casos la modalidad estilística que señalo no es exclusiva de Horacio sino que aparece también en otros autores, pero me circunscribo a él solamente por no hacer demasiado largas las citas, dadas las modestas pretensiones concretas de mi trabajo.

En los capítulos III y IV me refiero a lo original suyo que aportó el maestro Horacio a las letras romanas. En el III trato de la normalización de las series métricas que importó de Grecia y del nuevo estilo que imprimió a la vieja sátira latina. El capítulo IV es un breve examen de la frecuencia con que intervienen los elementos populares en la poesía horaciana, los que dieron, especialmente al lenguaje de sus sátiras y epístolas, unas veces por su coordinación en el verso y otras por medio de síntesis novísimas, una gracia y una elocuencia muy especiales.

Los capítulos V y VI hablan de la pujanza de la obra horaciana para promover en todos los países europeos y americanos un fuerte movimiento de emulación y asimilación. No pretendo, desde luego, hacer un estudio exhaustivo de la influencia horacia-

na en estos países, sino simplemente señalarla. Me he valido para ello de los libros de Gr. Showerman, HORACE AND HIS INFLUENCE; de T. Frank CATULUS AND HORACE; de E. K. Rand, A WALK TO HORACE'S FARM y de un catálogo bibliográfico internacional de literatura romana.

El capítulo VI es una continuación del anterior, referido en particular a la vasta comunidad de países de habla española, a la cabeza de la cual, por un motivo evidente figura la propia España. La última parte de este capítulo se refiere especialmente a México y tiene una mayor extensión que la dedicada a otros países hispanoamericanos, por ser el nuestro donde el florecimiento horaciano alcanzó mayor esplendor y donde el humanismo —desde los lejanos días de los ilustres misioneros de la conquista, apasionados defensores de los indios— realizó su objetivo supremo: la comprensión del hombre por el hombre sin distinción de razas o categorías sociales. Utilicé como fuentes informativas HORACIO EN ESPAÑA de Marcelino Menéndez Pelayo, HISTORIA DE LA POESIA HISPANOAMERICANA, del mismo autor, HORACIO EN MEXICO de Gabriel Méndez Plancarte, AMBROSIO RAMIREZ TRADUCTOR DE HORACIO de José Antonio Peñaloza y HUMANISMO EN MEXICO EN EL SIGLO XVI de Xavier Gómez Robledo.

Al final de este estudio menciono detalladamente toda la bibliografía que interviene. Las citas de Horacio las hago con la inicial correspondiente al nombre genérico del libro, excepto las odas, seguidas del número del mismo en caracteres romanos y, a continuación, la obra de que se trata en números arábigos.

Las limitaciones de esta tesis se deben en primer lugar a mi escasez de conocimientos y a las dificultades a veces insuperables para reunir toda la bibliografía necesaria. Lo que tenga de valor documental o de ilustración en la materia, constituye mi deuda con cada uno de los autores de los libros que me han auxiliado y con mis competentes y bondadosos maestros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, a quienes expreso mi sincero agradecimiento, especialmente a mi

docto maestro don Pedro Urbano González de la Calle, quien generosamente me facilitó sus importantes estudios horacianos y fuentes de información bibliográfica; y al señor profesor Rafael Moreno por su ayuda en el ordenamiento de los temas y revisión final de esta tesis, pero mi deuda principal es la que contraí con el mismo Horacio que, con vivo entusiasmo, me ha sugerido cada una de esas páginas escritas con devota admiración. **

** Hago especial mención de agradecimiento a la biblioteca BENJAMIN FRANKLIN por cuyo conducto llegaron a mis manos con toda eficacia y gentileza todos los libros que solicité en lengua inglesa a la Biblioteca del Congreso de Washington.

CAPÍTULO I

SUS FUENTES DE INSPIRACION Y SU FILOSOFIA

El mérito inmarcesible del gran poeta lírico es el magnetismo que irradia de su propia personalidad. Horacio interesará siempre porque en su obra literaria alienta la sabiduría que da la profunda experiencia de la vida; por su humana comprensión, esencia de su amena filosofía que "remoza el alma;" y por la perfección avasalladora lograda en la forma, digna corona de su pensamiento.

La experiencia de la vida, elemento subyacente en la poesía de Horacio y a la que debe su perenne actualidad, fue rica y variada: residió en la provincia y en la gran urbe, en Grecia, en Asia y en varios lugares de Italia; trató con la gente de la corte, instruída y acaudalada, y con la pobre e ignorante del pueblo; se relacionó con los más conspicuos personajes de la época y estuvo estrechamente unido a ellos por lazos de profundo y sincero afecto; fue expoliado por la fortuna y también mimado de ella. La estimación que profesó a sus amigos y las pasiones que le inspiraron sus amadas; la veneración por su padre y por su patria; la fe ciega en el hábil timonel de la nave del Estado; la "aurea mediocrítas" y el "carpe diem", en que se cifra su arte de vivir, son las voces que hablaron más de cerca a la musa del poeta.

A Horacio debe llamársele el poeta de la Amistad: la mayoría de sus obras están dedicadas o dirigidas a algún amigo. Y cuánta constancia en el afecto, ternura y generosidad rebosan. A Virgilio, el cantor de los pastores, de los labriegos y de los caudillos, el noble poeta que le tendió la primera mano para ascender a la

inmortalidad gloriosa, lo llama con vibrantes acentos "la mitad de mi alma" (1). En la sentida oda que le dedica para consolarlo de la muerte del común amigo, Q. Varo, dice: "Por muchos buenos murió digno de ser llorado; pero por ninguno más que por ti, Virgilio. ¿Cuándo volverán a reunirse en otro mortal un tan bello cortejo de virtudes?" (2). A César Augusto, quien armonizará las voluntades y traerá la buenaventura de la patria, destrozada por las guerras civiles que, como maldición, expían la sangre derramada en el fratricidio de su origen, conjúrale para que no abandone demasiado pronto la tierra por el cielo, porque el pueblo romano ha menester de su guía y protección: "Te duce Caesar... pater atque princeps" (3). Mecenas, a quien cantará su primera musa y a quien cantará su musa postrera, el ilustre destinatario de la oda, la epístola y el épodo iniciales de sus primeros libros, su "protector y dulce gloria", es amado con tan conmovedora adhesión que no quiere sobrevivirle (4). A Septimio, uno de sus grandes amigos, el mismo a quien recomienda con Tiberio Nerón en la epístola novena del libro primero y, objeto también, de una carta que Augusto dirigió a Horacio, lo invita a compartir la amabilidad de su nunca bien ponderada granja titurtuina, aquel rincón ("angulos ridens") de la Tierra donde la miel no cede al Himeto y la verde oliva compite con el Venafro, donde morirá dichoso sí una lágrima suya, como supremo tributo de amistad, moja sus cenizas calientes (5). A Iccio, el procurador de Sicilia, su compañero de solaces filosóficos, le reprocha con suma delicadeza y donaire que se enrole en una expedición militar y abandone la común amistad y las comunes aficiones por el cuidado de rehacer su derrumbada fortuna (6). Para Agripa, el yerno de Augusto, el héroe de las batallas y de la diplomacia, no halla palabras dignas de sus memo-

(1).—..... I, 3

(2).—..... I, 24

(3).—..... I, 2; I, 12; III, 5; IV, 14; IV, 15; Epist. II, 1

(4).—..... I, 1; II, 20; III, 8; III, 16; III, 29; Ep. 1, 3, 8; Epist. I, 1; I, 7; I, 19.

(5).—..... II, 6

(6).—..... I, 29

rables hazañas (7). Tíndaris, otro de sus excelentes amigos, recibe los afectuosos halagos de su don de hospitalidad, en su amado retiro, donde —extraordinario término de encarecimiento— gustan ir a recrearse los dioses, dejando otras estancias deleitosas (8). A Polión, hombre de gran historial político y envuelto en todas las grandes perturbaciones de su tiempo, el primer patrocinador de Virgilio y el que le sugirió la composición de las bucólicas, lo llama, con admiración, defensor de los acusados, luminaria de los debates senatoriales y héroe de los campos de Dalmacia. Aunque Polión se negó a ir en seguimiento de Octavio a Accio, por ser amigo de Antonio, no calló Horacio la alabanza a su talento, pues siempre procuró conservar una digna independencia, la que nunca pusieron en peligro los favores del emperador (9). "Eheu fugaces, Postume, Postume"... En esta oda que es un grave monumento de melancolía, al igual que en la oda a Sestio (10), el pensamiento amargo de la muerte embarga al poeta: "Ay, como fugitivos, se deslizan Póstumo, caro Póstumo los años y ni la piedad dará retardo a la vejez rugosa e inminente, ni a la muerte que jamás fue dominada" (11). A Torcuato le hace meditar en el morir y el renacer eternos de la naturaleza en cada vuelta de las estaciones, en contraste con el hombre que, cuando se acaba, se acaba para siempre y lo único que le sobrevive es el bien que hiciere (12). Con una entusiasta descripción de la primavera, siempre vivamente deseada por el poeta, pintada con cálidas evocaciones de mitología y realismo, trata de convencer a su amigo el cónsul Sextio, para que dé una tregua a sus ocupaciones y preocupaciones y se apresure a gozarla porque la vida breve nos veda largas esperanzas: ... "la muerte pisa con pie igual las chozas de los pobres y

-
- (7).—..... I, 6
 (8).—..... I, 17
 (9).—..... II, 1
 (10).—..... I, 4
 (11).—..... II, 14
 (12).—..... IV, 7

los alcázares de los reyes" (13). A Crispo Salustio, sobrino del historiador, dedica una de sus odas sobre filosofía moral: "lo que da precio a la fortuna es el uso que de ella se hace; la generosidad merece la gloria; la avaricia es lúvida, triste y sin honor" (14).

Entre odas y épidos dedicó Horacio a sus amigos unos cincuenta y tres poemas, inspirados en el más alto concepto de las personas y en el interés por su ventura, llevan mensajes de cordialidad y gratitud, elogios y bienandanzas. Desfilan por sus páginas, en abigarrada sucesión, gente de la época con el cortejo de sus hazañas, cualidades, aficiones e inquietudes y, envueltos en el nimbo de la gloria, los antepasados ilustres, como esclarecidos ejemplos de urgente imitación.

En la obra horaciana todo discurre rimado con la nota omnipresente que da el clima espiritual de la sociedad romana del momento, la que en evidente crisis de valores morales exhibe aún las reliquias de sus antiguas virtudes. Las modernas corrupciones se iban infiltrando vertiginosamente, Augusto, impuesto de la gravedad de la situación y preocupado hasta el punto de proponerse terminar con ella —tal dice la voz de su poeta— se revistió en el año 28 a.c. de una nueva magistratura "Magisterium morum", para expurgar el Senado, restaurar los caídos templos y devolver al matrimonio su antigua dignidad. El emperador advertía el peligro que ha señalado después Montesquieu: Son más los estados que han perecido por la relajación de las costumbres que por la misma relajación de las leyes.

Horacio, cofautor de los planes de Augusto, cantó con jubilo-
sa exaltación patriótica sus victorias militares a fuer de cimientos de la estabilidad del mundo: el sometimiento de los sicambros (15)., el poema en honor de Druso y Tiberio Nerón, vencedores de los retos y vindélicos, enemigos formidables (16 y 17); el retorno

(13).— I, 5

(14).— II, 2

(15).— IV, 2

(16).— IV, 14

(17).— IV, 4

del monarca de España, sojuzgador de los cántabros (18); el poema en que lo felicita porque se apresta la guerra contra britanos y partos que tenían muy herido el orgullo romano (19); el aniquilamiento de Marco Antonio y Cleopatra que fraguaban la ruina del imperio (20). Pero, también pacificador, como lo exigía la máxima del gobierno imperial, no dejaba Horacio de insistir en las tremendas calamidades de las guerra civiles, y lanzó a la grey indócil de Roma enérgicas arengas condenatorias. En su tarea moralizante, dirigió Horacio severas admoniciones a la juventud por sus costumbres relajadas y, a las matronas, agrias censuras por su vida licenciosa. En cuanto a su preocupación social, el poeta muestra que se conmueve ante la tragedia del pobre, despojado de su pequeña posesión por la codicia del avaro. Este es un tema familiar para Horacio, harto satisfecho con su único bien de la Sabina, pero es un tema siempre nuevo tratado por él, embellecido cada vez a fuerza de verdad y de sentimiento. De la oda XVIII del segundo libro es este impresionante pasaje: "mira el esposo y la esposa que echas, salir abrazando a sus dioses penates, y con los hijos harapientos". Y la suprema palabra que lo mueve a corroborar su compasión hacia el pobre, no puede ser otra que la muerte, irónica e incorruptible a la oferta del oro; "Y, sin embargo, para tí, rico propietario, no queda otra mansión más cierta que la morada del Orco rapaz" (22).

La obra de Horacio llena de reveladores detalles e impregnada del gusto, la moral y la mentalidad romanas de la época, constituye un documento acucioso a la vez que amenísimo para conocer esa interesante etapa de la historia de Roma que se inicia con el principado de Augusto. Tiene con ello un valor semejante a las cartas de Cicerón para el conocimiento de la intriga política, los disturbios, las guerras y la vida social de fines de la república.

(18).—..... III, 14

(19).—..... III, 5

(20).—..... Ep. 8

(21).—..... III, 6

(22).—..... Octaviano Valdés, El Prisma de Horacio, pág. 55.

Las mujeres inspiraron a Horacio, gentiles y aladas odas y son sólo veinte las eróticas entre las ciento cuatro que escribió. No las caracteriza como a las de Catulo, Tibulo o Propercio, los arrebatos de una borrascosa pasión juvenil, pues su carrera literaria empezó ya en la madurez, a los treinta y cinco años. Ellas también fueron un factor muy importante en su vasta experiencia de la naturaleza humana. Cantadas en versos de metáforas incomparables, aliteraciones elegantes, adjetivos insustituibles y frases divinamente cinceladas a las que remata el verbo como engarce espléndido, discurren por sus páginas: Pyrrha (23), la de flava melena y tornadizos afectos, en cuya infidelidad tormentosa naufragaban todos los amores.— Cinara (24), que fué buena para él y le domeñó con cetro suave.— Lidia (25), la del blanco cuello, por quien se sintió más feliz que el rey pérsico y por quien sintió también el mayor despecho de su vida.— Lice (26), la soberbia, su puerta cerrada no cedió nunca a la porfiada insistencia del poeta.— Barine (27), tanto más seductora cuanto más peligrosa por desdeñosa y fermentida.— Glicere (28), gentil enamorada de Horacio y de Venus piadosa devota, olvidada por el poeta en sus veleidades, retorna con violencia a su pasión.— Néera, (29), la infiel que había jurado amarlo con la misma fuerza de la hiedra que se adhiere al álamo.— Lálage (30), la de dulce risa y canora charla, más demasiado joven para amante.— Leucónoe (31), premiosa interrogante a los misterios del arcano, le inspira una oda bellísima de cariñoso reproche con honduras filosóficas: "coge la flor que hoy nace alegre, ufana; ¿quién sabe si otra nacerá mañana?*"— A Galatea (32), que se ausenta, sorda a sus ruegos que no pudieron disuadirla, la sigue

-
- (23).—..... I, 5
 (24).—..... IV, 1
 (25).—..... I, 25; I, 8; III, 9
 (26).—..... III, 10
 (27).—..... II, 9
 (28).—..... I, 19
 (29).—..... Ep. 15
 (30).—..... II, 5
 (31).—..... I, 11
 (32).—..... III, 27

* Son de la versión gongorina, una de las más hermosas que existen en nuestra lengua, estos versos que escancian la fina esencia poética de esta oda horaciana, casi intraducible por su concreción estilística suma.

al través del mar con el verso suspirante.— Mirtale (33), la liberta iracunda como las olas del Hadria, que lo tiene y retiene por un capricho de la "madre cruel de los amores", es el ejemplo de fraterno consuelo en la desdicha, que ofrece a su amigo Albio Tibulo, dolido por los desdenes de su amada. . . . Como experto en el arte de gozar la vida, Horacio lo cifraba en el equilibrio de las pasiones y en la justa medida de las cosas. Aplicó al amor y al vino los tres principios que son el alma de su filosofía práctica: "ne quid numis", sobriedad eterna, el sello de la verdadera distinción espiritual; "aurea mediocritas", dulce contentamiento, de la vida, libre de ambiciones insaciables; "carpe diem", instancia sabia para gozar la hora presente porque no retorna jamás. Confiesa paladinamente que él no se abstiene de los gratos dones del Padre Liber pero que tampoco es un dipsómano. El mal, dice, no está en el amor ni en el vino sino en la afición insana. Halaga con versos cariñosos a su "ánfora piadosa", que guarda, impregnado en todos sus poros, un vino del mismo año en que él nació; recomienda a su amigo Varo que no plante ningún árbol antes que la viña sagrada, que hace huir las roedoras inquietudes y, a las jóvenes doncellas Neobule y Chloe, niñas para él con pecho de cristal, las anima a su vez a vivir prestas la hora feliz que les promete el amor.

Variada y de situaciones sociales antitéticas como fué la vida de Horacio, su poesía refleja dos aspectos diferentes de su personalidad: el hombre de provincia, al natural y sin complicaciones y el literato brillante de la corte, con su refinamiento a la griega y hecho a los artificios de la vida cosmopolita. El amó la ciudad y el campo, pero el Horacio de Venusa es el más genuino. Si en los poemas dedicados a Augusto o a la gente de su séquito hay a veces rasgos de afectación, en cambio, la más fresca espontaneidad caracteriza sus versos a los campos y las aldeas de Italia, y

(33).— 1, 33

cuando canta las proezas de los héroes desaparecidos, como Régulo, el admirado sobre todos; la misma hallamos también en las epístolas y sátiras en que filosofa acerca del espectáculo de la convivencia humana.

El verdadero Horacio es el que habla de la belleza y de la fertilidad de su tierra. No es la de él una Italia de fantasía, es la real y auténtica en que nació, vivió y vieron sus ojos; la de su tiempo y la de hoy. Horacio no es un poeta descriptivo en el sentido actual; con una palabra, o una frase solamente, enfoca la belleza del paisaje o le da, con unas cuantas pinceladas magistrales, toda la importancia que pide el ambiente del poema; pero siempre, con verdadera fruición, goza y nos hace gozar de los encantos de la naturaleza: sentimos su deleite en el viento que susurra entre los frondosos álamos, en la música de la cascada, en el zumbido de las abejas, en los coruscantes bosques de olivos, en la blanca cresta del Soracte, envuelta en flotantes copos de nieve. En su poesía está el escenario permanente de Italia, con sus bosques, sus flores, sus frutos, su ganado paciendo tranquilamente bajo el cielo de la Campania, visto con tal amor, que tal vez, sólo en Virgilio, se respire esa misma íntima satisfacción de haber nacido en Italia.

Las más solemnes odas de Horacio tienen el sabor y el paisaje de la vida romana. Las cartas y las sátiras, también son abundantes en vívidos cuadros de la existencia cotidiana. Allí vemos al cazador, empeñado en atrapar al jabalí; al labrador, disponiendo las trampas para el goloso tordo; al campesino, devoto ante su altar doméstico; a la madre del hijo marinero que, angustiada, eleva plegarias y consulta presagios, sin apartar los ojos del sinuoso litoral; al marido laborioso que ara su ladera con sus propios bueyes y enlaza los sarmientos crecidos de la vid a los altos álamos; a los jóvenes aldeanos, que a la puesta del sol, después de las faenas, acarrear los haces de leña al hogar, dóciles al mandato de una madre severa; al mismo poeta, sacrificando en honor de Baco, un cabrito blanco, en el aniversario en que un milagro lo salvó de una muerte cierta.

La paz y la quietud de la vida campestre nos las muestra amenizada a menudo con algún cuento casero de los que han sido en todo tiempo propios de la gente rústica, como el del ratón del campo y el de la ciudad; el de la zorra y la comadreja; el del hombre que a la vera del río espera a que acabe de pasar el agua; pero el agua va pasando continua y siempre, siempre pasará.

Para Horacio como para Cicerón, la religión nacional es como una de las propiedades cívicas y una parte necesaria del mecanismo del estado; pero las deidades olímpicas no agitan su entusiasmo ni evocan a menudo su simpatía. En una sola oda advertimos destellos de fervor por ellas, en la que implora a Apolo lo que es más precioso para él: ni arrastrar una vejez sin honra, ni verse privado de la cítara, y sin embargo, refleja el ruego de un hombre citadino, muy distinta de la súplica de la gente sencilla del campo, donde se conserva todavía la fe antigua y los altares de los progenitores, no los de aquellos dioses importados de Grecia y Egipto. La religión que inflama a Horacio es la religión doméstica, la autóctona romana, a la que se refieren sus imágenes del incienso elevándose en los hogares, en las fiestas de Terminalia, con sus sacrificios de borrego, libaciones de vino rojo, el ofrecimiento de frescas flores y agua de alguna fuente consagrada.

A la masa del pueblo poco le importaba el estoicismo o el epicureísmo, su filosofía era un vigoroso sentido común aprendido de la vida y no de los libros. Horacio no fue epicureísta ni estoico; de los dos sistemas le atraieron sus virtudes y le repelieron sus defectos. El criterio que norma sus especulaciones, dirigidas al fin práctico de la consecución de la felicidad, es de sello típicamente romano y, su medio humorística confesión, de su inconstante fidelidad nos demuestra que su mente estaba abierta a ambas corrientes filosóficas.

Más que un espectador de la sociedad humana, Horacio es un crítico y un intérprete; él la mira con aguda pupila, que todo lo descubre y aquilata; establece comparaciones y le da clara y juiciosa expresión a lo que ve. No debe pensarse que es un censor porfiado, su actitud es judicial y su veredicto casi siempre beniano

y bondadoso. El Horacio de las sátiras y de las epístolas, es más bien un ensayista, por la intención que lo anima y, su manera de ver la vida con los ojos del entendimiento, que le presenta a los hombres, presa de sus pasiones y víctima de sus desilusiones, añade al tajante comentario propio de la sátira una nota suavizante de indulgencia.

El observa y reflexiona sobre un mundo lleno de impacientes e insatisfechos, víctimas de su deseo insaciable y de la incertidumbre del hado y concluye que, si la vida tiene sus penas inevitables y su inevitable fin, eterna admonición contra las ambiciones desmedidas, tiene siempre también mucho de bueno y en abundancia para aquel que quiere disfrutarlo. Si nos conformamos con una parte mesurada de felicidad, ya estaremos en camino de ella, pues el que no se conforma con poco no se conforma con nada; la "aurea mediocritas", es el camino más seguro hacia la felicidad porque nos obliga a volver a la fuente olvidada de los más puros placeres y que todo el mundo tiene al alcance de su mano: allí están el solaz de la literatura, de la música, de la filosofía, de la armoniosa convivencia con nuestros semejantes, las delicias del campo y de la ciudad y, sobre todo, allí están los amigos, lo mejor que puede brindarnos la vida. La naturaleza nos ofrece el exquisito halago de la rosa y del pino, del olmo y de la fuente; nuestro amado rincón de la tierra con sus familiares encantos; el despertar exuberante de la primavera; el invierno con sus cumbres y llanuras cubiertas de nieve; el otoño con su hermosa cabeza coronada de frutos en sazón. . . . Estar contento y dejar caer la mano sobre los dones de la hora presente, tomar al día lo que trae y no dejarlo ir por esperar el mañana incierto; no lamentar el ayer muerto ni ansiar el mañana no nacido, porque el ahora es lo únicamente nuestro. Las cosas buenas de la existencia deben ser disfrutadas aquí y hoy o nunca, porque lo que hemos disfrutado nos pertenece para siempre y podremos decir al final de cada día: ¡He vivido! Dejar que jove ponga nubes negras o sol brillante en la mañana, como le plazca, lo que nos depara el presente ya está dado y no lo revoca.

El epicureísmo de Horacio está muy cerca del mismo Epicuro. Con los discípulos demasiado liberales que se enfrascaban en el placer y en la sensualidad tiene Horacio poco en común. Para él la vida completa es una mezcla de deber y felicidad, y el deber, ha de convertirse en el objeto del deseo. Extraer la miel a la vida fué, sin embargo, su más alto propósito pero esto no podía realizarse sin el ejercicio de la discriminación, de la moderación y de una mediana cultura espiritual. Sólo así se consigue hacer de la propia existencia una obra de arte, reposada, simétrica y unificada como un perfecto poema o una estatua. Los hedonistas de los mejores tiempos, en realidad, difirieron poco de los mismos estoicos.

Sus reflexiones sobre la vida, tan diáfanas como sus palabras, nos hacen entender sin ningún esfuerzo de nuestra inteligencia, la total esterilidad de muchos afanes humanos, el camino errado que seguimos en la búsqueda de nuestro propio bienestar; el escaso valor que concedemos muchas veces a lo más importante, ciegos a lo que no deslumbra.

Los hombres viven en constante asedio a la fortaleza de la felicidad como si fuera algo material que pudiera arrebatarse.

El la sitúa en el interior de nuestro pecho: es el corazón la fuente de todas las alegrías y tristezas, de toda aridez y pobreza. El hombre no crea su mundo, él es su mundo.

La riqueza y la felicidad ni son la misma cosa ni son equivalentes. La riqueza de un hombre, no consiste en la abundancia de cosas que posea, sino en el atinado buen uso que sepa hacer de lo que tenga y, de su recio autogobierno, depende el que sea señor o esclavo en la vida, ya sea que domine sus pasiones o se deje dominar por ellas. La avaricia, el amor insano, la ambición de poder, la angustia del miedo a la muerte, o a la desgracia, todavía peor, todas son formas de locura porque alteran la paz de la mente y del corazón, despojan al hombre de la coraza y el escudo de la generosidad, la mejor defensa de su salud moral, y lo convierten en fácil presa de las mezquindades que corroen el alma.

Que Horacio no fué un epicúreo recalcitrante, nos lo dice él mismo en la oda veinticuatro del primer libro, que es una sincera

retractación de los desvíos de sus mocedades, de los cuales tuvo que arrepentirse para que sus predicaciones tuvieran una eficacia mayor y su cooperación en el programa imperial, de moralizar las costumbres y restablecer la vieja religión romana, fuera sincera y efectiva: "Adorador de los dioses, avaro y negligente he sido yo mientras seguía los preceptos de una sabiduría insensata; ahora me esfuerzo en volver velas atrás". (34).

Horacio es ya estoico, ya epicúreo. El carácter de su filosofía depende de la definición de los términos y el epicureísmo con la definición de Horacio de placer y deber, difirió poco, en la práctica, del estoicismo. Su filosofía ocupa un terreno entre ambas, o bien un terreno común a ambas; por tanto, ni admite nombre ni tampoco es un sistema; sus fundamentos, fueron colocados antes de que él se familiarizara con las escuelas y, fueron la consecuencia de un hábito mental adquirido por la convivencia con su padre, con la gente de Venusia y la gente ordinaria de Roma. Con la influencia de la lectura, el estudio y la expansión de su horizonte intelectual en Atenas, añadida a su experiencia con la gente del campo y su larga contemplación de la vida social en la metrópoli del imperio, cristalizó en una filosofía muy humana de la vida: de la filosofía muerta de tinta y papel sólo permanece en su conciencia lo que está de acuerdo con su idiosincrasia.

El entrañable amor a la tierra que lo sustenta, es otra de las notas que enaltecen la poesía horaciana. En la epístola I, 16, Horacio describe a su amigo Quintus, con exactitud topográfica y emoción lírica su finca de la Sabina; en la sátira II,6 se muestra agradecido con los dioses por haber colmado sus deseos con aquel dulce nido de amenidad. Su naturaleza afectiva rompe todos los diques de los elogios cuando habla de su amado retiro rural y pronto lo invistió de dignidad mitológica: Fauno cambia sus alturas arcádicas por una colina de su propiedad y lo asiste en el cuidado de sus cabras y ovejas. . . , a un manantial que allí nace, le reconoce virtudes maravillosas y, en bellísima oda, lo consagra

(34).— L. Riber, Virgilio y Horacio.—Obras completas, pág. 640

como una de las más nobles fuentes de la poesía. Gustaba pasar una gran parte de su tiempo, en la contemplación de sus paisajes; las meditaciones que propició la imperturbable paz, y los jugosos coloquios con sus rústicos vecinos, inspiraron muchas de sus obras.

Las primeras influencias que contribuyeron a formar el carácter y el criterio de Horacio, fueron las del ambiente de su tierra natal, Venusia, pueblo altamente influido por la cultura de la Magna Grecia y que llegó a ser colonia latina en 291 a.c. No era sólo una población rural sino un importante centro comercial sobre la vía Apia, "la reina de las vías", que corría de Roma a Brindis, principal puerto romano del Adriático. Caravanas de comerciantes pasaban constantemente por allí con destino a Brindis, Benevento y la ciudad griega de Tarento. De allí llegó Orbilio, el célebre maestro que mereció una biografía de Suetonio, una efigie de mármol en su ciudad natal y, por lo menos, epigramas de tres poetas de la época. Horacio fue a Atenas inspirado por las lecciones de Orbilio y recibió de él, enemigo de lo superfluo y efímero, una gran influencia formativa.

Probablemente Horacio estaba en Atenas cuando César subyugó al mundo romano. El paso de los grandes ejércitos, las idas y venidas del glorificado dictador y sus triunfos magníficos, deben haber causado una profunda impresión en el joven poeta, tal como la causaron en Virgilio, quien se mantiene ostensiblemente devoto de su memoria, mientras que Horacio permanece silencioso.

Venusia era un pueblo de carácter marcadamente independiente. En el año 90, se pronunció por su independencia y nuevamente en 43, así que sus habitantes, por temperamento, no podían ver con buenos ojos la dictadura. Este sentimiento de origen en Horacio, robustecido con las teorías romanas y atenienses de ser lícito y honroso matar a los tiranos, lo indujeron a sumarse al ejército de Bruto, de quien se dice, además, que poseía una personalidad arrolladora. Este, ejecutor personal del asesinato de César, acaecido en los idus de marzo del año 44, fue a Atenas con el fin de organizar todo lo concerniente a la guerra para destruir a Octavio, su heredero.

La estancia de Horacio en Atenas fue de gran importancia en su orientación literaria; allí se empapó en la lectura de Píndaro, Alceo, Safo, Anacreonte y otros poetas griegos menos conocidos en Roma. El no estudió mucha declamación ni retórica, como lo hacían los que pensaban seguir una carrera política, vedada para él, porque las leyes republicanas, concedían a los libertos la plenitud de sus derechos cívicos, hasta la tercera generación, no distinguiéndolos hasta entonces de los ingenuos. A la falta de estos aprendizajes se debe, seguramente, que la poesía de Horacio se haya escapado de la verbosidad que tiene la de Ovidio, a veces también la del mismo Virgilio, y se caracterice por su maravillosa concisión.

Bruto y su instigador Casio, nombrados por el senado proveedores de granos del Estado, se trasladaron a Grecia. En Atenas, Bruto frecuentaba las escuelas de filosofía, a la que era aficionado; pero en realidad se ocupaba de ganarse el afecto de la juventud romana que allí estudiaba, entre la que se contaba Horacio y sumar adeptos a su causa, lo mismo que entre todos los romanos descontentos, refugiados en las provincias griegas, como entre los restos del ejército de Pompeyo que habían quedado dispersos por Tesalia, después de que César lo derrotó en Farsalia.

Bruto dió a Horacio en el ejército el cargo de ". . . legio roma tribuno", (35) lo que nos hace suponer que su padre, liberto, no nació en la esclavitud sino que era un cautivo de los levantamientos de Venusia. Todo parecía presagiar la victoria de los republicanos que fueron al encuentro de Antonio y Octavio en Macedonia y en los campos de Filipos presentaron batalla; pero con tan adversos resultados que pronto fué vencido Casio por Antonio y se dió muerte y, más tarde, Bruto, envuelto por el enemigo, no tuvo más remedio que huír en desbandada y se hizo dar muerte por su fiel Estratón. Horacio, en medio de ese desastre y caótica anarquía arrojó el escudo y se dió a la fuga. Los lugares que él recorrió en su aventura de soldado, Beocia, Tesalia, Macedonia, son men-

(35).— sát. I, 4

cionados frecuentemente en sus versos, lo mismo que otros nombres geográficos que para la gente de su tiempo estaban llenos de reminiscencias.

Su regreso a Roma no marca el fin del cultivo intelectual de Horacio, pues su mente de inclinación filosófica, se ocupó en reflexionar sobre la incongruencia entre los ideales preconizados por los dictadores y la realidad de sus hechos; la anarquía de la guerra civil y la gradual y efectiva pacificación con Augusto; la dificultad de los hombres para entenderse entre sí, cuando ninguno tiene idea clara de la justicia; la convicción creciente en el ánimo popular de que Augusto era la esperanza de Roma y que acabó por ser la suya propia: *Quaerit patria Caesarem* (36); las calamidades que siguieron a la muerte de César y que Octavio, unimismado con su pueblo, había empezado a remediar:

... **Hic magnos potius trimphos,**

... **Hic ames dici pater atque princeps,**

Las guerras y las sediciones que tanto contrariaban los planes de Augusto y que destruían la patria con su propia mano, le inspiraron el violento épodo VII, cargado de su exaltado enojo por la reanudación de las hostilidades entre Sexto Pompeyo y Octavio. Más tarde, con motivo de la crisis perusina que en el año 40, acaudillaron Fulvia y Lucio Antonio, esposa y hermano de Marco Antonio, a la sazón entretenido en Egipto en sus funestos ocios con Cleopatra, escribió el terminante épodo XVI, *Ad Populum Romanum*, arenga a todos los amantes de la paz, para marcharse a las ubérrimas islas del oeste y dejar a la turbulenta Roma a la multitud ávida de sangre. Virgilio, que tenía gran fe en Octavio y en Polión, escribió su optimista égloga mesiánica y promete el advenimiento de la Edad de Oro, empleando la misma imaginativa horaciana, bajo el consulado de Polión.

La gravedad de los acontecimientos de Perugia, que estuvieron a punto de culminar en una nueva guerra civil y la invasión de los partos, obligaron a Marco Antonio a desprenderse de Cleo-

[36].— 1, 2

patra y volver a Roma. Augusto por mediación de Mecenas, como lo relata Horacio en su epístola conocida con el nombre de viaje a Brindis, primer ejemplar de la llamada literatura de viajes, se reconcilia con Marco Antonio y pacta con él una alianza militar que hace más solemne casándolo con Octavia su hermana. Se dividió el imperio entre los dos generales y Marco Antonio se adelanta a la cabeza de un ejército rumbo a Oriente para combatir a los partos; pero obsesionado por el deslumbrante Egipto, determina abandonar la empresa y encaminarse al encuentro de Cleopatra.

El siete de septiembre del año 31, se libró frente al promontorio de Accio la batalla en que el oriente y el occidente se disputaron por última vez en la antigüedad el dominio del mundo. Cleopatra y Marco Antonio fueron derrotados y con esta trascendental victoria, Octavio acabó de consolidar su imperio. Creyendo Horacio que su imprescindible amigo Mecenas, acompañaría a Octavio en esta arriesgada empresa, le promete ir en su seguimiento, porque con la ausencia se acrecentarán temores, le dice en el épodo I, cálida protesta de adhesión, y en el noveno, himno de patriótica alegría, lo invita a celebrar la recién lograda victoria, con las copas rebosantes de Cécubo famoso:

**Quando repostum Caecubum ad festas dapes
Victorelaetus Caesare
Tecum sub alta, sic Jovi Gratus, domo,
Beate Maecenas bibam.**

En los versos que dedica a la gloriosa hazaña, evita con intencionada discreción el mencionar los nombres de los vencidos y habla con admiración de la reina extranjera por su altivez, su valentía y su indomable orgullo que la llevó hasta el suicidio para no sobrevivir a su derrota, humillada y uncida al soberbio triunfo.

"Ahora hay que beber; ahora hay que batir la tierra con pie libre; ahora es tiempo compañeros de cubrir con manjares saliares el altar de los dioses", canta jubiloso en la oda XXXVII del libro I, Ad Sodales, eco del justo regocijo del pueblo, por la consumada conquista de Egipto y la muerte de la amenazadora Cleopatra:

**Regina dementes ruinas
Funus et imperio parabat.**

A Horacio, le tocó vivir en un siglo célebre en los anales del mundo, por las grandes innovaciones que, no sólo en materia de política, sino en las costumbres y en las leyes, revolucionaron entonces la opulenta capital del orbe antiguo. Los grandes cambios operados en las costumbres y en las leyes, modificaron radicalmente la institución tradicional de la familia; las innovaciones en el campo literario trajeron el abandono de la índole nacional romana en la literatura, el menosprecio del ingenio latino de los buenos tiempos republicanos y, la imitación en los giros, en las frases y en los metros de la nueva escuela griega alejandrina, floración de invernadero de la expansión romana, al decir de Mommsen, por no llevar en sí la savia vigorosa y fresca de la vida popular; pero que dio a la lengua del Lacio una elegancia cortesana al comunicarle la gracia del ondulante ritmo helénico; en el orden político, murió la República, con sus gloriosas hazañas, después de regir los destinos de Italia y de los países del Mediterráneo, durante medio milenio, no por obra de la violencia, pues Augusto con su gran capacidad de simulación, lo condujo hábilmente a la monarquía, sino como resultado del colapso de la nación romana en lo político, en lo moral, en lo literario y, en lo que fué más grave y de mayor trascendencia, en lo religioso.

La religión primitiva fue la que estableció el matrimonio, constituyó la familia, dió ilimitada autoridad al padre, determinó los rangos de parentesco, consagró el derecho de propiedad y el de herencia y dió a la ciudad sus reglas, sus principios, costumbres y magistraturas; pero tan pronto como el poder de Roma dejó de circunscribirse a Italia para extenderse profusamente por el oriente y el occidente, las peculiares tradiciones itálicas consagradas por los siglos empezaron a declinar y a verse desplazadas por nuevas ideas; ya en el a.o 95, el cónsul Mucio Scévola, la veía en inminente ruina y se atrevía a decir en sus clases verbales

sobre jurisprudencia que había dos religiones; una filosófica y racional y otra tradicional, ajena a la razón.

Con el imperio, un nuevo orden de cosas se establece en la sociedad romana, pues hace crisis la revolución ideológica que se venía gestando de tiempo atrás: el epicureísmo, como una necesidad de renovación espiritual contra los aburridos fariseos romanos, y los vacuos conceptos de la filosofía estoica, invierte el mundo de valores de la moral romana; el carácter eminentemente patriarcal de la organización familiar, se atenúa tanto, que casi desaparece y, por consiguiente, la legislación en cuanto atañe a la mujer, los hijos y los esclavos, se humaniza. La primera ley en la que vemos campear el nuevo criterio en cuanto a relaciones familiares es la llamada Pappia-Poppea, que reflejaba la preocupación de Augusto por el descenso alarmante de la natalidad, que tanto se agudizó en su tiempo, bien haya sido por una declinación racial, o por restricción voluntaria de los nacimientos, preocupación de la que Horacio se hace cargo y, en el *Carmen Saeculare*, ruega a Apolo y a Diana, dioses protectores de la ciudad de las siete colinas, que concedan al pueblo romano la gracia de una raza opulenta y patrocinen los decretos del senado sobre el matrimonio, para que sean fecundos en nuevos ciudadanos:

**Diva producas sobolem patrumque
prosperes decreta super jugandis
feminis prolisque, novae feraci
lege marita.**

En su afán de favorecer las uniones prolíficas, las leyes de Augusto compelián a los divorciados a contraer nuevas nupcias y, para ello, procuró poner a salvo la dote de la esposa, eterno anzuelo de pretendientes. A propósito, Séneca nos dice: ninguna mujer debe avergonzarse de romper su matrimonio, porque las más ilustres damas han adquirido el hábito de contar sus años, no por el hombre de los cónsules sino por el de sus maridos. Se

divorcian para casarse, se casan para divorciarse: *exeunt matrimonii causa, nubunt repudii*.

El matrimonio, seguramente corrompido por el gran desarrollo de la esclavitud, y su largo contacto con el pueblo romano, se consideraba un yugo demasiado superfluo y tanto los hombres como las mujeres lo rehuían, a pesar de las disposiciones de Augusto para favorecer a la mujer casada, como la derogación de la Ley Voconia y la restitución íntegra de la dote, en caso de divorcio, leyes que la investían de personalidad económica y de autonomía a veces increíble, según lo testimonia Horacio en la oda 24a., del libro III, *in saeculi vitium*:

...dodata regit virum coniux

Después de haber dado tres hijos a la patria y a la libertad cuatro, la mujer romana se emancipaba de la tutela del marido y era declarada ciudadana. Del grave problema demográfico, y del empeño de Augusto para resolverlo, con la moralización de las costumbres, la que había de hacer volver la castidad al hogar y multiplicar la población romana, da fe la reiterada labor de convencimiento que realizaba Horacio con la pluma en apoyo del programa imperial. Un ejemplo elocuente entre otros, es la última de las seis odas inaugurales, *Ad Romanos*, en la cual se pronuncia duramente contra el adulterio, cada vez más frecuente y de resultados cada vez más perniciosos en la vida de la sociedad:

...

**sed iussa coram non sine conscio
surgit marito seu uocat institor,
seu nauis Hispaniae magister
dedecorum pretiosus emptor.**

Horacio condena el lujo inmoderado, que venía floreciendo en Roma desde fines de la República, y que se manifestaba en la suntuosidad creciente de los edificios, muebles, comidas, vestuario y ornamentos, al grado de que la casa de Lépido, considerada en su tiempo como la más hermosa de Roma, apenas merecía figurar en centésimo lugar a los treinta y siete años de

construída y un palacio provisto de todas las comodidades no bastaba ya, sino que era necesario tener varios (mutatoria). De la esplendidez de los banquetes nos dan idea las cocinas tan vastas como palacios y las bodegas en las que se almacenaban hasta 3000 ánforas y de las cuales nos habla Horacio en su sátira 3ra., del libro III. Para reforzar los argumentos en pro de las leyes santuarías que dictó Augusto contra el lujo, Horacio compuso la oda 15a. del libro II, invitando a los romanos a volver a la sencillez de costumbres de sus antepasados, *In Saeculi sui Luxum*; los exhorta a seguir los ejemplos de austeridad de Rómulo y Catón, y les advierte que la magnificencia sólo está bien en los edificios públicos y que el mármol que se derrocha en los pórticos de las casas de los ricos, debería estar embelleciendo los templos de los dioses:

Jam pauca, aratro jugera regiae

...

...leges sinebant, oppida publico

sumptu jubentes et deorum

templa novo decorare saxo.

Una verdadera suerte fué para Augusto hallar en el campo de las letras dos colaboradores como Horacio y Virgilio; pues así como éste le ayudó infundiendo en el ánimo de los veteranos con sus geórgicas y su musa campestre, la convivencia de cambiar la espada por el arado y el gusto por su nueva condición de agricultores, Horacio, con su amena filosofía de la vida, desparramada aquí y allá en sus poemas, incitaba al pueblo a la concordia, maldecía las guerras y orientaba el vigoroso sentido común de los romanos hacia la atractiva consecución práctica de la felicidad individual y nacional. Insistió siempre, por propia convicción, en que la observancia de las buenas costumbres, el actamiento al soberano y la instauración inviolable de la paz, habrían de restañar las sangrantes heridas de la patria, expuestas con dramáticos acentos, una vez más, en la oda *Ad Asiniun Polionem* (37).

[37].— 1, 1.

**Quis non latino sanguine pinguior
Campus, sepulcris, impia prealia
Testatur auditumque Medis
Hesperiae sonitum ruinas?
Qui gurges aut que flumina lugubris
Ignara belli? Quod mare Daunia
Non decoloravere caedes?
Quae caret ora cruore nostro?**

Horacio, al nacer, recibió la plácida mirada de las musas y vivió siempre agradecido por esta divina deferencia; amaba su destino de poeta y creía firmemente que como tañedor de la romana lira, había de escalar la cumbre de la inmortalidad. Es un digno ejemplo de lo que vale la confianza en sí mismo y el justo aprecio de las dotes naturales: al que nace poeta sólo le hará noble el eolio canto, dice en la oda Mélpomne (38) "breve monumento de religiosidad, de venustez y de gracia".

La protección de los númenes celestiales que lo prohijaron al nacer la siente en todos los acontecimientos de su vida, desde su más tierna infancia hasta el fin de sus días:

.....
**Porque amo vuestros dones
en los campos Filipos en huída
los vueltos escuadrones
no cortaron mi vida,
ni el tronco malo y duro
ni en la mar de Sicilia el palinuro. (39)**

Las musas lo amaban como cosa suya que era y siempre lo sacaron indemne de los peligros. Por su intervención milagrosa, presto se le aparta; aquel lobo fiero que se cruzó en su camino, cuando iba por la sabina selva, despreocupado y feliz cantando a su Lalage, distante.

Aquel que en sí confiare será el rey del enjambre, y al que

(38).—..... IV, 3. Comentario de L. Riber, Op. cit. pág. pág. 737

(39).—..... Versión de Fray Luis de León de la Oda a Calíope, III, 4

elija un asunto proporcionado a sus fuerzas no le abandonarán en ningún momento la fecundia ni el orden lúcido. La vida de Horacio es la afirmación de sus propias sentencias: emprendió el arduo camino de la magistral literatura confiado en el triunfo de su esfuerzo. Permaneció siempre fiel a su destino de poeta, inmovible a todas las halagüeñas seducciones.

Al gran poder de inspiración de la poesía horaciana, se debe la inmensa pléyade de sus traductores e imitadores, pequeños y grandes poetas, de los más variados temperamentos. Ningún escritor ha dejado tras de sí el séquito de aspirantes frustrados: Horacio es la mayor parte de las veces intraducible. Su facultad de estremecer el alma en la más pura comunión con la belleza,—que si no es el único objeto del Arte si es el principal—, pocas veces han logrado sus discípulos y traductores transmitirlo a sus composiciones. Las odas de Horacio siempre producen un efecto moral, aún aquellas que fueron hechas para mera recreación del espíritu. A Pyrrha, al Socracte cubierto de nieve, Carpe Diem, a Clyceria, a Chloe, a la Fuente Bandusía, a Faunus y algunas de las sátiras y de las epístolas son intrascendentes y ligeras como el aire; pero, ¿quién no ha sentido su ser íntimo purificado y rejuvenecido con el simple y exquisito arte de la Fuente Bandusia?, 'precioso camafeo de 68 palabras latinas en cuatro estrofas, modelo irreprochable de viveza y concisión' (40). Y, ¿quién no vive los momentos de romántico esgarce, saturado del aire de la montaña, inmenso en la grandiosa soledad de la selva, corriendo con la tímida doncella que esquiva al poeta, en la preciosa oda a Chloe?

Pero allí están los que demandan de la poesía una utilidad más medible que la recreación, opinan que el mejoramiento más bien que el placer, debe ser el fin del arte o, más bien, el mejoramiento tanto como el placer. En esto mismo Horacio está de acuerdo, lo manifiesta en sus soberanos preceptos a los Piso-

(40).—..... Gr. Showerman, Horace and his influence

nes: no basta con que los poemas sean bellos, han de ser interesantes, quien mezcla lo útil con lo placentero para mejoramiento y deleite del lector, ganará todos los sufragios y Horacio ha ganado el sufragio universal, porque tanto como sobrevive su encanto literario, sobreviven sus enseñanzas y su filosofía en el ánimo de los hombres.

En ningún poeta como en Horacio es realidad su contacto personal. Los versos como las epístolas, están dedicados a personas actuales y, es tan feliz en su intento de hablar desde la página, que se necesita el más ligero toque de la imaginación para crear la ilusión de que está dedicado a nosotros mismos, pues nos dejamos conquistar insensiblemente por las cualidades relevantes de su carácter: su buena disposición, buena fe, buena naturaleza, profundidad y constancia en la amistad, admiración por los héroes, su puro corazón, firmeza en el propósito, su afición por lo sencillo y sincero, caridad para las debilidades humanas, carácter suavemente irónico, clara visión de las fuentes de la felicidad, reposada aquiescencia y fino humor, ese humor que no se resuelve en carcajadas pero que nunca está ausente. El se describe a sí mismo y a sus maneras, nos deja tomar parte en su íntima visión y en su personal divertimento con el barullo del mundo, que vive engañándose. Sutilmente nos concilia, y nos hace partícipes de él en la crítica de la vida.

Es sincero y sin reservas, de otra manera ese conocimiento de su vida interior sería imposible. Es el real Horacio el que encontramos, no una personalidad de ficción, en cada aspecto de su existencia: el artista y el hombre, el formalista y el escéptico, el espectador y el crítico, el hijo del colector y el caballero de sociedad, el austero moralista y el voluptuoso ocasional, el desaprehensivo y el convencionalista. Como su filosofía no es escolar, el temor de la inconsistencia no lo asalta nunca y, su religión, como no requiere suscripción al dogma, ni siquiera se toma la molestia de definirlo; prácticamente, sus deberes han llegado a ser sus deseos y no es capaz de aceptar los favores del emperador, ni

de sus ministros, si comprometen su libertad. No oculta nada, no pretende nada, no presenta excusas, no sufre de su conciencia ni practica la reserva, la franqueza de Horacio es otro factor de su magnetismo personal, de su cálida intimidad, la que hizo exclamar a Hagedorn, "es mi amigo, mi maestro y mi compañero, como si fuese una persona viviente". Nietzsche, compara la atmósfera de las sátiras y de las epístolas a la genialidad de un día tibio de invierno, "juega al rededor de las fibras del corazón" dijo Persio, cuando Horacio estaba aún vivo en el recuerdo de los hombres.

Ciertas graves deficiencias morales halladas por algunos lectores modernos no le restan nada a su gran atracción personal, y carecen de fundamento, pues juzgan a la luz del cristianismo a un poeta pagano, que no cree en la providencia ni en la inmortalidad del alma, ni en la necesidad del arrepentimiento, ni en la razón de la penitencia. A veces nos parece licencioso en la expresión; pero en disculpa suya, acudamos a lo que dice Gastón Boissier, en su *Horace et Virgile*: "No nos extrañamos demasiado. Los grandes siglos clásicos que nosotros admiramos tanto, han salido, por lo general, de épocas enérgicas y rudas y con frecuencia, en sus primeros años, conservan algunos dejos y resabios de su origen. En medio de sus delicadezas queda en ellas una lía y un pozo de vigor brutal que fácilmente sube a la superficie. En las conversaciones de la sociedad del diecisiete francés, ¡qué de temas escabrosos que a nadie espantaban y que hoy nadie oiría sin algún embarazo; cuántas prácticas que ahora nos parecen groseras y que entonces parecían las más naturales del mundo! Es más tardíamente que las costumbres se acaban de pulir y el habla se torna escrupulosa y refinada. Por desgracia, este progreso se paga casi siempre con una decadencia; el espíritu en puliéndose, corre el peligro de debilitarse y de volverse soso. No nos quejemos, pues, de esas originalidades de una naturaleza no aún del todo regulada, pero que al menos acusan la energía que persiste en el fondo de los caracteres, que tan buena pro hacen a las letras.

Siempre es demasiado pronto para la aparición de los Ovidios". (41).

Sus obras están llenas de simpatía por los hombres y su contenido es materia actual tanto en su tiempo como ahora. Sus deliciosos escenarios naturales no son nunca nuevos ni viejos, románticos o forzados; los podemos ver ahora como los vieron los de ayer. Fidile, que simboliza a la que con poco se conforma, la que tiene las manos puras, no es antigua ni moderna, latina ni teutona, es todo a la vez. La exquisita expresión de amistad en las odas de Septimius y a Virgilio, por ejemplo, son aplicables a cualquier nacionalidad, edad o persona; la historia del ratón del campo y el de la ciudad es siempre vieja y siempre nueva: mudados los personajes, el protagonista puede ser uno mismo.

La filosofía de Horacio puede parecer imperfecta al cristiano; pero en sí misma es completa y perfecta. Añádase la fe a ella, o añádase ella a la fe cristiana tanto como sea posible, y ambas resultarán enriquecidas. No es morbosos ni desagradablemente melancólico, libre de arrobamientos y desesperaciones, habla más a tono con la madurez que con la juventud; pero no carece de atractivo para ésta. Bondadoso y perspicaz, observador de las múltiples situaciones de la vida, dibuja viñetas de aquí y allá y dicta juicios que despiertan inmortal interés. "Non omnis moriar", él permanece porque es humano.

Cuántos no habrán sentido conmoverse su corazón con el profundo amor que se desborda impetuoso en la oda a Pompeyo Varo, (42), por su retorno a las patrios dioses y a al itálico cielo, largo tiempo detenido por la guerra y el destierro y vuelto a Roma por una providencial amnistía. Invítale a que tome reposo y solaz a su lado y volviendo la memoria atrás, le dice: "Contigo conocí Filipo y la huída ágil, y el lanzar la rodela no heroicamente, cuando fué quebrantada nuestra fortaleza y los más arrogantes tocaron su mentón con el torpe suelo".

(41).—..... Citado por L. Riber, op. cit. pág. 551.

(42).—..... Homenaje a Virgilio en el segundo milenario de su nacimiento pág.

Cuántos hombres no habrán sentido conmoveirse su corazón, con las palabras de la oda tercera del libro III, que dedicó a Augusto y que comienza con la célebre frase *lustum et tenacem propositi virum*". El varón justo y tenaz no se deja arredrar por el amago de ningún peligro, así sea el furor de los hombres que quieren imponer el mal". Su contenido expresivo es tan enérgico, que Jan de Witt la recita como la mejor manifestación de su rebeldía mientras le aplican la tortura.

Quién no siente vibrar su patriotismo al oír "Dulce et decorum est pro patria mori", el verso que fué la mejor inscripción que halló la moderna Roma para recordar a los muertos en Dogali? Cuántos no habrán sentido confortamiento y consuelo en sus tristezas al leer las palabras del poeta en la muerte de Quintilius:

**Durum sed levius fit patientia
quic quid corrigere et nefas.**

CAPITULO II

USO DEL SUSTANTIVO, EL ADJETIVO Y EL VERBO.

Las posibilidades fonéticas verbales y sintácticas de la lengua latina, cuyos secretos penetró todos el agudo genio de Horacio y supo explotarlos con habilidad increíble; su oído finísimo que advertía la más leve falla en la cadencia rítmica y el rigorismo de su buen gusto, hicieron factible al conjugarse, las espléndidas joyas poéticas, modelos de perfección en todos los tiempos.

Su labor es a la vez de creación y de depuración. El mismo dice: "Yo, el primero uní la música eolia a los ritmos itálicos", y el humanista Rigault afirma que los enriqueció con más de veinte innovaciones métricas. Dió a la poesía latina nuevos cauces por donde fluír y nuevos giros para volar más alto. "El varón bueno y prudente reprenderá los versos flojos, culpará los versos duros y rayará los sin aliño; cercenará los adornos ambiciosos; obligará a dar a luz a los pocos claros, fijará los ambiguos; notará los que hayan de ser mudados". (43).

Fustiga los defectos tradicionalmente arraigados en la poesía latina, como la grave pesadumbre de los espondeos en los famosos trímetros de Accio y Ennio; critica a Lucilio por su falta de meticulosa revisión, acusándolos de trabajar apresuradamente y sin corrección, o bien de ignorar el arte. Exhorta al público a no condescender ni con los descuidos ni con las mediocridades; pues si es tolerable un jurisconsulto mediano, a un poeta no lo perdonan

(43).— Epístola ad Pisones, versos 445-449. Versión de L. Riber op. cit. pág. 1037.

ni los dioses, ni los hombres, ni las columnas: "Vosotros, ¡oh sangre de Pompilio!, censurad el verso que no ha sido sujetado a la lima minuciosa durante largas vigiliass y no ha sido castigado diez veces hasta darle el sumo pulimento". (44).

A los poetas de su tiempo y de la posteridad, dictó su código de estética, muy estricto: escribir, no para ganar el aplauso fácil de la muchedumbre, sino por consagración primordial a la belleza; contentarse con pocos lectores inteligentes quienes llevarán después la comprensión a los demás: "Satis est mihi equitem plaudere".

Una habilidad extraordinaria para manejar el idioma caracteriza el numen literario de Horacio. El pensamiento contenido en sus palabras, siempre preciso, a la romana y a la manera de expresarlo, siempre bella, a la griega, se combinan brillantemente con sus dotes geniales para armonizar los grupos sintácticos, ordenar las palabras en la frase y distribuir sus miembros en los hemistiquios, lo cual imprime a su estilo ese sello inconfundible de virtuosismo.

El afán inquebrantable de perfección, tan ausente en nuestra época, cualidad suprema de los espíritus esforzados es el complemento necesario a la más rica vena de inspiración, pues como decía P. Valery, "el primer verso lo dan los dioses; pero los demás hay que hacerlos". Ese afán, que es voluntad de éxito, es el sustrato de la literatura eternamente grande. Horacio "construyó su monumento sílaba por sílaba, con el mismo cuidado que las abejas construyen su panal; el apóstol del pensamiento, del empeño, del dominio de sí mismo", . . . "cuyos poemas breves, ordenados, tranquilos, pensativos, son menos intensos y rapsódicos que los de Píndaro; pero más profundos y lapidarios". Clásico entre los clásicos, lo llama Highet a diferencia de Virgilio y del mismo Píndaro que serían los románticos del clasicismo.

"Concisión bruñida y espléndida, rapidez y brio, primor de

(44).— Epístola ad Pisones, versos 291-294. Versión de Octaviano Valdés, El Prisma de Horacio, pág. 1037.

adjetivación, son las inconfundibles dotes horacianas" (45). En "su rebuscamiento de la expresión justa" (46), está el secreto de su concisión, su percepción sutilísima de la sonoridad silábica del Latín y su acierto para aplicarla a la armonía de la elocución está la clave de sus versos bien sonantes y escandidos y la rapidez y brio que le son características, y le dan a su estilo vivacidad y brillantez de expresión son el resultado de su arte sabio para acomodar las palabras dentro de la frase, valiéndose ingeniosamente de todos los recursos de la construcción latina y, sobre todo de su habilidad para distribuir, de acuerdo con la estructura de las series métricas, los grupos formados por sustantivos y adjetivos, con lo cual logra dar notable relieve a los epítetos y singular expresión y gracia a toda la frase.

El Latín por su índole morfológica, propende al revés del Español, más al orden inverso que al directo, en la colocación de las palabras, aunque entre las lenguas modernas la castellana es la más capaz de asemejarse en la construcción hiperbática, lo cual hace decir a Baltasar Gracián en su notable tratado sobre pensamiento y estilo que el Latín y el Español son modos paralelos de expresión (47). El Latín, por sus desinencias de casos y simplicidad de las formas facilita la separación de los regímenes de sus regentes, de las palabras en las concordancias, sin detrimento de la claridad y con grandes ventajas para poner de relieve la importancia de la idea, el interés del afecto o la musicalidad del ritmo, ya sea en la prosa o en el verso. Una de las características sobresalientes de la técnica horaciana reside en su discernimiento sutilísimo del valor efectivo de las palabras. Su inteligente adjetivación, muy importante en Latín porque algunas veces ha de ayudar a suplir la escasez de sustantivos, principalmente abstractos, y la acertada justeza en la elección de modos y tiempos

(45).—..... F. de Onís citado por Gabriel Méndez Plancarte, *Horacio en México*. P. 224.

(46).—..... Gabriel Méndez Plancarte, *op. cit.* pág. 228

(47).—..... Gilbert Highet, *La Tradición Clásica*, pág.

verbales, más ricos en connotaciones y más precisos en su significado que los castellanos, le comunican a su estilo ese alto vigor expresivo que trasmite fielmente el matiz exacto de la idea y de la emoción.

El arte del escribir no sólo consiste en lograr una encadenación lógica y gramatical perfectas de los conceptos y de las palabras en el curso de la composición, sino también, —y esto es lo principal—, en saber aprovechar toda la suerte de combinaciones a que se presten los lugares que corresponden en la construcción normal a ciertos grupos de palabras. Hacer vivir a los demás sus propias emociones, es la meta más ambiciosa del artista literario y, ésta la alcanza, cuando su aptitud está inficionada de aguda penetración psicológica para jerarquizar entre sí los complejos sintácticos, vehículos de las necesidades expresivas de su naturaleza temperamental, con el mismo grado de importancia que ella les da. Realzar las palabras en que se ha de fijar la atención porque encierren el sentido del enunciado, es en Latín un procedimiento de estilo que llega al refinamiento, en virtud de las variadísimas posibilidades de interdependencia de estos complejos sintácticos que ofrece la particular índole de la lengua. Horacio explotó este recurso con ingenio y donosura, enriqueció y fijó así la semántica corriente del vocabulario por medio de felices síntesis entre las palabras y, con el hechizo de su amplio dominio del ritmo, las exaltó a su máxima potencialidad poética.

El primero y el último lugar de la oración son los de mayor importancia; aquél, porque no sabiéndose nada de lo que acontecerá, es el de mayor expectación y, el último, porque deja la impresión más reciente en el recuerdo. La lengua del Lacio, enérgica y rotunda, daba el primer lugar al sujeto gramatical. núcleo del sujeto lógico y, por último el verbo, núcleo del predicado lógico. El autor puede mudar estos lugares de la construcción ordinaria para lograr ciertos fines estilísticos, energía, viveza, elegancia, etc. Así, el adjetivo atributo, que normalmente según su oficio en el enunciado, deba seguir o preceder a su sustantivo, adquiere

mucho relieve si se le separa de él o se invierte la colocación de los términos; y el verbo, colocado enteramente al principio adquiere la mayor importancia posible, tanta que en la traducción hay que pasarlo reforzado con un adverbio (48). Horacio bien compenetrado de los alcances estilísticos de este valor relativo de las palabras suele reservar para el último verso de las estrofas y, sobre todo, para el último de las estrofas finales, el vuelo más alto de su fantasía poética y de su elocuencia lírica y de este modo da cima al poema con certeros impactos psicológicos que son la culminación de su pensamiento, de su imaginativa o de su voluntad, produciendo en acorde resonancia con la suya propia el apogeo de la tensión emocional del lector. Sobre esta modalidad de la composición horaciana han hecho agudas observaciones estudiosos como Helm, Heinze, Marouzeau y Tovar y de la abundante mies del poeta nos ofrecen áureas espigas: del *carmen* primero del primer libro, "sublimi ferian sidera vertice", hermosísimo verso final de gran belleza plástica, inspirado en la intuición genial de su destino; del sexto del libro cuarto, su clarividente predicción de la fama póstera para su *Carmen Secular*, preciado lauro de su corona de poeta; de veintiocho del tercer libro la intencionada evocación de la noche protectora de amantes, en que se cifra todo el sentido del poema; de la veintiséis del tercer libro, solemne despedida de sus aventuras galantes, la inesperada increpación a Cloe, "semel arrogantem", en que estriba aquel "Uixi idoneus", comienzo de la oda; el arrebato efusivo del último verso de *carmen* segundo del primer libro ". . . te duce Caesar", me parece que resume con su elocuente laconismo la confianza ilimitada del pueblo en su príncipe. Esta propensión bien manifiesta, de cristalizar su pensamiento o su deseo en un verso breve y nítido de gran contenido poético e intencional, colocado en lugar ostensible, puede ser la consecuencia extrema, tal vez inconsciente, de su natural concisión, la que se resiste a dejar diluída la esencia del poema en cada uno de sus versos.

(48).— J. Guillén, *Estilística Latina*, pág. 247.

Gusta, además, como advierte Marouzeau, de finalizar sus versos con las partículas introductorias, procedimiento que da ligereza al verso y reitera el interés de una estrofa a la otra. Hallamos así quaquam 41 veces, ergo 50; ergo 101; uterne 107; etc. También parece complacerse, en un alarde de técnica, haciendo el corte del verso por un arrebató o explosión del sentimiento en el interior del grupo formado por los dos últimos pies, efecto que rehuyen los poetas dactílicos. En la sátira segunda del libro segundo, en que habla el rústico Ofelo, sabio sin normas y de *minerva causa*”, sobre los preceptos de la vida práctica, nos sorprende un *¿Cur hoc?* cuya intención está reforzada precisamente por lo intempestivo.

De todas las palabras del léxico de una lengua, la más noble sin duda es el sustantivo; pero el matiz vital de la expresión, la huella personal al estilo, la imprime el adjetivo calificativo porque tanto su elección como su aplicación en la frase son el resultado de un proceso estético de pura índole subjetiva. En Latín, el adjetivo tiene una extraordinaria movilidad en el ámbito de la frase y distinta intención e intensidad en cada orden posible, recurso estilístico de grandes alcances que la pluma del venusino manejó con particular habilidad.

No obstante que el calificativo y el determinativo tienen su lugar ordinario señalado en la construcción de la frase latina: “L'esprit place l'epithete apres la substantif, et lame le place plus volontiers devant” (Vinet). Las mutaciones que el autor puede hacer a su arbitrio, en virtud del hipérbaton, ya sea para dar mayor preponderancia al sustantivo sobre el adjetivo o a éste sobre aquél, con lo cual adquieren las palabras un significado más denso del que gramaticalmente tienen, y la construcción de términos antitéticos por paralelismo o quiasmo, en la que Horacio hizo derroche de ingenio, confieren gran versatilidad a la expresión. El ilustre poeta latino que conocía su arte como pocos, hallaba en estas ductilidades de su lengua, un sin fin de giros posibles para verter fielmente sus pensamientos, pasiones y emociones.

La importancia que el adjetivo puede tener en la estructura gramatical de la frase, va desde la simplemente enunciativa, la que de ordinario le corresponde como portador de un dato del conocimiento, hasta la de ser el núcleo del interés de la frase y corresponderle por ello los lugares más dignos de la cláusula. Unido a su sustantivo por medio del verbo, a manera de predicado, su significado adquiere certeza categórica. Salvo en expresiones consagradas, el adjetivo no tiene un lugar determinado y, aunque en el hipérbaton está pospuesto por su escaso valor, siempre se presenta como un término interesante en sí mismo. Antepuesto, cobra una importancia extraordinaria; en la oratoria se pronuncia con una cierta inflexión de la voz y en poesía es sumamente descriptivo.

Para el afecto no hay palabra despreciable; una partícula, un adverbio, un infinitivo en lugar de un modo personal, pueden ocupar la parte más noble de una proposición, pero generalmente es el adjetivo calificativo, por su sello personal, el que confiere al estilo de cada autor sus rasgos distintivos.

La conveniente distribución de las palabras es un arte difícil, quizá lo más difícil del Latín; pero siempre está determinado por tres factores: la idea, el oído y el sentimiento. Lo más importante es el contenido, desde luego, y, lo perfecto, es la acertada armonización de la idea con la melodía de la forma, característica, según Cicerón de la frase rotundamente latina y desideratum de la poesía horaciana.

"Une partie de l'art du poete, consiste á régler L'arrangement de la phrase en fonction de la structure du vers." Horace pratique cet art avec virtuosité, tantot réalisant des parallélismes parfait, tantot au contraire, créant des dissymétries entre le dessin syntactique et le dessin métrique. D'autre part il excelle á tirer parti de la place des mots dans le vers soit pour les mettre en valeur soit pour faire du vers une véritable construction architecturable. . . Horace poisse cet art de la construction verbale jusqu'a a virtuosité;

sur le double fil tendu de la phrase et du vers il fait courir les mots avec une habilité que tient de la jonglerie. "(49)".

Entre las modificaciones que Horacio hizo a las series métricas que importó de la Hélade, la fijación de las cesuras tuvo una singular trascendencia en su estilo, pues éstas condicionaron la colocación de los elementos oracionales en los versos, verdadero ejemplo de extraordinaria disciplina poética, notable sobre todo, en el tratamiento de los grupos formados por sustantivos y adjetivos. Dice a propósito mi docto maestro, Dn. Pedro Urbano González de la Calle, en su monografía de *Re Metrica Horacina*"; . . . "No parece que Horacio pusiera especial empeño en sugerir a los lectores de que el endecasílabo fuera un trímetro y sí en cambio que ese verso admitía y requería una división bipartita. De este último y cardinal aspecto tenemos elocuentes y copiosa comprobación en el artificioso reparto de sustantivos y adjetivos que relacionados entre sí por su significado y función sintáctica aparecen al final, algunas veces también aunque con menor frecuencia, al principio de las dos partes en que se divide el sáfico endecasílabo. Algunas veces la conexión y el contraste se acusan entre el comienzo y la parte final de la serie:

Auream quisquis mediocritatem 11 10 5 y otras veces se presenta especialmente destacada la división bipartita de referencia incluyendo un sustantivo y un adjetivo en el primer hemistiquio del verso y un adjetivo y un sustantivo en el segundo, de tal manera que se entremexclan las dos parejas determinativas pero quedan perfectamente acusadas por las posiciones respectivas de sus elementos integrantes: el primer hemistiquio concierda con el adjetivo que ocupa el primer lugar del segundo hemistiquio y el adjetivo que aparece en el segundo lugar del primer hemistiquio va referido al sustantivo que también en segundo lugar, figura en el segundo hemistiquio: *spiritum graiae tenuem carmenae*, que la disposición semichiasmática con mezcla y cruce de los determinativos

[49].—

J. Marouzeau, *Emérita* IV, fascículo horaciano.

correspondientes de los grupos spiritum tenuem y graiae carmenae es claramente artificiosa, no demanda demostración, es a todas luces patente; pero que con esa ordenación tan consciente se ha intentado señalar no sólo la división bipartita, del sáfico endecasílabo sino hasta los límites extremos de cada una de las partes así obtenidas. Obtener tantos y tan preciosos resultados con cuatro palabras no es sin duda finalidad asequible a cualquier trivial versificador. En el virtuosismo que acredita este pasaje, Horacio pudo poner a prueba "sus envidiables dotes de importador de las series métricas griegas".

En la sátira II,6,80, Horacio distribuye con singular maestría y mucha gracia cuatro epítetos y cuatro sustantivos en dos grupos simétricos: (50) Rusticus-urbanum murem-mus paupere fertur, Accepisse cauo ueterem - uetus hospes - amicum.

Los determinativos rusticus et urbanum están puestos de relieve por aposición y ueterem et rusticus por disyunción.

El verbo fué también en manos de Horacio un elemento literario y a la vez que dúctil, interesante, para sus fines expresivos. Su conocimiento y discernimiento del valor pragmático tanto de los elementos que entran en la composición verbal como de las voces, tiempos y modos de la conjugación, le permitieron manejar el verbo latino con galanura y eficacia para dar a la frase el matiz exacto, objetivo o subjetivo, de la temporalidad (perduración, momentaneidad, sucesión, simultaneidad, etc.), de la voluntad (deseo, ruego, duda, mandato, afecto), y de la circunstancia (probabilidad, contingencia, irrealidad). Por medio de ingeniosos procedimientos de estilo, valiéndose de recursos gramaticales ordinarios como la inversión de las voces y la construcción transitiva o intransitiva de un mismo verbo, supo dar relieve hasta donde quiso, unas veces al sujeto lógico, otras al gramatical; en ocasiones omitirlo o diluir su participación en una inteligente sugerencia. Todas las relaciones y conexiones normales que puede haber entre

(50).— J. Marouzeau, L ordre des mots dans la phrase latine, pág.

el sujeto y el verbo en el contexto se prestaron dóciles a sus requerimientos para expresar el carácter volitivo, exhortativo, yusivo, consultivo, deliberativo, concesivo, desiderativo, de la acción en todos los grados de su representación mental. Poetizó el concepto volviendo impersonal un verbo que no lo era para atribuir la causa al azar o las leyes de la naturaleza. Por medio de giros prifrásticos, de la introducción de ciertas conjunciones y adverbios o por medio de correlaciones, relaciones o contrastes de tiempos evocó acepciones que no tenían en sí mismos los verbos.

ALGUNOS EJEMPLOS

En el carmen 1,14,47 hallamos la construcción de un verbo intransitivo a la manera de transitivo, con un acusativo de contenido que no aporta ninguna nueva determinación; es de naturaleza interna y responde sólo al deseo de dar mayor expresividad a la frase: . . .durare . . .aequeor.

Un futuro gnómico en lugar de presente, usado para someter a reserva los juicios que se formulan, aparece en la Epistola ad Pisones alternando en una misma frase con los otros tiempos que se usan para formular sentencias o sea el presente y el perfecto gnómico: 343-360 tulit. . . , miscuit, . . . prorogat, . . . sunt. . . feriet. Los presentes generales tienen un valor tajante; en cambio el matiz potencial, implícito en el futuro da a las sentencias que se expresan con este tiempo un tono más inseguro. Este matiz de probabilidad no es, sin embargo, lo suficientemente abusado para que pueda hablarse en este caso de un uso modal del futuro (52).

Como el perfecto de por sí no puede evocar una idea de repetición se acostumbra para evidenciar el matiz iterativo que se le atribuye, determinar el verbo mediante palabras de carácter general como multi, saepe, plerumque, omnes y otras. Este uso del perfecto recibe el nombre de consuetudinario y la lengua

(51).— M. Bassols de Climent, *Sintáxis Histórica de la lengua latina*, tomo II-40.

(52).— M. Bassols de Climent, *op. cit.* pág. 289

griega dándole un uso más amplio lo emplea en frases en las que el verbo no va acompañado de ninguna palabra de carácter general, ni de ninguna negación. Este uso del aoristo es especialmente frecuente en refranes y proverbios. Horacio, adoptó este uso del aoristo griego y así hallamos construídos perfectos gnómicos en frases positivas sin ir acompañadas de ninguna palabra de carácter general: Ad. Pis. 413: *qui studet optatam cursu contingere metam, multa tulit fecitque puer, sudavit et alacit, abstinuit uenere et uino* (53).

El futuro concesivo como una derivación del futuro de probabilidad, es poco frecuente en Latín. El carmen I,7,1, nos ofrece un ejemplo: *laudabunt alii*. (54).

El futuro de subjuntivo yusivo que expresa la voluntad que tiene el sujeto hablante de que la persona de quien o con quien se habla efectúe la acción verbal, de uso frecuente en el lenguaje hablado, y en la literatura arcaica, lo evita la lengua clásica, e igualmente los prosistas del siglo I; los poetas, llevados por su amor al habla popular lo emplean con cierta frecuencia. Horacio en el carmen I,11,6, dice: *sapias, uina liques et... reseces*. Este uso del subjuntivo es equivalente al del imperativo (55).

El pluscuamperfecto irreal o retórico aparece en la apódosis de un período condicional irreal y por tanto, con un significado equivalente en cierto modo, a un imperfecto o pluscuamperfecto de subjuntivo, para atribuir mayor fuerza expresiva a la idea, pues de esta manera es presentado como real un hecho cuya existencia es negada a renglón seguido por la prótasis: carmen II,17,28: *me truncus inlapsus cerebro, sustulerat, nisi Faunus ictum dextra leuasset*. Para obtener el efecto que se busca es preciso que la oración que contiene el pluscuamperfecto, o sea, la apódosis, preceda a la prótasis, pues es ésta quien atribuye a la frase un valor irreal (56).

-
- (53).—..... " " " " " " " pág. 523
 (54).—..... " " " " " " " pág. 296
 (55).—..... " " " " " " " pág. 452
 (56).—..... " " " " " " " pág. 426

C A P I T U L O I I I

SU INFLUENCIA EN LA LITERATURA LATINA:

- 1) SUPERACION DEL ESTILO DE LA SATIRA ROMANA**
- 2) NORMALIZACION DE LAS SERIES METRICAS IMPORTADAS DE GRECIA.**

Dos innovaciones introdujo Horacio en la poesía latina: el enriquecimiento, de los metros vernáculos y la nueva forma más literaria y persuasiva de la cruda y antigua sátira de Lucilio. La sátira fue la única forma literaria inventada por los romanos y fue un satírico romano quien le dió su sentido y su propósito moderno.

El verso en todos los poemas completos que han sobrevivido es el hexámetro, el metro más flexible e interesante de la literatura latina. El creador de este género es el poeta Lucilio, que vivió entre 150 y 102 antes de nuestra era. Sin embargo, en esta forma literaria, típicamente romana, es posible rastrear ciertas influencias griegas que forman el sustrato permanente de las obras satíricas: el deseo de mejorar la sociedad y de purgar sus abusos, atacando a hombres necios o malvados conocidos de todos. Esto lo tomaron los romanos, de la comedia vieja ateniense y tomaron asimismo, muchos recursos que los oradores callejeros de Grecia, casi siempre cínicos y escépticos, utilizaban para atraerse y mantener la atención. Estos hombres sabían lanzar prédicas, ostensiblemente improvisadas, llamadas diatribas, sobre temas sacados de sus doctrinas, casi siempre, sobre paradojas buenas para cautivar a una multitud, y las ilustraban con anécdotas, pintura de caracteres, fábulas, diálogos contra opositores imaginarios, referencias tópicas, parodias de la poesía seria, chistes obscenos y frases en jerga.

Las sátiras IV y X del libro I nos reflejan el criterio de Ho-

racio en cuanto al género. Habla con respeto de Lucilio, su predecesor ilustre, pero aduce que sus versos corren con descompuesto pie y que no está en el escribir mucho sino el escribir bien la gloria de un poeta, pues los versos valen lo que cuestan. Recalca los elogios a Fundano, Polión, Vario y Virgilio, que cada uno en su género, comedia, tragedia, epopeya y poesía pastoral, han alcanzado merecido lauro. La sátira le pertenece a él; pero no pretende arrancar la corona de las sienes de Lucilio pero sí, destacar, las cualidades que él introdujo en el género y que son apreciadas por Mecenas, Vario, Virgilio, Tusco, Polión y otros. En esta sátira se esboza ya la doctrina literaria que tendrá pleno desarrollo en el Arte Poética.

Entre las sátiras y las epístolas apenas hizo Horacio distinción y las llamó genéricamente, sermones. Al autor satírico debe caracterizarle una aguda inteligencia crítica y su habilidad para lanzar en 3 o 4 palabras su comentario terminante acerca de un problema eterno, pues su objeto es corregir a la sociedad exponiendo y fustigando sus vicios y neceidades. Del lenguaje de la sátira, dice el mismo Horacio: "No, no basta desparrancar con risa la boca del espectador; y, no obstante, es ello meritorio hasta cierto punto. Es menester brevedad para que el discurso corra ágil y para que la oreja no se canse y no se estorbe con la pesadez de las palabras y es menester un lenguaje que a veces sea mesurado y grave; pero más a menudo, alegre, que ora asuma el tono del poeta, y a las veces el de un ciudadano educado que o bien ahorra sus fuerzas, o bien apostá la extenua. Con harta frecuencia lo ridículo más que lo fuerte resuelve las grandes dificultades y con mayor eficacia. Por esto se sostenían aquellos autores por quienes fue escrita la comedia primitiva; y en esto son de imitar" (61).

En la Edad Media, se escribieron muchas obras satíricas; pero sus autores no acertaron con los peculiares artificios de la forma, ni entendieron muchos de los recursos de los satíricos clásicos y

(61).— . . . sát., I, 10. Versión de L. Riber, op. cit., pág. 856

frustraron el efecto de sus ataques porque lanzaron en formas inadecuadas. Sin embargo, una de las más vigorosas invectivas que se han escrito contra la corrupción moral de la sociedad, es el poema *Del Menosprecio del Mundo*, compuesto por Brnardo de Morlaix, monje de Cluny, en 1150. La intensidad de su sentimiento y la gracia de su lenguaje hacen de ese poema una obra maestra que no merece el olvido en que ha caído. Pero en general, los autores de sátiras no llegaron a advertir la clara distinción que hay entre el propósito satírico y el propósito didáctico: piensan estar predicando sermones y se pierden en largas digresiones y discusiones que debilitan la fuerza de su sátira porque la dispersan. Una de las principales consecuencias del descubrimiento de la literatura clásica en el Renacimiento, opina Highet, fué el haber llevado a los hombres a entender más a fondo, y con mayor precisión, el carácter de los diversos géneros literarios y los métodos apropiados para tratar cada uno de ellos y haberles hecho comprender, por consiguiente, que no producían la conmoción deseada si mezclaban la sátira con otra clase de literatura que no tiene nada que ver con ella, la poesía erótica, por ejemplo o la discusión filosófica de tono elevado. Ahora, los hombres veían con mayor claridad que nunca antes, gracias en parte al estudio de los satíricos romanos, en parte, a la lectura de los epigramas de Marcial, (que están emparentados con la sátira y en especial con las sátiras de Juvenal), y en parte a la experiencia, cada vez mayor, que iban teniendo de las sutilezas del estilo como los estragos que un autor de sátiras puede causar con una estrepitosa y larga censura pueden ser más terribles aún si lo que dice es una frase epigramática, concisa, mordaz y lapidaria. (62).

Juvenal, escritor de los tiempos de Adriano y Trajano, publicó las más acres y elocuentes sátiras sociales que han llegado a escribirse; anterior a él, Persio, apasionado del estoicismo, escribió sátiras notablemente realistas, en un estilo extraño vívido, bronco

(62).— G. highet, op. cit., pág. 11-31.

y coloquial. En ambos se nota una propensión cada vez mayor a la agresividad, la que también hallamos presente en Horacio, pero tamizada por su personal humorismo: Los dos dicen la verdad; pero la cara sonriente de la sátira horaciana en aquél ha desaparecido. Con Juvenal, la estrpe de los satíricos romanos se extinguió, pero la naturaleza de la sátira quedó fijada definitivamente. Con el empleo de la forma horaciana y sustituyendo su buen humor y suave contentamiento, por la amargura de una moral ultrajada, Juvenal es el último romano y el primer satírico moderno.

Hay algo que matiza la sátira horaciana y la diferencia en cuanto al tono de la vieja sátira de Lucilio, la falta de acritud y el poco personalismo, en general, de los ataques. Kiesseling Heinze hace notar la diferencia entre ambos satíricos. Entre uno y otro la sátira ha cambiado de naturaleza, se ha hecho menos violenta, más propia (Fritzch) de la monarquía, en un cambio semejante al de la comedia ática, antigua en la nueva. (63).

La sátira de Varrón no fué modelo de la sátira horaciana; su influencia es algo difusa, más bien se refiere al repertorio de temas que al procedimiento literario.

El arte de Varrón era impetuoso y demasiado indisciplinado, para el gusto horaciano. La coincidencia, a veces demasiado literal, puede considerarse como reminiscencia o limitación. Frizsche estudiando las coincidencias de Luciano con Horacio dedujo para ambas una influencia común: la obra de Menipo de Gádara, que Horacio conoció seguramente por medio de Varrón. El tipo de Sátiras es completamente distinto en los dos. Quintiliano ("Satura tota nostra est"), distingue con precisión las peculiaridades satíricas de Varrón, nuevas en la literatura latina, frente a la sátira tradicional en ella, que se había fijado definitivamente con Lucilio y, que tiene en Horacio un continuador.

Las sátiras del enciclopédico Varrón al igual que las de su modelo Menipo de Gádara estaban escritas en prosa con breves

(63).—..... A. Tovar, Horacio y las menipeas varronianas, *Emerita* 1935

interludios en verso y se le parecían tanto, además, en su amargura y mordacidad que los padres de la iglesia lo llamaron el "cínico romano". Aunque el modelo griego llenaba toda la obra de Varrón en el fondo, él, lo mismo que Horacio, sentían ante las escuelas filosóficas del helenismo la misma repugnancia.

El humorismo sutil "cuyo secreto consiste en percibir el sentido antilogístico de la vida y, es como huella espiritual que nos deja esta paradójica experiencia: la naturalidad de lo absurdo". Entonces el chiste no hacer reír sino meditar; también temblar; y el humorista emancipado del prejuicio nacional, adquiere mayor energía que el filósofo". De esta especie es el glorioso anticipo que creemos ver en Horacio. Con el fugaz voltejeo de una sonrisa sabe alegrar sus odas a veces grávidas de moralismo. Y así alegra igualmente el libro de las épocas y la filosofía de sus epístolas.

Es tan marcado el fino carácter satírico de Horacio que, a pesar de ser principalmente lírico, Dante, en el canto 14 del Infierno, lo presenta únicamente con el apelativo de Orazio sátiro. (64).

NORMALIZACION DE LOS METROS HELENICOS.

Desde sus orígenes hasta el fin de la época clásica, la poesía latina pasó por tres períodos evolutivos. El primero llamado del verso saturnio que apareció en fecha difícil de precisar, y duró hasta más o menos 200 años a.c. refiriéndose a él, Horacio en el Ep. II,1, lo llama "horridus".

El segundo período lo representa Plauto en sus obras teatrales y Ennio la epopeya. Adoptan los versos griegos con una extraordinaria libertad; no están ligados a ninguna tradición y acomodan los versos griegos a su lengua una seguridad y un arte poco comunes a los iniciadores. Con Catulo (170 a. c.) comienza el tercer período que está marcado por una imitación más ajustada los procedimientos griegos: el teatro con Séneca y la poesía lírica

(64).— A. Reyes citado por O. Valdez, op. cit. págs. 16-18.

con Catu y Horacio. Sólo el hexámetro resistirá la influencia helénizante, aunque de tiempo en tiempo se pliegue a la moda; pero el carácter que debe a Ennio no se borra y en el curso de este tercer período si no es el mejor, si es él un representante de la originalidad latina.

Aparte del saturnio, los latinos han importado de los griegos todos los versos que ellos han empleado. Entre dos lenguas de parentesco tan próximo, la importación se hace sin grandes dificultades. Pero la métrica latina no es una copia servil de la métrica griega; los latinos han impreso caracteres particulares y, por un hecho curioso, este carácter latino, es más marcado al principio, en la época de la importación y se atenúa con el paso de los años. La versificación de Plauto, es menos griega que la de Terencio y ésta menos griega que la de Séneca. El hexámetro, de Ennio a Lucrecio y de Lucrecio a Virgilio y a Ovidio, se perfecciona sobre el modelo del hexámetro griego. (65)

Desde la antigüedad subsistió el problema de si el saturnio es de origen latino o griego. En la antigüedad, como hoy, no se ha aclarado el asunto; pero lo más probable es que se trate de un verso itálico, dependiente en último análisis de la versificación indoeuropea. El saturnio, es considerado por algunos como un verso no basado en la cantidad, sino en la sucesión más o menos regular de sílabas tónicas y átonas; otros dicen, que es un verso asinárteto, compuesto de dos versos separados por una diéresis principal y con 3 tiempos fuertes en cada uno de ellos. No es rara la alteración y la rima. Detrás de la diéresis se admiten el hiato y la sílaba indiferente pero no la elisión. (66).

Ennio importó el hexámetro dactílico de los griegos, para escribir el poema de los annales, que fue primero en tiempo, de los poemas nacionales latinos. La influencia de Ennio en el dominio de la métrica y, en el de la lengua poética ha sido considerable. Prefiriendo el hexámetro al Saturnio, Ennio a la vez que es

(65).— L. Nougaret, *Traité de métrique latine classique*, pág. 2.

(66).— *Literatura Latina*, A. Millares Carlo, pág.

innovador de la poesía latina es tradicionalista, pues adopta para la poesía épica latina, la poética épica de Homero. Después los annales se puede decir que el saturnismo ha muerto y que la métrica latina ya tiene trazado su porvenir: ser una métrica griega romanizada.

Con la introducción del hexámetro a la poesía latina surgieron dificultades de vocabulario. Las palabras latinas ineptas para formar parte de la sucesión —UU o —no podrían entrar en el verso dactílico. Una estadística hecha sobre las obras en prosa de Catón y Cicerón ha demostrado que más de 10% del vocabulario usual se encontraría excluido del hexámetro por la prosodia, y, el asunto se torna más grave, cuando se trata de las palabras típicamente latinas de difícil reemplazo. Así que el hexámetro no fué para la lengua latina un molde al que ella se aviniera facilmente. La historia de este verso es la lucha entre las reglas métricas y la lengua; lucha donde la lengua fué constreñida a plegarse en ciertos casos, mientras que en otros, de la lengua nacieron las reglas. (67).

Meillet ha demostrado que en el mismo griego el empleo del hexámetro ofrecía dificultades semejantes, por lo que deduce que el hexámetro no es un verso de origen griego. Sin embargo, el hexámetro tiene un campo de acción no igualado por ningún otro metro. Con el hexámetro pueden los romanos hacer casi todo, desde una charla común y ligera hasta una declamación sostenida y elevada. =

De una manera general, el hexámetro de la sátira no tiene los requerimientos de elegancia literaria del griego y se reviste lo más posible del tono familiar de la conversación; de ahí, el nombre de sermones dado por Lucilio y Horacio a sus sátiras. Los asuntos mismos tratados en estas obras, repelen todo lo que parezca afectado, en la métrica, en el vocabulario y en el estilo.

El tercer período en la evolución de la métrica latina es la adopción de los metros de los poetas eolios, Alceo y Safo en par-

(67).— L. Nougaret op. cit. pág. 28.

ricular, que utilizó Catulo en alguno de sus poemas y que Horacio incorporó plenamente a la poesía latina en sus odas.

El origen de los versos eólicos, dice A. Meillet se remonta, como ciertos versos del Sánscrito, a la métrica indoeuropea. Sin duda, son más antiguas que las teorías métricas propiamente griegas, a las cuales se trataban de plegar; los latinos que no tenían ninguna liga con este origen han copiado la forma griega ya estereotipada. Cada uno de los tipos del verso eólico tienen un número de sílabas fijo; el lugar de las largas y de las breves es invariable, una breve no puede ser reemplazada por una larga y una larga no puede ser cambiada por 2 breves. La métrica eolia, que es seguramente una métrica cuantitativa, no está sin embargo fundada en la noción de pie, es una métrica silábica.

El verso eolio se caracteriza (menos el alcaico eneasílabo) por la presencia de un grupo central de dos breves, encuadrado por dos largas —uu—. Este grupo llamado coriambo, figura una vez en el verso o bien se repite de varias maneras, dos o tres veces. En algunos versos eólicos, ferecracio, gliconeo y asclepiadeo, el coriambo está procedido de dos sílabas a las cuales Godefroy Hernan dio el nombre de base y es de cantidad y forma libre, así u —, - -. —u. Catulo, imitador directo de los griegos ha conservado esta libertad; pero Horacio ha renunciado a ella y no admite mas que la forma - -(68).

Horacio, guiado por su criterio estético, y por su oído sensibilísimo a la armonía del verso, fijó la cesura del hendeosílabo después de la 5a. sílaba, sin duda por que le pareció la más hermosa de todas las posibles y la aplica a la mayor parte de su producción y, de manera concomitante a esta ley, la de evitar el monosílabo antes y después de tal cesura, comenzando de ordinario la serie con un trisílabo. Los griegos admitían una separación de palabras después de la 4a. sílaba; Catulo no la admite. Horacio dota a este verso de una cesura, casi siempre después de la 5a. sílaba raramente después de la 6a. y jamás después de la 4a.

(68).—... L. Nougaret, op. cit. pág. 98.

y la erigió en ley. Horacio al estructurar los versos en moldes fijos, independizaba el verso del acompañamiento musical.

En cuanto a las cesuras, sus modelos griegos eran muy elásticos, por ejemplo: de 18 asclepiadeos mayores de Alceo, 8 tienen final de vocablo después del 1er. coriambo, 4 después del 2o. 5 después de ambos y 1 aparece sin ninguno de tales cortes, cesuras o diéresis. En Horacio el grupo coriámico medial está precedido y seguido siempre de una separación de palabras. Esta regla era desconocida de los griegos y Catulo.

En cuanto a la normalización del asclepiadeo mayor, hay antecedentes latinos en la obra de Calimaco, Teócrito y Catulo. Este no emplea en sílaba inicial mas que espondeo, a pesar de la licencia lésbica para usar con igual derecho el troqueo, el yambo o el pirriquo. El lugar preferido para terminaciones de vocablo también era entre los griegos de lo más elástico, por ejemplo, de 18 asclepiadeas mayores de Alceo 8 tienen final de vocablo después del primer coriambo; 4 después del 2o.; 5 después de ambos y 1 aparece sin tales cortes, cesuras o diéresis. Horacio, según Maas presenta regularmente final de palabra entre 2 elevaciones (arsis); en el asclepiadeo y sáfico mayor, efecto grato al oído romano. En los asclepiadeos coloca siempre una cesura después del 1er. grupo coriámico, que en la versificación griega no se conocía. En el asclepiadeo mayor el grupo —uu— mediano está siempre precedido y seguido de una separación de palabras, tratamiento desconocido para los griegos y Catulo. La cantidad de la 4a, sílaba en el sáfico, tanto en los poetas griegos como en Catulo es indiferentemente larga o breve; a partir de Horacio, siempre es larga. Los griegos admiten una separación de palabras después de la 4a. sílaba. Catulo no la admite; Horacio da a este verso una cesura, lo más a menudo después de la 5a., raramente después de la 6a., jamás después de la 4a. Los alcaicos enesilabos son los únicos desprovistos de la característica uu por lo cual tienen una separación de palabras después de la 6a., sílaba. En los 317 enesilabos horacianas, 26 solamente no presentan esta

separación En griego la 1a. y de la 5a. sílaba son indiferentes; Horacio adopta cantidad larga; pero se encuentran ejemplos de inicial brevedad en los primeros libros de odas.

Al hendecasílabo alcaico, Horacio le fijó una cesura después de la 5a. sílaba, cesura que regularmente también aparece en el sáfico hendecasílabo. En el IV libro de los Carmina, según Maas, entre las xald de las estrofas alcaicas y saáficas no se permite ningún hiato y de aquí saca que Horacio sólo pudo haberse guiado por su oído, pues toda teoría le hubiera prohibido la tesis final breve en el caso de referencia.

Horacio no creó un solo verso que no fuera ya conocido en la poesía helénica —prosigue mi maestro Dn. P. U. de la C.— (69) mas las series que nuestro autor forja, aparecen movidas por el hálito vital que alienta en todas las producciones artísticas de sus contemporáneos o inmediatos precursores, destinados a una fecunda y perdurable existencia en la esfera del arte bello. . . Horacio no hizo más que continuar en la dirección que percibió, seguida en la poesía alejandrina y en la propia poesía latina nacional, consultando el dictamen de un juez inapelable, su propio y excelente oído. Percibir en las realidades artísticas no tan sólo las últimas y extrínsecas apariencias sino además las fuerzas y las orientaciones determinantes, es un resultado exclusivamente asequible a espíritus geniales como el venusino.

R. Hardie (Res.met. and intraduction to study of Creek and Roman versification) dice: . . . and Horacio was the vomodélns for lyric verse, after his time the historian of poetry may speak of the secret of Ilric verse being lost with Horacio and the moulds braken. . . It. should be added that through Horacés regulations were not braken by later poets, most of them were one or tuice departed from by Horacio himself, as if he arishel to show that he knew quite well that the verse had been different and that these restrictions

(69).— De re métrica horatiana, P. U. González de la Calle, Emérito
(1936-1967)

were self imposed".

Resumiendo, podemos decir, que las innovaciones horacianas, en la métrica eólica, para adaptarla a la versificación latina, en cuanto a exigencias silábicas del vocabulario, y aproximarla al contraste acentual que se había desarrollado en el hexámetro latino y que en algunos casos, ya apuntaron esporádicamente en sus predecesores, fueron: 1o., el empleo de cesuras fijas en las asclepiadeos y en las sáficos y alcaico hendecasílabos; el de la base espondeica en las aselepiadeos (mayor y menor) en el gli-coneo y en alferecraco y 3o., al uso también del espondeo en la mitad de los sáficos y alcaicos hendecasílabos articulados antes de la cesura.

C A P I T U L O
I V

FRECUENCIA DE LOS ELEMENTOS POPULARES.

Entre las variantes expresivas de las diferentes capas sociales del pueblo romano, la plebe, los esclavos y la aristocracia, había grandes desemejanzas en el vocabulario y giros sintácticos; pero también incesantes transferencias.

Las desviaciones que en todos los pueblos se observan entre el lenguaje común y el literario adquieren una excepcional intensidad en Roma y más tarde en el imperio romano. Probablemente ningún otro idioma escrito se ha sujetado tan pronto y tan disciplinadamente a las normas y a los cánones gramaticales como el latino, el cual en este aspecto alcanza un grado de estilización no superado. (70).

Las palabras usadas igualmente en latín clásico y en el vulgar, constituyen el núcleo de la lengua. Hay palabras clásicas usadas también en latín vulgar, pero con significado diferente o pérdida de su sentido metafórico, conservando sólo el literal; hay otras usadas exclusivamente en el latín clásico, las de sabor literario, arcaico o poético; y muchas otras fueron de uso exclusivo en la lengua vulgar. La frecuencia de los elementos populares está íntimamente ligada a la naturaleza del género literario de que se trate y a la extracción social del autor.

Así el lenguaje del epigrama está caracterizado por la abundancia de palabras obscenas, raras en la sátira y que no penetran jamás en la comedia; la lengua de los escritores técnico, como es

(70).—..... C. H. Grandgent, *Latín Vulgar*, pág. 20. G. Bonfante.

natural se acerca mucho a la cotidiana y admite por consiguiente gran número de vulgarismos; la legía por su estilo humilde y confidencial, por los argumentos que trata tiene palabras y giros vulgares; la oratoria, aunque su estilo sea elevado como es un género destinado a la recitación directa tiene mucho de la viveza de la lengua hablada y del diálogo; la filosofía, es mucho menos severa por su lengua de lo que ordinariamente se cree, pues la filosofía romana representada por Séneca y Cicerón es una filosofía moral aplicada a la vida cotidiana, de ella saca sus instrucciones y sus ejemplos y a ella se dirigen sus conclusiones y sus consejos, tiene muchas veces la forma de diálogo o epístola y esto no deja de influir sobre su vocabulario o sobre su estilo; la tragedia es mucho más severa y sobre todo la épica; la historia es el género literario más puro, pues sus obras son más bien destinadas a la posteridad que a los contemporáneos y su estilo austero y solemne, ofrece el máximo de resistencia a las expresiones y palabras vulgares; la oda, aún la de estilo más elevado, está salpicada aquí y allá de elementos populares, lo cual no es extraño, pues la lengua del pueblo y la de la poesía no son opuestos absolutos, sino que se tocan por varios aspectos. Ambas surgen de la fantasía animada, del sentimiento ardiente, y a veces desbordante, ambas piensan de manera plástica y visual, aman por consiguiente la expresión figurada y evitan todo lo que es abstracto y puramente intelectual. Aún en los mejores líricos podemos advertir con bastante frecuencia las huellas de la lengua popular.

Las obras de Horacio por lo que se refiere a la frecuencia de los vulgarismos ocupan el primer lugar las odas, siguiéndole en orden ascendente los épicos, el Arte Poética, las Epístolas y las Sátiras. Las sátiras y las epístolas horacianas son el producto más típico de la literatura romana en que las letras latinas alcanzaron su máxima originalidad creadora y acaso su más perfecta expresión estética. En la Poesía no existe entre sátiras y epístolas diferencia importante ni por el estilo, ni por la lengua, ni por el argu-

mento, ni por la presentación o la redacción, Horacio las llamó a ambas sermones.

Según el mismo poeta, la verdadera poesía es la épica, la comedia y la sátira son géneros afines entre sí; no son poesía. El, en cuanto autor satírico no es un poeta (excerpam número); la comedia y la sátira no son más que la lengua de la vida cotidiana, de la conversación con la sola diferencia de que están escritas en verso, pero esto es algo artificial exterior, accesorio, mecánico, sin gran importancia, consiste en desplazar el orden de las palabras. Dice el profesor Marouzeau: que Horacio en sus sátiras tuvo que realizar un tour de force de virtuosismo, "il a voulu faire de la versification, et non pas de la poésie". En las odas ha sabido elevarse a las cumbres del lirismo y en las sátiras nos ha dado un modelo insuperable de lo natural, cotidiana y sencillo.

Del erudito trabajo de G. Bonfante sobre los elementos populares de la lengua de Horacio, transcribo los siguientes datos: (71).

FACIO.—6 ejemplos en las odas y épodos juntos; 6 en el Arte Poética; 28 en las epístolas y 66 en las sátiras sin contar las elipsis. Pocos verbos son tan frecuentes en las obras de Horacio; su incidencia es notable en los hexámetros sobre todo en las sátiras y nos ofrece un indicio interesante para estudiar su lengua. En Español antiguo y aún hasta el siglo XVI es más general todavía que en la actualidad el uso de facio como verbo vicario o repitiendo la idea de otro verbo (Lapesa).

FACUNDUS, FACUNDIA.—Facundia aparece como sustituto de eloquentia en el Arte Poética 3 veces, en las odas, una. Facundus = eloquens, en las odas una vez. Ambas son palabras populares que faltan en Cicerón, César, Lucrecio, Nepote, Catul, Virgilio, Tibulo, Propercio, Fedro, Quinto, Curcio, Valerio, Flacco, Silio; pero fecundia, que aparece ya en Terencio y Ennio es frecuente en Ovidio, 14 veces; Quintiliano, 11 Tácito, 15, en Frontón 11; y en Gelio y Apuleyo, 13; lo cual parece indicar que penetró en la lite-

(71).— Los elementos populares en la lengua de Horacio, Emérita 1936-1937

ratura más selecta en la Edad de Plata. Fecundus es frecuente en Ovidio, 17 veces; Marcial, 21; y Frontón 12. Juvenal, 6 fecundus, y 3 fecundia. En Salustio, 7; fecundia, por 2 eloquentia. Fecundia será vulgarismo; fecundus vive quizá en italiano. Hay que tener en cuenta que eloquens, eloquentis no cabe en el ritmo datídico. fue quizá en parte sustituido por disertus: 2 veces en las epístolas 1 en el Arte Poética. falta en las odas y en los épicos y falta también en Catón, César, Virgilio, Tibulo, Livio, Q. Curcio, Lucano, Persio, Plinio el naturalista, Valerio Flacco, Estacio, Silio, Suetonio y aparece con particular frecuencia en las cartas de Cicerón, 10 veces; Ovidio 15; Séneca el Retórico, 30; Séneca el Filósofo, 18; Quintiliano, 37; Marcial 14; Tácito, Dialogus, 12; Plinio, epíst., 16; Peironio 2; Juvenal, 1. Parece palabra popular como fecundus; eloquens es mas refinado. Quizá originalmente tenían fecundus y eloquens matices algo distintos: fecundia era el don natural; eloquentia, fruto de estudio y ejercicio. Pero es una diferencia, si existe, casi imperceptible.

FLUUIUS.—Aunque aparezca en las odas es palabra más bien popular evitada cuidadosamente por César que tiene más de 200 flumen. Amnis es el equivalente arcaico pero desapareció muy pronto de la lengua hablada y casi completamente de la prosa. Sin embargo Livio y Tácito conocidos por el uso de vocablos poéticos tienen con frecuencia amnis; flumen es más bien palabra "indiferente", usada tanto por los buenos autores como por el vulgo, y empleada por César con mucha frecuencia con exclusión de los dos sinónimos. Los poetas épicos si tienen fluius con bastante frecuencia, aunque siempre predomina amnis; los elegíacos lo evitan. Horacio se acerca más a los elegíacos; los tres sinónimos se distribuyen así en sus obras:

	Amnis	Flumen	Fluius
Sátiras	2	6	2
))	_____
Epístola	2)4	2)8	_____

Arte Poético	1	1	—
Odas	7	12	3
	—	—	
	12	21	

Flumen es relativamente más frecuente en las sátiras que en las odas, respecto a amnis. De Tácito en adelante (exceptuando Amiano Marcelino, amnis se hace cada vez más raro, signo claro de su desaparición de la lengua viva.

EGO.—La frecuencia proporcional de ego en las obras de Horacio es muy interesante: 59 ejemplos en las sátiras, 19 en las epístolas; 12 en el Arte poética; 25 en las odas y 3 en los épicos. La prevalencia de esta palabra en las sátiras es evidente; tiene allí frecuencia más que doble que en las odas y épicos juntos y casi doble en las epístolas y Arte Poética que tienen juntos casi la misma extensión que las sátiras. Esto es debido al empleo popular; en el estilo más elevado sólo se pone el pronombre personal cuando se quiere enfatizar u oponer una persona a otra.

DESCENDO.—Se da una vez en las sátiras; 3 en las epístolas; 1 en el Arte Poética, 2 en los épicos y 3 en las odas. Pero el simple scando que en las odas se encuentra cuatro veces, falta totalmente en todas las demás obras de Horacio y ha desaparecido en las lenguas romances, mientras descendo perdura en Español y otros idiomas romances. Como en otros casos, el simple ha sido suplantado por el compuesto. Ya en Plauto hay un scando contra tres ascendo, cuatro conscendo, dos descendo y un trascendo. En César que evita las palabras arcaicas o poéticas, falta scando (descendo, ascendo son frecuentes) scando es palabra arcaica y literaria; descendo es palabra popular pero no la evita ningún autor de propósito.

DELECTO.—Se encuentra cinco veces en las sátiras; 6 en las epístolas; dos en el Arte Poética; 3 en las odas; ninguno en los épicos. El verbo sin ser propiamente evitado por los buenos autores, ciertamente es más frecuente en los otros; falta totalmente en



Salustio, Livio, Tácito, y en los épicos. Hay un ejemplo en cada uno: Terencio, Propercio, Q. Curcio; 2 en César; pero es más frecuente en los autores menos puros; 3 en Nepote; 4 en: Lucilio, Juvenal, Tácito, Dialogus (en las demás obras usa oblecto), 5 en Rhetoricad Hercnum, y Paulo Festo, Suetonio; 6 en Plauto; 17 en Varrón; 16 en Horacio (pero sólo tres en las odas), 7 en Ovidio; 9 en Vitruvio (donde sustituye a los sinónimos gaudeo y laetor, que faltan); 15 en Valerio Máximo; 16 en Séneca el Retórico; 8 en Petronio (además 2 delecto); 10 en Plinio el Naturalista, 13 en Marcial; 25 en Quintiliano; 28 en Plinio; el joven II en Frontón, etc. Entre los sinónimos de delecto, gaudeo es romance (español, gozo; francés, Joueiz; ital., godo); pero laetor ha muerto.

CUTIS.—Arte poética, verso 476:

Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo.

Sinónimos usados en los buenos clásicos, son: corium, César 5 veces y Pellis, también 5 veces. El Thesaurus dice a propósito, "vox sermonis vulgaris"... Horatius, quinis. Falta enteramente en Cicerón, Lucrecio, Virgilio, Tibulo, Salustio y Tácito y abunda en Plinio Nat. y otros. Corium y pellis, tampoco son ajenos a la lengua vulgar, ya que sobreviven en romance.

CURRO.—3 en las odas; 1 en los épicos; 1 en el Arte Poética; 4 en las epístolas y 11 en las sátiras. Aunque parezca extraño es: "Uox imprmiis sermonis vulgaris..." (Thesaurus) ...deest apud César, Salustio, Tácito, etc. Probablemente la acción misma de correr se consideraba por los graves romanos poca digna. Es palabra vivísima en todos los idiomas románticos: español, correr; francés, courir; italiano, correre.

CREPO.—En el Arte Poética dice: Aut inmundi crepent ignominios aequa dicta... Aunque se halla en las odas dos veces y una en los épicos, es verbo vulgar evitado por los buenos prosistas, entre ellos Cicerón y César (los dos tienen crepitus) Plauto tiene veinte ejemplos; Terencio cinco; pero Virgilio tres. De esta palabra dice el Thesaurus: "legitur inde a Plauto, saepe apud comicos, singulis locis apud Catonem, Silio; binis Varronem, Pro-

percio, Lucano; ternis, Virgilio, Persio; sexies, Horacio'', etc. Aparece también en Ovidio, Petronio y Marcial. Perdura en las lenguas romances: español, quebrar; francés, crever; italiano, crepare; rumano, crepa. En italiano y francés es todavía hoy vulgar.

CRASSUS.—La palabra *crassus* es evitada en general por los buenos autores, especialmente por los escritores en prosa que son más puristas. No se encuentra, indica Bonfante, ni en César, Salustio, Nepote, ni Tácito. Se encuentra en Plauto, Ennio, Lucilio, Catón, Cicerón, Lucrecio, Varrón, Virgilio, Vitrubio, Ovidio, Celso, Persio, Séneca, Lucano, etc., y en los autores tardíos. Falta en las odas y en los épicos. Equivalentes aristocráticos son: *solidus* (Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Livio, Tácito, Séneca, Plinio), *densus* César, 5 veces; Virgilio, frecuentemente; Ovidio, Lucano, Valerio Flacco, Quintiliano), y también *Pinguis*, en la acepción concreta; *hibes*, *stultus*, *simplex*, *rusticus rudis*, *incultus*, en la abstracta.

En el sentido de grueso, *crassus* es netamente vulgar y usado sólo por autores vulgares: Plauto, Terencio, etc. Como término técnico de agricultura se encuentra en Catón, Plinio el Naturalista, Virgilio (geórgicas). En este sentido el equivalente purista es *pinguis* u *obesus*, de los cuales sólo el primero está vivo en las lenguas romances. *Crassus* con CR inicial ha permanecido en las lenguas seolatinas pero sólo en el significado vulgar de grueso.

Crassus es también usado como cognomen y es cosa conocida que como cognomen se usan sólo adjetivos populares, evitados por los buenos autores; así mismo el cognomen de Horacio, *Flacus*, que como adjetivo aparece sólo en Varrón y Cicerón (*Nat Deor*) y que viven en el español, *flaco*; por el contrario, *pinguis* nunca es cognomen.

COR.—En el *Arte Poética* leemos: *si curat cor spectantes tetigisse querella*.

Ya Rebling y Ruckdeschel han observado que *cor* en el sentido de animus es popular, lo cual se puede hoy aclarar perfectamente por medio de *Thesaurus*. Perdura muy viva esta significación en

todas las lenguas romances:

GRANDIS.—Aparece en la sátira 1,4,50, así:

filius uxorem grandi cum dote recusset; y en la sátira 1,3, 145:

Quondam lethargo grandi est apressur ut heres.

En este sentido los buenos clásicos usan con preferencia *magnus*. En general dice Bonfante, usan *magnus* para multitud de personas (*legio*, turba, *populus*), para cosas inanimadas o conceptos abstractos (*domus*, *flumen*, *gaudium*, *insula*, *labor*); *grandis* más bien para las plantas, los animales y los hombres.

La diferencia entre *magnus* y *grandis* resalta netamente en frases como *magnus homo*: un gran hombre (célebre, ilustre), *grandis homo*, hombre grande. Isidoro dice: *inter grande et maximum: grande ad corpus pertinet, maximum ad animum; inter magnun et grandem: magnun ad animun referimus; grandem ad corpus.*

La frecuencia extraordinaria de *grandis* en Cicerón se explica en parte por el hecho de que *grandis* es usado por él (por primera vez) como término técnico para designar el estilo, veintitrés veces.

No siendo ajeno a ninguno de los mejores autores (sino sólo menos frecuente), *grandis* se encuentra también en las odas (11, 17,3) *Maecenas, mearum grande decus...* La extensión de *grandis*, palabra de etimología oscura en perjuicio de *magnus* (palabra seguramente indo-europeas en griego, *mégas*, que comienza ya en los autores arcaicos es seguramente popular; en las lenguas romances *magnus* casi ha desaparecido, mientras *grande* continúa vivo. La distribución de *magnus* y *grandis* en la lengua de Horacio es la siguiente:

	Odas	Epodos	Cant.	Sec.	A.P.	Epíst.	Sát.
<i>magnus</i>	16	5	—	—	3	5	62
<i>grandis</i>	4	1	— (=5)	—	2	3(=10)	5

IMUS.—Lofsfedt, *Syntatica* II p.p. 345 y sigs. ha demostrado que *imus* es popular, *infirmus* literario. Horacio no conoce más que *imus*, que también ha pasado a las lenguas románticas.

HIC.—Hic como pronombre ha muerto. En las lenguas romances, iste ha conservado el significado de hic. Iste parece ser evitado por los escritores más puros; César tiene un solo ejemplo (discurso de un bárbaro). Falta totalmente en las odas. En cambio Propertio, más popular, tiene cuarenta y Tibulo cuatro. En los épicos se encuentra uno; en las sátiras 15, en las Epístolas 7; y en el A.P. 2.

RIUALIS.—En el Arte Poético, verso 444, leemos.

Quin sine riuáli teque et tua salus amares.

Riuális, antigua palabra de la lengua rústica (Marouzeau) es la palabra popular, en contraposición a aemulus, la palabra culta (Ruckdeschel). Es natural que aemulos haya desaparecido en las lenguas románticas mientras que rival, vive, en español, en italiano: rivale. (sobre todo en amor, como en Horacio).

Aemulus y riuális, alternan en las obras de Horacio de la siguiente manera:

	Odas	Ep.	Sát.	Epist	Arte Poética
aemulus	2	4	—	1	1
riuális	—	—	—	—	1

RUCTOR.—En el verso 457 del Arte Poética, tenemos:

Uersus ructatur

Este verbo falta, como es natural en los puristas César, Salustio, y Tácito, en los elegíacos y los épicos (fuera de Silio Itálico; ructari eruorem).

ANGUIS.—Aparece en un pasaje de estilo elevado, en las epístolas y en una cita mitológica (parecida a la tragedia) en el A.P. Verso 187:

Aut in auem Procne uertatur, Cadmus in anguem. La distribución de los nombres de la serpiente, en Horacio, es la siguiente:

	Odas	Ep.	A.P.	Epist.	Sát.
anguis	3	—	1	1	—
colubra	1	—	—	—	1

draco	1	--	--	—	—
serpens	2	2	1	—	3

Anguis y serpens son sinónimos; anguis es más antiguo (Plauto tiene ocho anguis pero no tiene serpens; Terencio tiene un anguis y ningún serpens) y permanece después en la lengua de los prodigios y de los poetas, en los cuales sin embargo no faltan draco, colubra y serpens. De anguis dice el Thesaurus "In pedestri sermone uocabulum frequens"... "Nonperuenit ad linguas romanicas". Desde la época de Catón y Varrón serpens había sustituido a anguis en la lengua vulgar y urbana. Tito Livio es el único prosista que usa con frecuencia anguis, esto es un indicio de su estilo poético. También draco y colubra están vivos en las lenguas romances: esp., culebra; fr. couleuvre, etc.

SPISSUS.—En el Arte Poética hallamos dos ejemplos:

**verso 205 (tibia)... adesse choris erat utilis atque
nondum spissa rimis complere sedilia flatu**

y en el verso 381; ne spissae risum tollant impune coronae.

Aunque se dé en las odas (II, 15, 9; III, 16, 25, y IV, 3, II) spissus es palabra más bien vulgar, ajena a los prosistas de la edad augustea; falta en Terencio, Salustio, y César, en los escritos filosóficos, en los discursos de Ciceron, en Tácito por el contrario se da en Plauto. Cecilio, Estacio, Pacuvio, Titinio. En las cartas de Cicerón hay algunos ejemplos y es muy rara en los escritos retóricos. Es muy corriente en las lenguas romances; español: espeso; catalán, espes; francés, epais; italiano, spesso. El sinónimo densus está poco representado en las lenguas romances. El otro sinónimo, crassus, es panromántico, pero en el sentido de pinguis.

—ERUNT.—La desinencia de tercera persona de perfecto es seguramente vulgar, como lo demuestran las lenguas romances; latín, dederunt, italiano diedero; fuerunt, fuerono. Plauto tiene ocho ejemplos (ere 51; -erunt 106; Terencio, más refinado 1 solo (ere 26: -erunt 22) Fedro ocho (-ere 14; -erunt 18). En los épicos, -erunt, como es natural, a pesar de la ventaja que ofrecía su uso para la métrica, en algunos verbos es muy raro: Virgilio tiene seis ejemplos,

(Eneida, 3; Geórgicas 2; Bucólicas uno). Ovidio; Metamorfosis 2, Luciano 1, etc. En Horacio -erunt lo ha hallado Bonfante tres veces: 1 en las sátiras, 1 en las epístolas, y uno en los épodos. En las odas falta por completo y "no parece por casualidad". El único autor de hexámetros en que —erunt es más frecuente que —ere es Juvenal y eso es característico.

ALTER-ALIUS.—Horacio en los hexámetros emplea a veces alter en vez de alius, en las sátiras 1, 1, 40 y 1, 5, 42, etc. Es un uso vulgar (Ruchdeschel) que se encuentra ya en Plauto y esporádicamente en otros autores: Virgilio, Marcial, etc. En las lenguas románicas como es sabido, alter ha desplazado completamente a alius.

Por su stirpe social y su empleo en la literatura, las palabras latinas pueden dividirse en varias categorías:

De las consideraciones del Profesor Bonfante y de su minuciosa estadística comparativa, me parece que podemos inferir el colorido de los primeros versos de la oda tercera del libro primero cuya intención me parece que se lee claramente entre líneas: odi profanum vulgus et arceo. Horacio miraba con desprecio a los vulgarizadores de la poesía, no porque emplearan el lenguaje del pueblo, que ¡ de buen grado quiso dignificar con su pluma, sino porque en su nombre rebajan tanto el nivel del noble arte de las musas que lo ponían a la altura del suelo.

No fué necesario para Horacio, maestro del buen gusto, que se encastillara en la torre de marfil de la expresión refinada de la gente culta. Supo seleccionar del latín del pueblo y, aquí esto es muy importante porque si bien es "distinto del habla estudiadamente pulida de la sociedad culta, del dialecto descuidado de los campesinos y de la jerga de los barrios bajos (70), de todo ello participa, la palabra que le ofrecía los más ricos matices semánticos y que por ello sustituía con ventaja a la culta correspon-

(72).— C. H. Grandgent, op. cit., pág. 20.

diente para los efectos del colorido de la expresión o de la plasticidad ideológica del verso.

Otras veces prefería, en igualdad de circunstancias, usar el vulgarismo por su deliberado propósito de acercarse a la gente sencilla en tono familiar, pues "en los últimos tiempos de la República y en las primeras del Imperio, la lengua culta se hizo altamente artificiosa, separándose del lenguaje usual, y, por otra parte, el idioma común durante la República y el Imperio se había ido desviando del tipo arcaico del habla elegante". 73). Sin embargo, en esto, como en su moral práctica, la "aurea mediocritas" cie la pauta y lo mantiene equidistante de los escritores popularescos y de los puristas exagerados.

(73).—..... C. H. Grandgent, op. cit., pág. 20.

C A P I T U L O V

**LA DINAMICA HORACIANA EN LA POESIA EUROPEA
ITALIA, ALEMANIA, INGLATERRA, FRANCIA Y PORTUGAL
EN EL IMPERIO ROMANO.**

Desde el final de la primera centuria d.c., en adelante, la historia de la literatura latina es la historia de la declinación del gusto, de la inspiración, del lenguaje y del interés intelectual. En todo ello actuaba la crisis que se iba gestando silenciosa y paulatinamente y que habría de culminar con la transformación del mundo antiguo.

El Cristianismo, surgido en la capital del imperio durante el reinado de Claudio extendió profusamente sus conquistas hasta las más apartadas provincias del mundo romano y su tesis revolucionaria, sobre los tantos y tan diversos problemas que pesaban sobre la humanidad, en momentos decisivos de su existencia, dio por resultado, la oposición suscitada por los defensores de las antiguas creencias y el nacimiento de una literatura de carácter apologético, que enfrentó su réplica contundente, entre los siglos II y III, a los escritos de los partidarios del paganismo.

Las letras paganas habían agotado su facultad creadora y, con pocas excepciones, estaban desprovistas de imaginación y atractivo. Por otra parte, la literatura de la nueva religión, que empezaba a producir sus primeras eclosiones sobre la ruina de los tiempos de la antigua creencia, fue, en un principio, una mescolanza de las viejas y de las nuevas filosofías, vaciadas en los moldes tradicionales de la literatura romana, y lejana todavía, de la madurez ideológica y de la belleza expresiva.

El espíritu informativo del cristianismo o del paganismo, que constituía siempre, en último análisis, el transfondo conceptual que el credo del autor imponía a su obra, escindieron la li-

teratura del imperio romano en dos campos antagónicos y muy bien definidos por las ideas: el cristianismo exaltaba la abnegación, la pobreza, la humildad, la fraternidad, todas ellas virtudes desconocidas hasta entonces y que repugnaban a los antiguos; la convicción de éstos se apoyaba en el predominio indisputable de la fuerza y la riqueza. Juzgaban por consiguiente que la pobreza era el peor de todos los males; que el vencido era cosa que legítimamente pertenecía al vencedor y muy natural que hubiera en el mundo amos y esclavos; la venganza era el placer hasta de los dioses y estos dioses sólo aceptaban el homenaje de un pueblo y limitaban su protección a sus propias fronteras. Por el contrario, la religión de Jesús era la religión de la humanidad entera, se cernía por encima de las fronteras, y, según Tertuliano, escritor cristiano del s.III, hacía del mundo "una república, patria del género humano".

La religión romana no respondía a ninguna de las preguntas que el hombre podía hacerse sobre su destino, su dignidad y sus deberes; no entrañaba ninguna esperanza moral; se reducía a un culto en el cual los sacrificios eran, ya el pago de una deuda, ya anticipada seguridad contra una desgracia que podía acontecer. El dios vendía su protección, no daba reglas para bien vivir; hacía respetar las propiedades y los contratos, no guiaba las conciencias, su competencia no se extendía más allá de los intereses materiales.

La coexistencia de las dos religiones, la antigua aferrada a la tradición y al poder del Estado, y la nueva, abriéndose paso con toda la pujanza de su doctrina demoledora, fortalecida por la tolerancia oficial que desde 313 alcanzó por el edicto de Milán, obligó a los autores litrearios, de uno y otro credo, a expresarse más a tono con los tiempos que corrían, que no era ni del todo paganos ni todavía del todo cristianos. Buscando un modelo de gran autoridad literaria y ascendiente cívico en quien inspirarse, ambos coincidieron en el hallazgo: el poeta familiar a todos los romanos, el autor de su grandiosa epopeya nacional.

Virgilio, el cantor patrio por excelencia, el glorificador de los destinos de Roma, por quien se sintieron interpretadas ambas religiones, es para los cristianos un iluminado que descorrió al menos parcialmente el velo que oculta el mundo místico; el poeta del lenguaje casi bíblico que tradujo en su égloga mesiánica, brillante exaltación de la esperanza, los anhelos inmortales de la raza humana, con los acentos de un profeta. Para los paganos, en su Eneida un compendio altamente poético del derecho romano, el que según Sexto Pomponio, (74) se cifra en religión para con Dios y obediencia a los padres y a la patria: es el paladín del noble abolengo de las instituciones nacionales. Virgilio, el confortante, el espiritual; un pagano ilustre al mismo tiempo que un prenuncio del cristianismo, fue entre los siglos IV y V el numen esclarecido del paganismo, que en trance de perecer, produjo como resultado un no despreciable resurgimiento literario. De los autores cristianos, que toman bríos de la literatura antigua, se asimilan lo mejor de sus procedimientos, y crean la suya propia, no sin méritos artísticos en cuanto a la forma y a la vez de gran profundidad de pensamiento, tanto en el aspecto político como en el dogmático, también lo fue.

Horacio, un poeta estrictamente, sin tintes místicos ni aureola épica, permaneció como el favorito de una minoría selecta y así a lo largo de la Edad Media, porque, aparte de las prevenciones que le tenía la iglesia, la poesía lírica sólo puede gustarse ampliamente en épocas de alto refinamiento estético.

La primera edición crítica de sus trabajos, por Marco Valerio Probo, apareció en el tiempo de Nerón. El nativo de Berytus desertó de la carrera militar y se dedicó a la colección, estudio y edición de autores latinos entre quienes, además de Horacio figuraron Virgilio, Lucrecio, Persio y Terencio. Su método comprende una cuidadosa comparación de manuscritos y enmiendas, con anotación explicatoria y estética, todo prologado por biografías

(74).— Homenaje a Virgilio en el segundo milenario de su nacimiento, pág. 209.

de los autores. Este trabajo le ganó la reputación del más erudito hombre de letras de su tiempo y se le debe a él, en gran parte, que la transmisión de los textos horacianos sea tan comparativamente buena.

Hubo otros muchos críticos e intérpretes de Horacio. De muchos de ellos los nombres y los trabajos se han perdido. Modesto y Clarano, tal vez no mucho después de Probo, son dos nombres que sobrevivieron. En el tiempo de Adriano, apareció también la edición de Quinto Terencio Scauro, en 10 libros, de los cuales las odas y los épicos hicieron 5, las sátiras y epístolas 5 y el Arte Poética un libro aparte. Al final de la segunda centuria o principios de la tercera, Helenio Acrón que vivió hacia el s.III, en su *Scholia in Horatii Opera*, escribió comentarios de ciertas obras de Terencio y Horacio, fijando su atención principalmente en las personas que desfilan por las páginas de los poetas. No mucho después, apareció el comentario de Pomponio Porfirio, originalmente publicado con el texto de Horacio, pero más tarde separadamente. A pesar de las modificaciones efectuadas en el curso del tiempo, sólo el de Porfirio, entre todos los comentarios de los primeros 300 años, ha conservado una aproximación a su original carácter y calidad. Acrón por ejemplo, ha sido opacado por otros comentaristas y hasta la identidad de su trabajo se ha perdido. El propósito de Porfirio fué poner de relieve la belleza poética por medio de observaciones acerca de la construcción y el sentido, más bien que el discurrir sobre la conocida materia del asunto.

En el año 527, el cónsul Vettius Agorius Basilius Mavortio, con la colaboración de un Félix, revisó el texto por lo menos de odas y épicos y tal vez de las sátiras y epístolas. De las ediciones que hubo entre la de Porfirio y la suya hay algo de duda.

El filósofo de la Roma tardía, Manlio Terencio Boecio (455-526) que fué uno de los autores que durante más de un milenio, mayor influencia tuvieron en Europa, se detiene más en las obras romanas que en las griegas y de Virgilio y Horacio toma muchas

de las máximas generales a que en esos calamitosos tiempos acude para sostener su espíritu. Aunque los ideales cristianos no se afirman expresamente sus libros están inspirados por algo muy afín a ellos. (75).

EN LA EDAD MEDIA

En 453, Atila murió súbitamente y con su muerte aquella confederación de pillaje y destrucción que él mantuvo tan unida. Los hunos de esa época, desaparecieron de la historia confundidos entre los pueblos de lengua aria, mucho más numerosos, que los rodeaban por todas partes; pero sus grandes correrías consumaron prácticamente el fin del imperio romano-latino. Después de la muerte de Atila y durante 20 años, dominaron en Roma hasta 10 emperadores distintos, elevados al trono por los vándalos y otras tropas mercenarias. Los vándalos, desde Cartago, fueron a Roma y la tomaron y saquearon en el año 455. Finalmente en 476 Odoacro, el general del Ejército bárbaro, depuso a un panonio que figuraba como emperador con el nombre de Rómulo Augustulo e informó a la Corte de Constantinopla que en Occidente ya no había emperadores. Así acabó sin gloria el imperio romano-latino. En 493 el Teoclórico Galo fué proclamado rey de Roma.

Todos los jefes bárbaros de la Europa del oeste y del centro reinaron entonces con los títulos de reyes, duques y otros semejantes, independientes en la práctica; pero la mayor parte de ellos, prestaban al emperador una especie de vasallaje oscuro e indefinido. Había cientos, o quizá miles, de estos bandoleros, erigidos en soberanos con independencia práctica. En las Galias, España y Dacia prevaleció la lengua latina con las corrupciones introducidas por las formas locales; en la britania y al este del Rin las lenguas del grupo germánico y, en Bohemia, una lengua eslavónica, el Checo, fueron el idioma común de las gentes. Solamente el clero superior y un pequeño grupo de hombres de

(75).— G. Higghet, op. cit., pág. 1-75.

cultura leían y escribían latín. La vida era insegura en todas partes y la propiedad se mantenía con la fuerza material: se multiplicaban los castillos y se borraban los caminos. El alborear del siglo VI fué una época de división y obscuridad intelectual en todo el oeste. Si no hubiera sido por los monjes y los misioneros cristianos, la cultura latina habría desaparecido totalmente.

Aunque el imperio romano-latino desapareció como tal en el siglo V, existía algo diferente, nacido dentro de él, al que habían de servir extraordinariamente su prestigio y su tradición: aquella mitad de la iglesia católica que usaba la lengua latina. Ella siguió viviendo mientras el imperio moría, porque apelaba a los espíritus y a las voluntades de los hombres, porque tenía libros y un gran sistema de maestros y misioneros que mantuvieran la unión más estrecha, elementos mucho más fuertes que la ley y las legiones.

Así como la lengua latina iba perdiendo su integridad, se sufría el estancamiento en todos los órdenes. Cansancio del cuerpo y del alma y olvido de las glorias pasadas, en el arte y en el heroísmo, fueron la herencia de las últimas generaciones del mundo antiguo. San Jerónimo, con plena clarividencia del futuro inevitable, vaticinó: *Romanus orbis ruit*.

Penetró gradualmente una nueva religión y una nueva sangre; la vida de la lógica fué desplazada por la vida del sentimiento. El cristianismo creó nuevas esperanzas; pero también nuevos problemas y nuevas incertidumbres.

El tiempo de la desaparición del imperio romano y el que le siguió no fueron favorables ni a la producción literaria ni al disfrute de su herencia. Los autores clásicos sólo fueron el alimento de las mentes vigorosas y Horacio, un poeta de alto refinamiento artístico fué leído únicamente por un grupo reducido de personas y desde luego, no llegó a tener preponderancia.

Horacio es el poeta completamente pagano cuyas obras están saturadas de cierta trascendencia espiritual. Aunque la única inmortalidad a que se refiera la inmortalidad de la fama; el fin

del hombre no le sugiera otra cosa que polvo y sombra, y los vuelos de su musa raramente lo transporten a un reino de divino amor y providencia; sus aspiraciones, dirigidas a las cosas prácticas y asequibles de este mundo, gravitan en los planos más elevados de los valores morales: fe en la amistad, base de las ideales relaciones humanas; confianza en sí mismo, punto de apoyo, el más fuerte, de la osada intrepidez; acendrado patriotismo, fuente de las más altas virtudes cívicas y domésticas; alegre perseverancia en el trabajo, yunque donde se forjan las obras perfectas; acrisolado amor filial, sentimiento que honra al padre y todavía más al hijo; y dulce contentamiento de la vida, verdadero sello de aristocracia espiritual.

La idea monástica, de origen oriental y aclimatada en el occidente, fue reducida a práctica sistemática por san Benito, que fundó la primera regla en Monte Casino en fecha cercana a 527 cuando Mavortio hizo la revisión crítica de la obra de Horacio. (76).

La orden benedictina dio asilo en sus claustros a la cultura y a las ciencias antiguas, en inminente peligro de perecer por las guerras inacabables a causa de las invasiones sucesivas de nuevas hordas bárbaras. Sus monjes, infatigables copistas, transcribían los viejos códices, estudiaban las antiguas escuelas filosóficas y formaban los grandes hombres de su tiempo. Monte Cassino, entre Nápoles y Roma, fue el primer gran centro de la influencia benedictina, la que irradió a Irlanda y, ésta a su vez, antes de finalizar la sexta centuria era ya el seminario de las misiones europeas, en una época en que el cristianismo nacía apenas en los pueblos germánicos. Irlanda volvía al continente los beneficios que antes le habían llegado de él, derramándolos sobre las brumosas costas de Caledonia y sus islas, sobre Bélgica, Borgoña, Suiza y Alemania (st. Gall, Fulda, Hesse Nassau, Carvey,

(76).— Los datos histórico-bibliográficos de este capítulo están tomados principalmente de la obra de Gr. Showerman, *Horace and his influence*.

lona, Tours, Reichenau) y en la misma Italia donde San Columba-no funda el monasterio de Bobbio en el norte de la península.

De los monasterios franceses salieron casi todos los doscientos cincuenta manuscritos que existen del opus horaciano. Las copias que hicieron en la época de Carlo Magno fueron sobre los textos de Mavorcio y Porfirio cuyos originales descubrieron tal vez en Bobbio sus humanistas. El más antiguo de todos los manuscritos conservados hasta hoy, aunque muy mutilado y sin las epístolas, es el Bernensis o Floriacensis, que data del siglo IX. Debe su nombre a la ciudad de Fleury-sur-Loire y se guarda en la biblioteca de Berna. A Francia le siguen en importancia, en cuanto al haber de manuscritos horacianos, Alemania e Inglaterra. Italia conservó pocos manuscritos de su poeta y pocos son realmente antiguos.

Al finalizar el siglo IV el conocimiento de Horacio era vago. No se leía en Africa, en España ni en Galia. Leído en Italia, en tiempos de Carlo Magno, unos cien años después, sin embargo, su nombre no figura en los catálogos de Bobbio, uno de los más grandes centros de aprendizaje. La actitud general de los conductores de la iglesia hacia él, puede conjeturarse por la indiferencia del mismo papa Gregorio el Grande, a que no le importaban la belleza literaria ni las incorrecciones bárbaras en su escritura. Síntoma muy grave, también de la desintegración que estaba sufriendo el latín, fueron los glosarios que empezaron a componerse no ya para explicar las palabras difíciles, sino para traducir las comunes y corrientes por otras más sencillas o más rústicas. San Gregorio de Tours, que era obispo, nos dice que la mayor parte de sus contemporáneos podían entender a un rústico hablando su dialecto; pero no a un maestro dando lecciones de latín.

Es natural que esta crisis por la que atravesaba el idioma, haya reducido el número de los pocos lectores de los últimos tiempos del imperio. Las epístolas, como tenían un objetivo moral concreto, eran por esto más accesibles y prácticas que las odas, reflejo de puras emociones personales, forma la mayor parte de

la contribución horaciana al florilegio que se compuso entonces. Horacio, no era un poeta de narraciones fáciles y estimulantes como Ovidio; sus versos no impresionaban marcialmente el oído; no fue un ejemplo de retórica como Lucano; sus sátiras no se prestaron, como las de Juvenal, a la universal condenación del paganismo; tampoco un Virgilio cuya solemnidad, su consagración al deber, su trascendentalismo y su profundo sentido de lo divino está reencarnado en la iglesia católica.

En la octava centuria, san Columba conoce a Horacio. El venerable Beda, "el primer inglés que trascendió su tiempo", lo cita cuatro veces, Alcuino de York —llamado un Flaccus— (n. 735) va a enseñar a la escuela de estudios clásicos, fundada por Carlo Magno para contrarrestar los efectos de la barbarie y deja más de trescientos ensayos en forma de cartas sobre literatura y educación, escritos durante su estancia allí y después en su abadía de Tours. El catálogo de York de Alcuino, muestra los nombres de la mayoría de los autores clásicos.

En España, San Isidoro, Obispo de Sevilla, la figura más grande de la España goda, y a juicio de Ebert el más grande compilador que ha existido, ejerció con sus obras, gran influencia en la Edad Media. Los literatos españoles, a cuya cabeza iban los obispos de Toledo, poseían una cultura antigua, tradicional, de modo diferente a lo sucedido entre los francos, cultura que se paralizó violentamente por la invasión musulmana. San Isidoro leyó a Horacio en la séptima centuria, a pesar de que su regla, como la de otros legisladores monásticos, prohibía la lectura de los autores paganos sin permiso especial.

En la novena y décima centuria, al impulso del favor carolingio, en Francia, donde no había señales de la presencia de Horacio desde el fin de los tiempos de Roma, llegó a ser el centro más importante en la producción de manuscritos. El Bernensis y seis ejemplares parisienses datan de este período. Sin embargo los índices de San Gall y Reichenau no mencionan ningún traba-

jo de Horacio y solamente en los de Nevers y Loesch figuran sus trabajos completos.

En 940, apareció en la ciudad de Toul una pieza épica, hecha en forma de mosaicos de las cuales una quinta parte eran versos copiados de Horacio. Por la misma época la célebre monja Hrosvitha de Gondersheim, escribió sus seis dramas modelados sobre Terencio, y añadidos de reminiscencias horacianas.

El momento del interés intelectual no se pierde en la XI centuria y París llegó a ser su centro más importante con Reims, Orleans y Fleury; el códice parisino es obra de este período; Alemania también se distingue por su labor clasicizante, sobre todo en la preparación de muchachos para la iglesia; Italia produce un Horacio copiado bajo la dirección de Desiderio, el cual se menciona en un catálogo y Pedro Damiano es su hombre más erudito. La historia de casi todos los países de la cristiandad latina durante el s.XI presenta la misma fase de lucha constante entre el monarca y el papa por el asunto de las investiduras, y a ello se debe la relativamente escasa actividad intelectual.

En el s. XII, continuaron las rivalidades entre las monarquías y el papado; pero el salvajismo evidente y la crueldad en la persecución de los herejes llevaron a los hombres a dudar de la autoridad de la iglesia, y a inquirir y discutir las cosas más fundamentales. Esta es la edad de Roger Bacon en Inglaterra, del gran lógico y metafísico Abelardo en Francia y del Monasterio de Cluny. Un catálogo italiano aporta una mención de Horacio. Hay además un manuscrito de esta época y veinte menciones de Horacio entre los autores de los primeros años de la centuria y setenta y siete de los últimos. Las epístolas y las sátiras se siguen prefiriendo a las odas. Inglaterra y Francia se unen por la conquista normanda, de manera parecida a la asociación de Alemania y Francia en el reino de Carlo Magno, y mucha influencia del latín penetró entonces a la lengua inglesa por mediación del normando-francés.

La centuria XIII movía una declinación en la vida intelec-

tual. Las cruzadas había extinguido las energías de la época y afectaron como es natural el interés por la cultura. En Italia, el poder político fué disputado como no lo ha sido quizá nunca; los dos bandos, güelfos y gibelinos luchan ya por la preeminencia del papado, ya por la del monarca; florecen ciudades independientes o casi independientes como Florencia y Nápoles. La fraternidad humanística de Carlo Magno ha muerto y el ideal intelectual está representado por Vicent de Beauvais y su *Speculum Historiale*, que abarca hasta 1244, y hace mención de Horacio en el catálogo de Italia. Los manuscritos de Francia son descuidados; los comentarios y glosas, pobres; el escolasticismo opaca al humanismo y se aplica a una serie de cuestiones minuciosas sobre el valor y significación de las palabras, tarea que habla de constituir el preliminar necesario para la claridad del pensamiento en la edad de la ciencia que le iba a seguir inmediatamente. La declinación continuará hasta que sea vivificada por el Renacimiento. Mientras tanto esto significa la declinación del interés por Horacio, que siempre había sido un poeta de minorías. En Bologna y Roma se pensó al principio de la XIII centuria, que el latín era necesario para estudiar leyes civiles y canónicas. Gouffier de Vinnesaux que llegó de Inglaterra a Italia y compuso el *Ars Dictaminis* y *Poietría Nova*, usó reminiscencias horacianas en 2 ó 3 ejemplos significativos de maestros latinos en relación con la literatura y el lenguaje.

Durante la Edad Media todas las naciones europeas de occidente tuvieron dos literaturas. Cada una de ellas tenía libros escritos y canciones cantadas en sus propios dialectos e idiomas, y tenía, además, una literatura latina antigua y moderna. Existían pues, las diversas literaturas nacionales y al mismo tiempo una literatura en la lengua internacional, y ambas iban creciendo y constantemente compenetrándose.

DEL RENACIMIENTO EN ADELANTE

Al acercarse el Renacimiento con su efervescencia intel-

tual y su ansia de libertad, los libros latinos y griegos, recién descubiertos, fueron un estímulo enorme para las ciencias y las artes. Surgió entonces como una necesidad concomitante la pasión por las traducciones, con las cuales las lenguas modernas aclimataron muchas palabras de gran utilidad, nuevas ideas, esquemas verbales, recursos estilísticos. Conformaron más exactamente la ortografía y la etimología de su vocabulario y alcanzaron un mayor afinamiento del arte literario.

Casi con la misma rapidez con que se iban descubriendo los autores clásicos ignorados, ellos y los mejor conocidos, se iban revelando a los lectores de la Europa occidental gracias a las traducciones en su propia lengua. El valor de las traducciones que se hicieron difieren en cantidad y calidad en cada país. Las traducciones francesas fueron numerosas y espléndidas; las españolas también abundantes, unas veces eran cuidadosas y eruditas, y otras demasiado libres; las inglesas tienen vigor pero en realidad no son eruditas, pues la mayoría son traducciones de libros griegos copiadas de versiones latinas y también de libros latinos procedentes de versiones francesas, hechas con una despreocupación increíble. Los italianos prefirieron escribir obras originales en latín e italiano o traducir del griego al latín. En Alemania, la mayoría de sus autores usaron exclusivamente el latín, la lengua internacional de cultura; pero no hubo gran preocupación por tender un puente entre su cultura nacional y la cultura grecorromana. Hasta el año de 1691 se habían impreso más libros latinos que alemanes y pocas de sus traducciones tenían algún valor literario. Ninguna de ellas estimuló la creación de obras de arte independientes.

En el Renacimiento, el criterio se invirtió acerca de los poetas y se dijo que Horacio y no Virgilio era el poeta representativo del humanismo, sin decir que éste fuera más grande que aquél. Las excelencias de los poemas horacianos, tan apretadamente impregnados de pensamiento, tan iridiscentes de sutiles sombras de emoción, tan delicados en su empleo de la lengua, fueron has-

ta entonces bien conocidos y aquilatados; y muchas, muchísimas traducciones sueltas, aparecieron en todos los idiomas, de la Europa occidental. Pero son, sin embargo, tan complejos estos poemas y están tan cargados de meditación, que las versiones renacentistas de la colección completa son relativamente pocas. No las hubo en inglés ni en alemán. En francés salió a la luz la de Jacques Mondots en 1529. En España, la de Juan Villén de Viedma en 1599. De la Epístola de los Pisones, que entonces fue un factor formativo muy importante de teoría literaria, se hicieron en todos los países repetidas traducciones. Desde 1535 la tradujo al italiano Ludovico Dolce; al francés, en 1541 Jacques Pelletier de Mans; al español, en 1591 Vicente Espinel y al inglés en 1567 Thomas Drant.

Los poemas de Horacio fueron conocidos aquí y allá durante la Edad Media, sin embargo, nadie llegó a apreciarlos debidamente. Petrarca fue el primer hombre moderno que se sintió entusiasmado por su discreto y perenne encanto; pero él tenía su propio estilo de poesía lírica y aunque intercaló en su obra pensamientos y frases de Horacio, no escribió a la manera horaciana. La gran reputación universal de Horacio, empezó a fines del siglo XV gracias al humanista Florentino Landino y a su gran discípulo Policiano. Si los italianos fueron los primeros en exaltar a Horacio, fueron los españoles, quienes primero cultivaron en su poesía de manera intensa la forma horaciana, sirviéndose de métodos modernos con estancias breves que podían adaptarse fácilmente. El resultado fué una espléndida floración poética llena de novedad y naturalidad.

El poeta de Venusia se vuelve un borgoñés, un teutón, un español, en ambiciosos intentos para inyectar la savia horaciana a las literaturas modernas, pues, como dice Milton, los grandes libros son la sangre vital de un espíritu maestro, y Horacio, el viejo poeta, tiene plétora de sangre joven y "Comm'on boit vin vieux qui rajeunit les sens", según la feliz expresión de Voltaire, los poetas de todos los itempos, y todos los que aman la eterna belleza

de la poesía han acercado sus labios a la espléndida copa rebo-sante del noble falerno.

Italia. La influencia horaciana no se dejó sentir inmediatamente. Pues Dante, esencialmente épico, halló su inspiración en Virgilio, no en Horacio, aunque bien lo conocía por su *Arte Poética* y lo cita más de una vez por su autoridad y estilo: "este es nuestro maestro Horacio", dice en uno de los pasajes de la *Comedia*; pero la idea que prevalecía en su mente acerca del poeta, no era del todo exacta como se desprende del calificativo que le aplica más adelante: "el otro que aquí viene es Horacio el satírico".

Petrarca fue el primero de la época que precedió inmediatamente al Renacimiento que en verdad entendió a los clásicos y, sobre todo, a Horacio. Hace referencias a él en casi todas sus obras y con sus enseñanzas enriqueció su filosofía de la vida. Su carta a Horacio empieza: "salve soberano de la medida lírica, salve de Italia al gran ídolo y tesoro". Lo reconoció como "guía, maestro y señor". Esto no fue sino hasta bien entrada la XV centuria, en que, al paso del tiempo, un gran número de imitadores, traductores, parafraseadores, comentadores y editores apareció y continuó hasta el presente. Los poetas modernos latinos fueron los primeros y sus esfuerzos pronto abrieron paso a ensayos en las lenguas vernáculas.

La editio princeps de Horacio en el Renacimiento, perdida por completo, se imprimió alrededor de 1471. Las primeras odas horacianas fueron publicadas en 1531 por Bernardo Tasso, el que desencadenó en Italia la misma revolución literaria que Ronsard en Francia, pocos años después. Lo siguieron muchos otros poetas, netre ellos Gabriello Chiabrera que intentó ir más allá del simple empleo de los temas de Horacio y de la imitación de la estructura y el tono de sus odas, y trató de recrear sus metros, adaptándolos al acento tónico italiano; legó sus resultados a un poeta de mayor envergadura, el apasionado liberal Giosue Gar-

ducci, que escribiría en el siglo XIX.

El veneciano Ugo Foscolo de la generación revolucionaria italiana y su cercano predecesor vivió de 1779 a 1827, fue un excelente conocedor de los clásicos greco-romanos. Compuso al estilo horaciano hermosas odas y hasta en algunos de sus poemas emplea las mismas frases del poeta, a quien admiraba por su dominio estético y detestaba a la vez por "renegado de la República y adulator del tirano". (77).

Roughly resume la trayectoria horaciana en Italia de la siguiente manera: el final de la XV centuria fue la época de los manuscritos, de su recuperación, comentario y publicación; la XVI, de la traducción, imitación y de los ambiciosos intentos para rivalizar con los antiguos en su propio campo; la XVII y la XVIII, de la erudición crítica con muchos comentarios, versiones y discusiones sobre la teoría de la traducción, y la XIX de la revisión científica y reconstrucción. En cuanto a traducciones, Italia ha producido pocas comparada con otros países: en el siglo XVI las de sátiras y epístolas por Ludovico Dolce; en la primera mitad del siglo XVII, la del Arte Poética por Scipione Pons; en la segunda mitad del mismo siglo la obra completa por Borgianelly y las odas completas en metro original por Abriani.

En nuestro siglo, de la contribución italiana al estudio de Horacio hablan los trabajos de O. Tescari intitulados *Num vere pugna Philipensi Horatius legioni praefuerit*, publicados por los Anales de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cagliari entre los años de 1933 a 1935; los de I. B. Pighi en las *Publicazioni dell' Università Cattolica del Sacro Cuore* en 1941; las epístolas con comentario italiano de Sabbadini en 1935; las ediciones de los épicos de C. Giarratano en 1930; la del Arte Poética por Rostagni en 1930; La Villa Sabina di Orazio por G. Lugli en 1927; La Crítica dei Poeti romani in Orazio por C. Pascal en 1920; Orazio Lírico por G. Pascuali en 1920; Augusto e il

(77).— Highet, op. cit., tomo II, pág. 205.

Latino, en los *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, en 1938; *Orazio nella Letteratura mondiale*, publicado por el Instituto di Studi Romani en 1936, etc.

Alemania. En el siglo XVI, mientras los españoles y los ingleses, siguiendo el ejemplo de los italianos más avanzados, crearon una gran poesía en la lengua del país, y los franceses echaron los cimientos de su literatura clásica nacional, en Alemania el latín dominaba en la poesía y la teología en la prosa. Temperamentos tan alemanes y poetas tan distinguidos como Hettten y Frischilin, fueron, al escribir en su lengua materna, asaz mediocres. El mismo Opitz hubo de traducir al latín sus versos alemanes para alcanzar del emperador Fernando II el título de Poeta Laureatus (78).

La gran obra de traducción de Lutero que empezó en 1517 cerró el período del alto-alemán-medio y creó la lengua literaria alemana general. A Horacio se le estudiaba en Heidelberg desde el año de 1456, donde el Renacimiento alemán tuvo su acusado comienzo. De su obra se imprimieron primero las epístolas en 1482 en Leipzig y los épicos en 1488. En 1492 apareció la primera edición de las obras completas y en 1500 se llevaban publicadas diez ediciones. Solamente la de 1492 tenía comentarios, y unas cuantas anotaciones y signos métricos para indicar la estructura del verso, la de 1498.

El primer alemán que tradujo un poema de Horacio fue Johann Fischart (1550-1590), el segundo épodo en 145 coplas rimadas. El famoso silesiano Opitz, padre de la poesía alemana y sus seguidores fueron para Alemania lo que la Pléyade para Francia. Bucholz en 1639 hizo la primera traducción de un libro entero de las odas en alemán; Wecherlin (1548-1653) tradujo tres odas; Gottschid de Leipzig (1700-1766) y Breitinge de Zurich proclamaron que Horacio era un maestro de la poesía y sus ciudades llegaron a ser activos centros de traducción. Ramlor, que durante treinta y cinco años fue el dictador del mundo literario berli-

(78).— Koch, *Historia de la literatura alemana*, pág. 97.

nés, tradujo y publicó algunas de las odas en 1769 y mereció el nombre del Horacio alemán. Klopstock (1724-1803) hizo época con sus citas, traducciones, imitaciones y adopción de temas Horacianos. Goethe admira a Horacio por su encanto lírico y por su comprensión del arte y de la vida, y estudia sus metros mientras compone sus elegías. Las cartas de Nietzsche abundan en referencias y frases horacianas. La misma iglesia alemana muestra la huella horaciana, en algunos de sus más grandes himnos, los cuales están en versos alcaicos y sáficos de origen horaciano.

El germano Edward Stemplinger, en la Vida de la lírica horaciana, desde el Renacimiento hasta el año de 1906, nos habla de noventa interpretaciones y versiones inglesas de todas las odas; de 70 alemanas, de 100 francesas y de 48 italianas. Entre ellas las hay en prosa y en verso.

Desde 1900 a la fecha, algunas de las publicaciones alemanas sobre asuntos horacianos son las siguientes: Sermones de Quinto Horatius Flaccus en alemán, por C. Bardt, 1900; las ediciones completas con comentario en alemán de Kiessling-Heinze, 1914-1930; die Gedichte des Horaz, Übertr. & mit. dem lat. por R. Helm, Leipzig, 1938; Das Reife d. horaz. Satire por Ed. Fraenkel, Leipzig, 1931; Der Satirendichter Horaz, Erlangen, 1923, por K. Witte, y Horaz und Virgil, Kritik oder Abbau, Erlangen, 1922, por el mismo autor; Die Chronologie der Satiren und Epoden des Horaz auf entwicklungsgeschichtlicher Grundlage por R. Latsch, Würzburg, 1936; Horazens Epistel Über die Dichtkunst por O. Inmsch, Leipzig, 1963; Zur Form und Entwicklung der Horazischen Ode und zur Lex Meinekiana, Leipzig, 1939; Das römische in Cicero und Horaz, por R. Reitzenstein, Leipzig, 1925; Horaz im Urteil der Jahrhunderte, por E. Stemplinger, Archaismen und vulgarismen in der Sprache des Horaz, por F. Ruckdeschel, München, 1910, etc.

Inglaterra. A la XVII centuria inglesa literaria se llega por el camino de Roma, como a Roma se llega por el camino de Atenas, dijo Ben Jonson. El primer horaciano de Inglaterra quien admiró y a menudo copió las sátiras y epístolas, tradujo el Arte

Poética, fundó en ella sus principios críticos y transmitió a los poetas que le sucedieron su admiración por las odas. La sola mención de los autores, de prosa o verso, que han sido inflamados por el genio horaciano, llevaría a una revisión completa de la literatura inglesa.

Cada teoría sobre la traducción ha tenido en Inglaterra, por lo que se refiere a Horacio, cuando menos un representante, entre ellos a Dryden Sir Stephen E De Vire, John Conington y Theodore Mortu, a quien se debe la mejor traducción métrica que existe en lengua alguna, según opinión de Showerman.

Robert Herrick, al igual que Ben Jonson, está tan compenetrado de la poesía de Horacio "que no cabe siquiera hablar de imitación. Verso tras verso, estrofa tras estrofa, es buena en sí misma para los amantes de la poesía, y mejor para aquellos que reconocen la voz de Horacio que aquí habla en inglés". (79).

Andrew Marvel es el autor de la mejor oda horaciana de la literatura inglesa, a Cromwell en su regreso de Irlanda, Milton aprendió de Horacio el difícil arte de poner el máximo de sentido en el mínimo de espacio, y al soneto inglés y le dió así nueva vida.

En el siglo XVIII, período de crítica en la Literatura inglesa, Horacio fué la autoridad máxima y los principios de su Arte Poética tuvieron más vigencia que las leyes de Aristóteles como fundamento del juicio crítico; en la lírica se disputó con Píndaro la preferencia y en algunos autores se realizó una maravillosa síntesis de ambos. Inspiró a Pope la Oda a la Soledad y a Collins las hermosas odas a Crepúsculo y a la Sencillez. "Horacio, dice Showerman, intervino en la literatura inglesa del siglo XVIII como un maestro de moral social y política, como señor del arte de la Poesía y como árbitro de la elegancia".

Para los grandes poetas Horacio fué familiar: Richardson, Sterne Fielding, Sam Johnson, Wordsworth, Coleridge, Byron, Thackeray, John Keats, lo admiraron y le asimilaron sus procedi-

(79).—..... Highet, op. cit., pág. 393.

mientos. En las odas románticas inglesas, que más bien de propensión pindárica, el propósito original de Píndaro ha quedado totalmente transmutado, sazonado por las mezclas de los sutiles artificios de Horacio. "La penetrante viveza del detalle imaginativo; creación de grandes visiones sobrehumanas que trascienden la vida ordinaria; profunda éxtasis espiritual, adoración de la belleza y exaltación de nobles ideales; todos estos elementos de la poesía han pasado de Horacio y Píndaro mediante la tradición de la oda a los poetas modernos. El canto y la danza festiva han quedado a un lado. En estos poemas líricos, la estructura de la oda refleja las emociones más sutiles del alma humana solitaria". "Podría hacerse un libro magnífico únicamente sobre las odas del siglo XIX y hace falta realizar una cuidadosa antología de ellas. Muchas de las que se han escrito durante los últimos cien años son pindáricas más bien que horacianas, algunas conscientemente como las de Hart Crane y otras como las de Walt Whitman, inconscientemente (80).

En nuestros días, las publicaciones de habla inglesa, británica y estadounidense, han enriquecido el caudal de las investigaciones y de la literatura horaciana. Son entre otras las siguientes: las obras líricas de C. L. Smith-Darnley-Maylos, Cambridge, 1922; *A Walk to Horace's Farm*, por E. K. Rand, 1930, Boston, New York; *Cicero's Orator and Horace's Ars Poetica* por M. A. Grant-Fiske, Cambridge U. S. 1924; *The Rome of Horace*, por J. R. Ingersol, Colorado, 1927; *Horace and his Influence* por Gr. Showerman, Boston 1922; *Horace, a New Interpretation* por A. Y. Campbell, Londres 1924; *An Analytical Study of Horace's ideas*, por O. E. Nybakken, Iowa, 1937; *Catullus and Horace*, por T. Frank, New York, 1929; *The Influence of Simonides of Ceos Upon Horace*, por W. J. Cates, Princeton, 1932.

Francia. La famosa Pléyade, cuya estrella más brillante, Pierre de Ronsard, rey de la poesía de su país por largos años,

(80).— Highet, op. cit., pág. 1-401.

creyó con todo su entusiasmo en la imitación de los clásicos como medio de mejorar las letras francesas. Du Bellay, el segundo en magnitud, publicó en 1550 su "Defence et Illustration de la Langue Française, un manifiesto de la Pléyade lleno de citas del Arte Poética para refutar un trabajo de Sibillet publicado en 1548.

Antes que Ronsard publicara sus odas —dice él mismo haber sido quien les dió este nombre— Jacques Peletier tradujo, en 1541, el Arte Poética en verso francés, y en 1547 publicó una colección de sus obras poéticas originales, entre ellas tres traducciones y catorce imitaciones de las odas de Horacio. Estas odas francesas no estaban modeladas sobre los mismos esquemas métricos horacianos, sino en metros tradicionales de la poesía francesa, con los cuales se quería al igual que en España, producir un efecto análogo al del original latino.

La tesis de Du Bellay, "El francés que escribe en latín demuestra una falta de patriotismo. El francés que escribe en francés sin tratar de igualar los más grandes monumentos de la literatura griega y latina está admitiendo una inferioridad", fué la idea motriz que impulsó la creación de la gran literatura nacional, inspirada en los tesoros espirituales de Grecia y Roma; pero imbuída de un espíritu netamente francés.

Ronsard fue pindárico y horaciano; pero su naturaleza se identificaba más fácilmente con Horacio, al que amaba sinceramente y lo empezó a imitar cuando contaba escasos diecisiete años. El número de traductores, imitadores y devotos en Francia es más numeroso que en otros países. La lista de los grandes autores inspirados por Horacio, incluye nombres como los de Montaigne, Malherbe, Regnier, Boileau, La Fontaine, Corneille, Racine, Molière, Voltaire, Rousseau, Le Bru, Chenier, De Musset.

En el siglo XIX los parnasianos, que con fino sentido captaron la esencia de la forma de la poesía clásica, eliminaron el error barroco de sacar reglas de los modelos, agobio de la literatura del siglo XVIII y motivo que despertó en los escritores de la Francia revolucionaria la antipatía hacia Horacio, como supuesto instigador de Boileau y proveedor de reglas literarias.

Los parnasianos defendieron con todo fervor el que los ideales de la belleza clásica: su admirable equilibrio del pensamiento con la sobriedad de la forma, exquisita precisión en el empleo del lenguaje y suma destreza en la ejecución del verso, —divisas horacianas por excelencia—, no se obtienen mediante la aplicación servil de normas gramaticales o estilísticas sino son el resultado lógico de una disciplina que gobierna la vida intelectual. Así lo expresó Theophile Gautier en un hermoso poema y José Ma. Heredia en Los Trofeos, es su máximo exponente.

En los años que corren la aportación francesa a los estudios horacianos cuenta entre otras obras: ediciones completas con comentario, traducidas por Villeneuve Budé, 1927, s.c.); *Horace et la société romaine du temps d'Auguste*, por T. Zielinski, en 1938; *Le sermo cotidianus dans les satires d'Horace*, por J. Bourciez, en 1927; *Sur la composition de l'Art Poétique d'Horace*, por G. Romain; *A propos du chant séculaire d'Horace*, por L. Herrmann, 1937; *Etudes sur Horace* por Boyancé, 1938; *Horace, En Souvenir du 20. millénaire de sa naissance célébré a Paris, a la Sobornne*, con discursos de L. Armbruster, M. Meunier, A. Ernout, Paris, Marso-laine, 1936; *Etudes horatiennes. Recueil publié en l'honneur du bimillénaire d'Horace* Fac. des lettres de l'Univ. de Bruxelles; los eruditos trabajos del fundador de la Societe des Etudes Latines, prof. Emérita IV, I, 1936; *L'ordre des mots dans la phrase latine*, etc.

Portugal. Tenemos en este país a Sa de Miranda, ingenio de temple muy nacional, introductor del gusto italiano; fue semejante a Boscán en España y padre y maestro de la escuela quinhetista. Sus discípulos penetraron más que él en el espíritu de la antigüedad, aunque la escuela portuguesa no llegó a fundir el arte antiguo con la poesía moderna. Camöens es la única excepción, única y gloriosísima, dice Menéndez Pelayo.

El hombre del Renacimiento en Portugal, quinhetista por excelencia, horaciano y latino fué Antonio Herreira; sólo usó su lengua materna y sus trece odas deben contarse entre las joyas

de la poesía portuguesa. Perfeccionó la epístola horaciana e hizo hasta 26. Fué el gran horaciano de los siglos de oro portugueses.

Caminha, hizo, algunas odas regulares en el género horaciano, pero no llegó a penetrar el espíritu de la poesía antigua. Diego Bernardes uno de los más brillantes poetas quinhetistas apenas cultivó la oda horaciana. Andrés Falção de Rezende fué de los primeros que en Portugal cultivaron la sátira, compuso muchas epístolas y su VII es bastante horaciana.

Camöens, el ilustre autor de Los Lusíadas, por sus versos líricos tiene en Portugal un lugar semejante al de fray Luis en España. Fue un grna imitador de Garcilaso, a quien tomó por modelo en sus liras. La más bella de las odas de Camöens es una imitación del iffugere niues y del oluituracris, a la que remata con un pensamiento cristiano "el verdadero bien se goza tras de la muerte". Sus odas eróticas son más bien de estilo petrarquista; catorce son las que aparecen en sus obras más completas y de ellas, sólo cinco o seis entran en el género horaciano. Camöens señala el apogeo de la poesía lusitana; después vino la decadencia gradual y la forma horaciana, fué olvidándose, hasta perderse casi por completo en el siglo XVII.

Fernán Alvarez de Oriente, escribió una novela pastoril en la que intercala una imitación del *Beatus Ille*, muy bien hecha. Manuel Da Vega Tagarro, compuso una oda traslado del *Sic te diva potens*. Algunas de sus odas por su estructura contribuyeron a conservar la tradición española del s. XVII. Francisco Manuel de Melo se muestra horaciano a veces en los pensamientos, más nunca en la expresión.

Garção imitó a Horacio y de él se dijo que fué el poeta de más gusto y más fino tacto que honró a Portugal. Lo caracterizaba la sobriedad, la concisión y la mesura e hizo grandes servicios a la lengua y a la versificación lusitana. No tomó por modelos a Herrera ni a Camöens sino a Horacio y empleó la estrofa de Francisco de la Torre. Es un maestro de la estructura del verso, dice Menéndez Pelayo. Nunca habían sonado en Portugal estrofas de sabor más clásico; no acertaba a pensar, ni a ver ni a hablar

sino con el pensamiento, la lengua y los ojos de Horacio. Es de admirar la soltura con que hace suyas las ideas y el giro horaciano hasta confundirse con ellos. Es el Horacio portugués. Hizo además dos hermosas sátiras horacianas, entrambas de re litteraria, la primera sobre el uso de ciertas voces o frases que le reprendían algunas críticas; la segunda sobre imitación de los quinhetistas. Este poeta que debió haber brillado en el cielo del horacianismo portugués con los más brillantes resplandores, murió olvidado en un calabozo, por haberse atraído la indignación del marqués Pombal.

Francisco Manuel (Filinto Elysio) fué un ingenio del todo horaciano. Se empeñó en expurgar el lenguaje de innecesarios galicismos y atacó sin cesar con sus sátiras a los innovadores. Sus odas son más pindáricas que horacianas, aunque su conocimiento de Píndaro fué por medio de Horacio. En sus odas morales llegó a la altura de Correa Garçao y excedió a los demás poetas portugueses, y sus odas a la virtud y a la esperanza, dice Menéndez Pelayo "durarán tanto como la lengua". Su epístola a Bruto puede pasar por una excelente Arte Poética, aunque no rivalice con la de Horaci. En cuanto a metros usa el hendecasílabo suelto en las epístolas y en los poemas, estrofas de Francisco de la Torre y sílabas de versos no rimadas en las odas.

Otros poetas que penetraron la índole de la oda horaciana son Antonio Ribeiro Dos Sanctos y la marquesa de Alorna. En Portugal, lo mismo que en España, también se sintió la fiebre horaciana y en el siglo XVIII no había estudiante de Coimbra, poeta bueno o malo, profesional o improvisado, que no hiciera odas horacianas a la manera de Filinto.

Terminó este delirio con el que provocó la escuela de Morage, y a su vez, éste duró hasta la llegada del Romanticismo. Almeida Garrett, con sus versos más pintorescos y nutridos pero más alejados de la severidad clásica, trocó el panorama de la poesía lusitana.

CAPITULO VI
LA DINAMICA HORACIANA EN LA POESIA ESPAÑOLA E
HISPANO-AMERICANA
EN ESPAÑA

En el inventario de las bibliotecas españolas de la Edad Media, raramente se halla el nombre de Horacio. Es hasta el siglo XV cuando empiezan a aparecer reminiscencias horacianas en cuanto a ideas y estilo en apreciable cantidad. Una de ellas, muy notable, data de la primera mitad de ese siglo, y señala el comienzo del horacianismo en España. Es la paráfrasis que del *Beatus Ille* hizo el Marqués de Santillana en las estancias XVI, XVII y XVIII de la *Comedieta de Ponza*.

En el siglo XVI, aparecen los primeros, de una larga y continuada serie, de imitadores y traductores de Horacio. La inaugura Garcilazo de la Vega con su canción a la *Flor de Gnido*, inspirada en las increpaciones a Lidia; la primera y una de las más lindas de la lírica clásica española. También en la primera parte de su égloga segunda, hace discurrir a Salicio a la manera del *Beatus ille*, en una imitación muy digna de recordarse; y trasladó, antes que nadie, el *Si fractus inlabatur orbis*.

La sátira y la epístola, la introdujeron Boscán y don Diego Hurtado de Mendoza. Este escribió nueve epístolas que nos hablan de su deuda con Horacio y, fue el primero que escribió epístolas en verso a la manera horaciana, estilo que tuvo mucho auge en España.

La Escuela salmantina, concisa en el lenguaje que a las veces aparenta tosquedad y desaliño en la expresión, casi siempre realista, gusto por la pureza clásica y preferencia por la estrofa corta, produjo poetas de estro horaciano, como Meléndez, Francisco Sánchez, Juan de Almeida y Alonso Espinosa, imitadores de fray Luis, su máximo exponente. Le siguieron más o me-

nos de cerca en sus asuntos, su manera y su estilo, sin lograr, ni mucho menos, las altas cumbres, el supremo arte o la inspiración del modelo.

Fray Luis de León, el más inspirado de los vates horacianos españoles, es el ejemplo típico del poeta que traduce al poeta. En las poesías de fray Luis hay elementos clásicos, italianos, hebreos y otros de inspiración propia; tanto los unos como los otros, llevan el sello original del poeta, que era tan suyo propio que sabía por original imitando y aun traduciendo; pocas veces han sido asimilados los poetas antiguos por un escritor moderno en forma a la vez tan apropiada y tan independiente. Escogió a Horacio como modelo, por ser más sobrio y reconcentrado, y la lira de Garcilazo por ser la más horaciana que poesía nuestra métrica. Fray Luis de León, afirma categóricamente Menéndez Pelayo, es nuestro gran poeta horaciano.

Lope de Vega, intercaló en el libro segundo de la Arcadía, la oda *Audiuere Di mea vota lyce*, entre los parlamentos del pastor Gaseno; imitó además el *Beatus ille* en el libro I de los pastores de Belén, también en la oda *Oh, Libertad preciosa* y en varios de esos fragmentos semi literarios, semi musicales que esmaltan muchas de sus piezas teatrales; pero no obstante estos rasgos esparcidos en su obra, Lope no es un ingenio de temple horaciano.

Quevedo trató de imitar las epístolas de Horacio; pero su imitación no pasa del género; en lo demás procede con una independencia absoluta y su moral es rígida e inflexible como la de Séneca o la de Epicteto. Su sátira ardiente y cruda recuerda a Juvenal.

Flores de Poetas ilustres de España, nombre de la colección de poesías, que arregló y publicó Pedro Espinosa en 1605 en Valladolid, muestra dieciocho odas traducidas admirablemente por diferentes y graves autores, principalmente de la Escuela Granadina. Estas traducciones son de las mejores que se han hecho en la Edad de Oro, entre las cuales se distinguen: *Iam satis terris* (Aguilar), *Quem virum* (Bartolomé Martínez), *Beatus ille* (Ar-

gensola) y *Tune quaesieris*, atribuída por unos a Espinosa y por otros a Góngora. A los Argensola les concedió la posteridad el nombre de Horacios Españoles. Poseían más sentido filosófico que esto lírico, por eso las sátiras y las epístolas fueron las que mejor interpretaron. Practicaron también la traducción directa como buenos clásicos españoles.

Los Argensola pusieron especial empeño en imitar la sátira horaciana; pero no tienen la variedad de asuntos de Horacio: la aparatosa severidad de los estoicos, la sensualidad de los epicúreos de baja esofa, la vanidad nobiliaria, el adulterio, etc., rico museo de la sociedad de Augusto; así tampoco, lo acertado y profundo de sus máximas y la sagacidad de sus observaciones de costumbres. Las sátiras de los Argensola son demasiado largas. Es hasta el siglo XVIII, cuando aparece el primer ejemplo de sátira horaciana española, en la pluma de Jorge Pitillas (Hervás). Forner y Jovellanos, de la Escuela salmantina, llevaron este género a su apogeo; aunque le restaron mucho de su carácter horaciano y lo acercaron más al de Juvenal.

La Escuela sevillana que se caracteriza por la brillantez, pompa y sonoridad en el lenguaje; abundancia y riqueza en lo descriptivo y en los epítetos; usó no sólo de la estrofa corta sino de la estancia larga. A ella se debió la perfección formal del endecasílabo castellano, herencia que debe la poesía española a la lírica latina por medio de Horacio. El hendecasílabo se derivó del latín clásico, quizá por evolución del verso sáfico y del trímetro yámbico acataléctico que los romanos llamaban *senario*.

En la Edad Media, perdida la cantidad prosódica aparecieron tres versos análogos: el decasílabo épico francés, el hendecasílabo provenzal y el hendecasílabo lírico italiano. Del francés casi no hay huella en nuestra poesía medieval. El provenzal se usó en España en el hendecasílabo catalán y en el galaico-portugués. Sólo el Marqués de Santillana en los "sonetos fechos al itálico modo" es siempre correcto en el número de sílabas aunque no en la acentuación del hendecasílabo italiano. (86).

(86).— Hurtado y Palencia. Historia de la literatura española, pág. 947.

Alonso Cortés, en su *Literatura Elemental*, observa que en Castilla no dejó de cultivarse el hendecasílabo ni un solo momento, pues éste era el arte mayor, que tenía por base el hendecasílabo provenzal y galaico-portugués, que, muchas veces, por anacrisis en el primer hemistiquio, se convertía en dodecasílabo.

De la Escuela sevillana, Diego Girón, notable humanista, hizo un magnífico traslado de la oda *Beatus ille*. Herrera se mostró horaciano en dos o tres ocasiones. Juan de la Cueva, en su *Ejemplar Poético*, puede considerarse, en asunto y forma y, a las veces, en principios y estilo, la más antigua manifestación de la epístola *Ad Pisones*, siendo por esto de interés grandísimo para la historia de las teorías estéticas y críticas en España. La Escuela sevillana dió en su primer período notables humanistas, traductores de Horacio y poetas en lengua latina a imitación suya; pero en cambio escasísimos horacianos en lengua vulgar.

La célebre *Epístola Moral a Fabio*, que J. José López de Sedano en su tomo primero del *Parnaso Español*, (Madrid 1768) atribuyó a Bartolomé Leonardo y, en 1797, el padre Estala publicó entre las poesías inéditas de Francisco de Rioja, fué adjudicada por fin, a su verdadero autor en 1875, por don Adolfo de Castro, quien descubrió en la Biblioteca Colombina, un manuscrito que le atribuye, sin lugar a dudas, al capitán Andrés Fernández de Andrada. Esta es, según Menéndez y Pelayo, el sumum de la epístola horaciana, y, al decir de Toussaint, es Horacio, si a veces traducido, siempre interpretado y entreverado con las cálidas vides andaluzas, con la muelle dulzura de la Bética en su finca deleitosa, aquella que no en balde se llamaba de *Mirrar Bueno*. (87).

Don Manuel Toussaint, en su trabajo de recepción a la Academia Mexicana de la Lengua, confirma, por acuciosas investigaciones, la residencia larga y en reiteradas estancias del Capitán Fernández de Andrada en tierras mexicanas. Hubo vivido aquí

(87).— Trabajo de recepción académica de don Manuel Toussaint.

ya antes de escribir su epístola, la que dirigió a don Alonso Tello de Guzmán en 1618, durante un intervalo en Sevilla. A su regreso se acercó en Huehuetoca hasta el doce de octubre de 1646 y después de Ixmiquilpan de donde fué alcalde mayor. Es un hecho muy significativo, recalca Toussaint, y que evidencia el nexo intelectual constante y estrecho que existió siempre entre la metrópoli y la colonia, base de nuestra cultura humanista, el que la Epístola Moral a Fabio, el célebre madrigal de Gutiérrez de Cetina, y el poema a Cristo Crucificado, de Fray Miguel de Guevara, tres obras maestras de la poesía española de los siglos de oro, estén vinculados con México "la parte predilecta y más cuidada del imperio español". (88).

Las odas eróticas al estilo horaciano, de Esteban Manuel de Villegas, son muy buenas, a él se debe la perfección formal del sáfico y el haber fijado sus acentos en la cuarta y en la octava sílaba.

Francisco de Cascales, el gran humanista, publicó el año de 1616 en Murcia, sus Tablas Poéticas. Las cinco primeras versaban sobre la poesía "in genere" y las otras cinco sobre la poesía "in specie". Su doctrina está expuesta en forma de diálogo entre Cástulo y Pierio y es en resumen una amplia y erudita exposición de la Epístola ad Pisones.

En el siglo XVIII apareció la Escuela Granadina que dio dos eminentes literatos: Javier de Burgos y Martínez de la Rosa que dejaron una herencia de literatura horaciana que rivaliza entre sí por su alta calidad.

Javier de Burgos fue uno de los traductores más grandes de Horacio. Tradujo su obra íntegra en cuatro volúmenes (1819-1844) y es a juicio de Menéndez Pelayo la única completa y de agradable lectura; una de las más preciosas y envidiables joyas de nuestra literatura y tal vez el mejor de todos los Horacios en lenguas neo-latinas.

(88).— M. Menéndez y Pelayo. Historia de la poesía hispano americana, I-pág. 15.

Martínez de la Rosa es autor de preciosos versos originales casi siempre horacianos. Sus odas a la Razón y al Porvenir se distinguen tanto por la alteza de las ideas como por la pulcritud de la forma. Hizo una notable traducción del Arte Poética en forma de poema didáctico.

Moratín fue el poeta más horaciano del siglo XVIII. Asimiló, mejor que nadie en su tiempo, la austera sobriedad del gusto clásico: no empleó el ostentoso aparato de figuras retóricas ni las tiradas rimbombantes de versos. Su oda a Nísida es tan horaciana que parece traducida de Horacio. Sus sátiras han alcanzado más aplauso que sus odas y son muy horacianas; en sus epístolas morales, según Menéndez Pelayo todavía se acercó más a Horacio que el mismo Andrada.

Los traductores del siglo XVI se distinguieron en general por la frescura, la facilidad, la gracia y el abandono natural de la juventud, manifiesto en el considerable grado de libertad y licencia. Los del siglo XVIII han ganado en madurez y exactitud lo que han perdido en espontaneidad del espíritu. En el siglo XVIII el horacianismo fue una verdadera pasión en España, pues casi no hubo autor de prosa o poesía, de primero o segundo orden, que dejara de hacer una excursión por los campos de Horacio, y no le haya rendido tributo de admiración.

Entre los autores de fines del dieciocho, que penetran hasta bien entrado el XIX, figuran: Lista y Aragón, (1775-1848) sevillano, tan alejado del rigor de los preceptistas neoclásicos del siglo XVIII como de los extremos del romanticismo exaltado. Tenía como uno de sus ídolos literarios a Horacio y escribió poesía lírica a imitación suya; José Mor de Fuentes, (1762-1848) tradujo algunas odas de Horacio; Manuel Norberto Pérez del Camino, (1783-1842) autor de un Arte Poética tan buena como la de Martínez de la Rosa, y Juan Gualberto González que también la tradujo en 1844, con tanta fidelidad y exactitud que puso en claro pasajes sujetos a controversia eterna. Manuel Cabanyes, en opinión de Menéndez y Pelayo, el poeta más horaciano después de

Moratín (1808-1833), muéstrase, en su colección los Preludios de mi Lira, un horaciano decidido, nota que lo distingue de los neoclásicos al gusto de los poetas del siglo XVIII. Coincide con el francés Andrés Chenier y con el italiano Ugo Fóscolo en buscar la inspiración en la poesía helénica y latina y en la italiana del Renacimiento.

Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano (1791-1865), completamente romántico, en ocasiones muestra también el efecto de la influencia horaciana. Su soneto Receta segura para ser ministro, fué sugerido por la Oda de Horacio *Otium divos rogat in patenti* y sus poesías a El Faro de Malta y a las Estrellas, son muy horacianas.

Gabriel García y Tassara, discípulo de Lista, escribió, entre sus poesías dignas de recuerdo, Leyendo a Horacio; Ventura Ruiz Aguilera, (1820-1881) escribió sátiras que recuerdan el ingenio horaciano; Manuel Milá y Fontanals, francamente horaciano en sus primeros versos, mudó posteriormente de escuela; pero conservó hasta el final la tersura y la sobriedad lírica de Horacio.

Una traducción muy notable del Arte Poética, que suscitó curiosa y acre polémica, hizo Raimundo de Miguel en 1861. Juan Valera (1829-1905), de inmensa cultura clásica, "fué un verdadero humanista como los del Renacimiento; un espíritu académico, en quien el cerebro y la inteligencia dominan sobre el corazón y la sensibilidad". (89). Su poesía, comenta Menéndez y Pelayo es "reflexiva, erudita, sabia y llena de intenciones" en las ideas es moderna y en la forma antigua y de una pureza intachable que Fray Luis tendría por su mejor discípulo. Al ilustre polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), debe la literatura española su balance horaciano. Minuciosamente consigna en el Horacio en España", portentosa muestra de la precosidad de su ingenio", cuatro siglos—del quince al diecinueve— de la dinámica del vate venusino en

(89).—..... Hurtado y Palencia, op. cit., pág. 947.

las letras iberas. Se deben a don Marcelino traducciones del Carmen saeculare, Quem virum, Quis multa gracilis. Compuso odas, epístolas y tragedias "en inspirados y musicales versos de sobriedad horaciana, reveladoras de un temperamento emocional, insospechado bajo la corteza de su grave erudición". (90). Su emotiva Epístola al poeta, áureo pórtico que nos introduce al Horacio en España, es al mismo tiempo que dedicatoria y apología, invocación. Al patrocinio augural de su numen, consagra don Marcelino el porvenir de la poesía que se expresa en lengua española, futuro espléndido, redimida de todos sus extravíos.

Miguel Costa y Llobera, (1854-1912) dice Riber, es uno de los más altos y auténticos poetas horacianos que ha tenido el neorrenacimiento. "Da a sus poesías de fino y elevado lirismo y de entonación, ora briosa, ora delicada, la forma límpida, sobria, serena de la perfección clásica que bebió durante su permanencia en Italia". "Cantó en lindas estrofas sáficas a las cascadas del Anio que llenaron de música y amor los oídos de Horacio en sus postreros años". (91).

Lorenzo Riber, (1882) tradujo en 1941 la obra completa de Horacio en esa su "prosa exquisita y atlética". (92). Su estilo castizo, florido y elegante interpreta admirablemente el genio del estilo horaciano. De él son, salvo indicación especial, los fragmentos traducidos que aparecen en este trabajo.

Entre las investigaciones filológicas y las traducciones eruditas que el horacianismo ha promovido en España en los últimos veinte años, puedo citar: Per cliuos, flumina, lamas, de Hernando Balmori, Emérita 1936; Los fondos horacianos de la Biblioteca del Escorial, por F. Rubio, 1936; Oda I,15, por A. Magariños, Emérita 1936; De re métrica horatiana, por P. U. González de la Calle, Emérita 1936-1937; Los elementos populares en la lengua de Horacio, por G. Bonfante, Emérita 1936-1937; Veinte

(90).—..... R. Ragucci, op. cit., pág. 544.

(91).—..... R. Ragucci, op. cit. 624 y L. Riber, op. cit. 584.

(92).—..... O. Valdés, op. cit., pág. 28.

odas de Horacio puestas en verso castellano por B. Chamorro, publicadas en los Anales de la Universidad de Madrid, IV. Más sobre el épodo IX por J. M. Pavón, Emérita 1936; Horacio y las menipeas varronianas, por A. Tovar, Emérita 1936.

Horacio siempre ha sido el clásico favorito de los españoles y en todos los tiempos ha tenido devotos en España, porque... "the horatian lyric seemed specially congenial to the spanish spirit and language", (93) afirma Showerman y, en efecto, es Horacio el clásico latino a quien debe más la poesía española, horaciana casi desde sus comienzos. La naturaleza trocaica de la lengua castellana; su fácil disposición para el hipérbaton; dúctil sonoridad vocálica y metros rítmicos peculiares que tan bien se avienen a los moldes horacianos en la traducción o en la creación original inspirada en el estilo del modelo, así como la feliz adopción de metros propios del venusino, añadido todo esto al temple recio del carácter hispano y a su rica vida interior de honda entraña filosófica de humana sabiduría, son motivos suficientes para poder llamar a Horacio en especial el clásico latino de la hispanidad.

EN MEXICO

"Por regla general los caracteres de tendencias o escuelas que reviste el desarrollo del arte literario en España, en mayor o menor grado y fidelidad se reproducen luego en toda la América de habla Castellana". (94).

Los devotos de Horacio en las letras mexicanas, son como en las españolas, de todas las épocas y de todos los temples. Tenemos desde poetas originales de esclarecido estro horaciano, hasta dignos imitadores y traductores eminentes así como una legión de citadores ocasionales.

"Si en España hasta muy entrado el siglo XV apenas encontramos reminiscencias de sus ideas y estilo", en México, du-

[93].—..... Gr. Showerman. Horace and his influence.

[94].—..... R. Ragucci, op. cit., pág. 703.

rante los siglos XVI y XVII que "en cierto modo fueron nuestra edad media, otros poetas latinos parecen haber influido en esa época con más frecuencia y con mayor intensidad que el venusino". (95). Sin embargo, los pocos rasgos horacianos que hay en nuestros primeros humanistas, son bien significativos en cuanto evidencia la honda raigambre horaciana de nuestra literatura.

La más antigua mención de Horacio que hallamos entre nuestros escritores coloniales, según nos informa Gabriel Méndez Plancarte, es del doctor Francisco Hernández de Salazar (1513-1575), patriarca de los estudios clásicos mexicanos.

En el XVII canta Bernardo de Valbuena la grandeza mexicana siguiendo el modelo de oda de Horacio. El estupendo teatro de Juan Ruiz de Alarcón habla bien alto de la influencia de la Epístola Ad Pisones en la disciplina de las letras, y Sor Juana aunque no versificó a la manera horaciana lo cita en varias ocasiones y al parecer de memoria. Al padre Vicente López (1691-1757) por sus himnos, debe la poesía latina mexicana lo más "estilísticamente horaciano" de su acervo, sin que haga alusiones ni reminiscencias concretas.

Inaugura la numerosa sucesión de nuestros traductores de Horacio don Cayetano de Cabrera y Quintero que murió después de 1774. Fué Poeta en latín y español y vivió durante el período "más intensamente gongorino y menos explorado de nuestra literatura colonial". (96). "Tradujo sátiras y epístolas y odas en poesía no muy pura. Hizo también versos originales en latín que muestran mucha influencia de Horacio, influencia que sin embargo no alcanza al fondo ni al estilo poético: límitase a la forma, al empleo frecuente, "aunque no exclusivo, de ciertos moldes métricos y estróficos, predilectos de Horacio: asclepiadeos, alcaicos, sáfico-adónicos, asclepiadeos-glicónicos". (97).

(95).—..... G. Méndez Plancarte, *Horacio en México*, pág. 27.

(96).—..... G. Méndez Plancarte, *op. cit.* pág. 30.

(97).—..... " " " " " " 36.

El Padre Francisco Xavier Alegre (1729-1788) tradujo varios trozos de la Epístola ad Pisones, una epístola y cuatro sátiras y en su obra teológica hay varias alusiones al venusino. Era tan apasionado horaciano, que dijo categóricamente: "los latinos en la antigüedad no tuvieron más que a Horacio que sea digno de leerse".

De don Bernardo José Darcea y Duenas, a fines del siglo XVIII, es una traducción de la oda O fons Bandusiae, aunque débil y con defectos visibles, conserva algo de la idílica gracia de esa oda con que Horacio cumplió su promesa de inmortalizar a la fuente de Bandusia.

Antes del siglo XIX la influencia Horaciana en las letras Mexicanas fué escasa, tal como lo fué en Europa, durante la Edad Media y hasta bien entrado el siglo XV.

Gabriel Méndez Plancarte recorriendo las páginas del Diario de México ha descubierto algunas traducciones o imitaciones de poemas de Horacio en poetas secundarios que al empezar el siglo XIX parecen indicar el renacimiento posterior del horacianismo mexicano. Son de esta época también las dos traducciones anónimas que señala don Marcelino Menéndez y Pelayo.

El Pensador Mexicano (1776-1827) cita hasta cuatro veces al "gran Horacio en la apología del Periquillo Sarmiento, dos en el "Prólogo en traje de cuento" que precede a la segunda parte y diez o más en el texto de su popular novela (98) y libremente parafrasea un fragmento de la Oda XXII del libro I, Integer vitae; además tiene traducido en prosa aquel pasaje en que declama contra la guerra civil.

Don Francisco Manuel Sánchez de Tagle (1782-1847) tradujo según dice él mismo, la Oda I y 7 y otras muchas odas de Horacio pero adolecen de defectos prosódicos y frecuentes prosaismos de dicción.

Con bastante felicidad don Anastasio de Ochoa, (1783-1833)

(98).—..... " " " " " " 78.

trasladó al español tres odas: I, 13; I, 31; I, 38; conservando el metro horaciano,

"Vida romántica y clásica poesía" las de Andrés Quintana Roo. (1787-1851). Presidente del Congreso de Chilpancingo y autor de nuestra primera declaración de Independencia, es también poeta de "firme y sostenida entonación", dice Menéndez y Pelayo.

Como buen latinista que era no podía ignorar a Horacio y muestra reminiscencias horacianas en su oda patriótica al Diez y Seis de Septiembre y en todas sus poesías "se trasluce la buena educación clásica del autor" (99). Me recuerda Quintana Roo a los intelectuales de la revolución francesa, admiradores de la Roma Republicana y de la Grecia Libre; clásicamente puras en la forma y fieramente revolucionarios en la intención.

Cuatro de las más bellas odas de Horacio tradujo don José Joaquín Pesado, (1801-1861) y su asidua lectura dejó huellas también claras en no pocas de sus poesías originales.

Don José Ma. Roa Bárcenas (1827-1908) publicó cuatro versiones de las odas III, 1; III, 13; I, 1; y I, 5; atildadas y demasiado parafrásticas. Su Oda a Mecenas es muy bella; pero no superior a la de Pesado, porque ésta es "verdaderamente insuperable" según la autorizada opinión de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Don Agustín Rivera (1874-1916), "polemista nato", levantó su voz en favor de los clásicos paganos, en una de tantas vicisitudes porque han pasado las humanidades en nuestra patria y con tal motivo escribe sus pensamientos de Horacio, "el poeta filósofo", sobre moral, literatura y urbanidad, con multitud de breves fragmentos de las odas y las epístolas. Entre ellas traduce íntegra la oda del libro II y casi íntegro el *Beatus ille*.

Don Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918) y Don Joaquín D. Casasús (1858-1916) son nuestros excelsos traductores hora-

(99).—..... " " " " " " 111.

cianos. Pagaza trasladó a nuestra lengua toda su colección lírica. En cuanto a metros usó solamente la estrofa sáfico-adónica aclimatada ya en nuestra lengua desde el siglo XVI y la lira de Garcilaso, a la manera de fray Luis, y según el esquema de Núñez de Arce, o bien haciendo distintas combinaciones con los cinco o seis versos de la estrofa.

Casasús es quien ha traducido después de Pagaza el mayor número de odas de Horacio, exactamente sesenta, la mitad de ellas, dice don Gabriel Méndez Plancarte, más el Carmen saeculare en estrofas sáfico-adónicas y romances hendecasílabos, ya puros o alternados con heptasílabas u octasílabas, además de otras combinaciones métricas. Entre otras muchas hizo una de las mejores expresiones poéticas de la oda a Delio, II, 3; "sabía a mezcla de estoicismo y epicureísmo que es el fondo de la filosofía horaciana".

Don Ignacio Montes de Oca, (1840-1921) Ipanandro Acaico, es uno de nuestros más gloriosos humanistas. Tradujo del griego la obra íntegra de varios clásicos y, aunque poco del latín, no dejó de rendir pleito homenaje al vate del Tíbur. Admirador y discípulo lo acreditan, su imitación de Horacio, poesía especialmente dedicada, y otras odas originales en gallardas estrofas sáfico-adónicas o generoso hendecasílabo libre como la que escribió para don Marcelino Menéndez y Pelayo. "La tradición humanista de Méjico, cuatro veces secular, puede ufanarse de un alto nombre —no por desconocido, insignificante— que floreció a principios del siglo en San Luis Potosí y que hoy, tras la casi inadvertencia inexplicable logra incorporarse triunfalmente al coro de voces mexicanas —y universales— que perduran la fértil laudanza del Padre Horacio". (101). Ambrosio Ramírez y Terrazas (1859-1913), es el nombre de este horacianista, insigne traductor y estudioso profundo del poeta romano. Fiel a la ortodoxia clásica proclama que en el arte debe privar la libertad que el maestro concedió al artis-

[101].— J. A. Peñalosa. Ambrosio Ramírez, traductor de Horacio, pág. 7.

ta: "Horacio, como los verdaderos hombres de genio, es artista inconsciente, no porque le hayan sido extraños los preceptos del arte retórico, sino porque al escribir no los tuvo presentes". (102).

La obra de Ramírez, dispersa en los periódicos de su época, ha sido cuidadosamente reunida y anotada por don oJaquín Peñalosa, en su libro que salió a la luz el año de 1954. Nos ofrece las versiones que logró reunir en tres años de infatigable búsqueda y son todas las de las odas, con excepción de siete del libro III; la del Carmen saeculare, las de cinco épodos (2, 6, 7, 13 y 16) y dos sátiras del libro I. En el trabajo de traducción, sólo Pagaza aventaja a Ramírez en la cantidad de versiones; y es el único mexicano que ha traducido íntegra la célebre Epístola Ad Pisones.

Otro "valor silencioso" como lo llama Alfonso Junco es don Atenógenes Segale (1869-1903), Elio Turno Zamorano. Tradujo muchísimo de la obra de Horacio en abundante variedad de metros; pero "al revés de Segura y otros, don Atenógenes Segale merece más estima como poeta original y como novelista que como intérprete del venusino". (103).

Don Félix Ma. Martínez (1863-1907) "es también otro escritor ignorado por casi todos nuestros críticos profesionales". (104). Algunas de sus versiones horacianas son superiores a las de Pagaza y Casasús, como la del Exegi monumentum y la oda a Licino, en felices hendecasilabos libres, que manejó con tanta maestría.

Traductor políglota de autores modernos y entre los antiguos de Virgilio y Horacio fué don Francisco Elguero. Escribió un soneto "A Horacio" inspirado en los versos 6-9 del Exegi monumentum y tradujo algunas odas. Fué mejor como poeta original que como traductor o imitador de Horacio.

En otros de nuestros grandes poetas originales de los siglos

(102).— Peñalosa, citando al propio Ramírez en su estudio de la oda. I, 1.

(103).— G. Méndez Plancarte, op. cit. pág. 173.

(104).— " " " " " " 175.

XIX y XX, hallamos claramente huellas horacianas, más o menos profundas; pero siempre elocuentes. En Ignacio Ramírez, el Nigromante, su fanatismo ateo era tan connatural como su clasicismo y los acentos de Horacio son los que vibran con mayor intensidad en sus versos, inspirados muchos de ellos en las odas del maestro y siguiendo en otros su escuela, como lo hizo en el retrato moral de Fray Luis, "de lo más horaciano que conozco", afirma don Gabriel Méndez Plancarte.

Manuel M. Flores, Acuña, Peredo, Gutiérrez Nájera, Granados, Othón, Díaz Mirón, —horaciano por temperamento—, Nervo, Urbina, González Martínez, románticos y modernistas, gongoristas y neo-clásicos, poetas de ayer y de hoy, "realistas" e "insurgentes", conservadores y reformistas, los une el culto común de la perfección estética logrado por los diferentes caminos de la libertad artística preconizada por el maestro, la que no reconoce más imposición que la soberanía de la eterna belleza.

En nuestros días los ecos horacianos percuten en las alcaicas de Alfonso Reyes y en los "ritmos no usados" de Alfonso Méndez Plancarte, autor de las XL Odas Selectas que han plasmado en "realidad casi increíble" el ideal de "dar literalmente la palabra de Horacio".

Gabriel Méndez Plancarte, siguiendo los pasos del ilustre horacionista español Menéndez y Pelayo, compila en su Horacio en México la influencia del venusino en nuestros cuatro siglos de historia literaria y con toda su autoridad de sabio latinista y profundo conocedor de nuestras letras discierne a Salvador Díaz Mirón, el gran bardo mexicano, el lauro del poeta más horaciano de hispanoamérica.

EN LAS ANTILLAS, CENTRO Y SUD AMERICA

El cultivo de las Bellas Letras es en América de noble abo-lengo. De insignes humanistas y poetas españoles, recibió su iniciación literaria, "la cosecha no fué hasta ahora ni igualmente

cuantiosa ni igualmente selecta en todas las Repúblicas: Chile, Perú, Ecuador y Bolivia no pueden hambrearse en tal sentido con México, Venezuela, Colombia y Cuba que han sido los pueblos más literarios de América y las de ininterrumpida tradición de Bellas Letras desde los tiempo de Alarcón, Gorostiza y Juana de Asbaje hasta los presentes días; pero quizá en justicia, ningún país del Continente puede disputar la supremacía intelectual a Colombia". (105).

En esta exposición sumaria del horacianismo en las antillas, américas del Centro y del Sur sólo me limitaré a mencionar a los poetas ostensiblemente horacianos por temperamento o imitación, aquellos que han seguido más cerca la escuela personal del maestro en su estilo, asuntos, giros, pensamientos, metros, etc. Muchas grandes figuras líricas quedarán fuera de esta selección, aunque por otros caminos hayan "atinado con los pulsos del arte" y en esta cualidad fundamental sean horacianos, también porque la poesía es una e indivisa y saben expresarla en toda su magnificencia radica el magisterio inmortal del venusino.

La literatura Ibero-Americana reproduce paralelamente las ideas y las escuelas de la Metrópoli y en general de Europa: la clásica nacional del S. XVI, la culterana, y conceptista del XVIII, la seudoclásica opacada del XVII y el arrollador romanticismo del XIX; después de aquí, del Nuevo Mundo, se langa, invadiéndolo todo, una forma inédita para la expresión de la poesía; el criollo modernismo de Rubén Darío.

De la Literatura colonial mucho se ha perdido en algunos países americanos, mientras no tuvieron imprenta o por vicisitudes o políticas como la del asalto y saqueo de la isla de Puerto Rico en 1625 por los piratas holandeses causa de que desaparecieran en el incendio del palacio episcopal, obras que llevaba preparadas de México Don Bernardo de Valbuena que entonces era su obispo. Entre los poetas Portorriqueños horacionistas, Don

(105).— Historia de la literatura castellana, A. Mejía, pág. 392.

Graciliano Alfonso, traductor también de todas las obras de Virgilio, tradujo la Poética de Horacio.

Santo Domingo en su asarozca existencia, poco propicia para el florecimiento literario ha producido pocos poetas. Entre ellos los que más conservan el corte clásico son Don Francisco Muñoz del Mante, Domingo del Mante y Félix Mata que escribió bastante bien sáfico-adónicos.

De las antillas es Cuba la que aventaja a las demás en historia literaria y ha ejercido sobre ellas alguna influencia en sus letras. Su brillante producción comienza a fines del siglo XVIII y con más exactitud en el primer tercio del XIX, en que consumada la independencia del continente americano vino a quedar Cuba como principal reliquia de nuestro vastísimo imperio colonial y a ser atendida de un modo especial por nuestros gobernantes. (106). El primer poeta Cubano en que hay resonancias de Horacio es Manuel de Sequeira y Arango y "de todos los cubanos anteriores a Heredia es el más poeta", (107) primo carnal del admirable sonetista en lengua francesa, también llamado José María de Heredia y autor de *En el Teocalli de Cholula*. "La superioridad de Heredia sobre el resto de los poetas cubanos de la escuela clásica es tan abrumadora, que ha perjudicado sin duda a la modesta fama que merecen algunos contemporáneos suyos, (108). Don Domingo del Mante, consumado humanista y bibliógrafo, fué también el Mecenas de la juventud literaria de la isla. Con un amplio criterio verdaderamente humanista, alentó los primeros ensayos románticos en Cuba.

Gertrudis Gómez de Avellaneda cultivó lo mismo la lírica, que el drama y, la novela, sabe exponer con "rara precisión" sus pensamientos y sus emociones. Enamorada como nadie de su arte ensanchó los límites de la versificación castellana, dice don Juan Valera con felices atrevimientos.

(106).— M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano americana*, pág. 210.

(107).— M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, pág. 221.

(108).— " " " " " " " " 245.

En Cuba como en América la imitación de la buena poesía francesa, convirtió en "jerga mestiza agabachada" lo que pudo haber sido en algunos poetas brillante poesía en lengua española. Hoy dice Menéndez Pelayo, en la época que escribió su Historia de la Poesía-Hispano-Americana, quizá entre todas las literaturas de América la menos española es la Cubana".

Tiene Guatemala sus grandes poetas coloniales, en Latín como Landívar y en romance, como Batres. De su época independiente en las sátiras de José Irisarri hay algo de horaciano transmitido indirectamente por Jorge Pitillas que en otros le servía de modelo. Juan José Micheo (1847-1869) hizo algunas traducciones de Horacio y un canto en sáficas a la Virgen de Guadalupe. En Guatemala y los demás países de Centro-América, así como a Perú, desvió a la poesía de los cauces horacianos, la influencia de un poeta que fué el ídolo de la juventud literaria por muchos años: Fernando Velarde. "Poeta de extraordinarios dotes naturales, de versificador, afeados por un mal gusto increíble. En pompa, brillantez y magnificencia le igualaron pocos, pero son raras las páginas en que su grandilocuencia no se trueca en hinchazón, su sonoridad en reduncia, su aspereza viril en énfasis hueco. (109).

De Honduras es Juan Ramón Molina (1875-1908) el poeta más grande de Centro-América después de Darío (110) "sobresalía su estilo como se pule un medallón heráldico, con perseverancia de arfelire, lenta, fría, parsimoniosamente.

Con el nombre de Capitanía General de Guatemala, se conocía en la época colonial el territorio que hoy ocupan las cinco repúblicas centro-americanas. De los ciento treinta y un autores centroamericanos que Menéndez y Pelayo contó en la Biblioteca de Beristáin, en su mayor parte guatemaltecos, "sólo hay unos quince poetas; escaso número para tres siglos; mucho más si se considera que la mayor parte no son mas que versificadores de cir-

(109).— M. Menéndez y Pelayo, op. cit., pág. 257.

(110).— A. Mejía, op. cit., pág. 393.

cunstancias. Pertenecientes casi todos a los peores días de los siglos XVII y XVIII fácil es imaginar cual será el gusto predominante en sus composiciones" (111).

De Nicaragua Rubén Darío es el príncipe de los poetas americanos, iniciador del modernismo, revolución literaria que con el pretexto de abolir todo lo que las viejas poéticas prescribían llegaron, cada vez más emancipados a locas extravagancias en las ideas y en la forma.

Es un poeta que se caracteriza por la musicalidad de sus versos, que a veces acompaña a pocas ideas, y por su gusto muy francés del siglo XVIII, "El modernismo fue como una protesta contra las formas consagradas, con buen deseo, pero con resultados negativos y con evidente falta de preparación en la mayor parte de sus seguidores. Y es interesante notar que lo más sólido y persistente de Rubén Darío es precisamente aquello en que sigue el fondo y la forma de los clásicos; sin duda porque su educación era clásica; por lo cual gustó de escribir hexámetros y pentámetros en castellano". (112).

Salomón de la Selva, nicaragüense, escribió una hermosa Evocación de Horacio, que vio la luz en la capital de la República Mexicana el año de 1949. Es en realidad una evocación en verso sobre los asuntos de los poemas horacianos, a la que trasciende todo el entusiasmo que agita su espíritu con el canto que para su Nicaragua natal hubiese querido.

Bello en Venezuela y Olmedo en Ecuador son dos figuras indiscutibles en la poesía hispanoamericana. Dice Caro: Hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía y ostenta él más que nadie pureza y corrección, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: los más altos y preciados dotes de elocución y estilo". De su acrisolada formación

(111) —. M. y Pelayo, op. cit., pág. 173.

(112).— Hurtado y Palencia, op. cit., pág. 991.

humanística nació su criterio de no transigir nunca con los desmanes del mal gusto ni con los desmanes de la imaginación; así como su reconocimiento y conciencia plena a todo lo que había de maravillas o de arte en el movimiento romántico, lo que confirma su identificación con el credo poético horaciano, aunque su musa haya imitado más bien el canto de Virgilio, muy a propósito para su laudanza de las selvas americanas.

Olmedo poseyó en alto grado la elocuencia lírica, el "os magna sonaturum" de Horacio. En su epopeya de la victoria de Junín, grandioso canto a Bolívar, su estro es pindárico pero la presencia de Horacio se advierte en varias estrofas, del principio al final del extenso poema. Lo mismo sucede en otras de sus composiciones "como si fuera el hábito de Olmedo abrir su Horacio y robar como en religioso sacrificio un rayo de aquella lumbré, siempre que emprendía algún trabajo lírico".

Más o menos horacianos fueron Zaldumbide, que tenía sólida instrucción de clásico latino, latinos y españoles, y Gabriel García Moreno, uno de los presidentes del Ecuador, que sin ser poeta profesional dejó versos bastante buenos, entre ellos una Epístola a Fabio. De Ecuador es también Aurelio Espinosa Pólit, S. J., que ha traducido en nuestros días todas las odas y los épicos. En el prólogo de su *Lírica Horaciana*, editada en México en 1960, dice que apuró cuanto es posible, el sentido exacto del texto original, tantas veces tergiversado o eludido, obligando a una lectura concentrada que dé el valor a cada palabra de por sí, porque en Horacio cada una confiere algo concreto a la síntesis emocional.

Venezuela tiene la gloria de haber dado a la América española, simultáneamente su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello" (113).

Anteriormente a estas dos grandes figuras la historia de Venezuela es de las más bastante oscura a pesar de ser interesante en la época de la conquista".

(113).—..... M. y Pelayo, op. cit., pág. 347.

A fines del siglo XVII, y principios del XVIII, como todos los países hispanoamericanos, pagó obligado tributo a las excentricidades del Gongorismo, que en las colonias españolas duraron más que en la metrópoli.

En la técnica de la versificación aunque poco lírico, Rafael Ma. Baralt se aproxima a Horacio: conocimiento sólido de la lengua, sobrio de figuras retóricas y esforzado esmero en la ejecución.

En el período del romanticismo, el Zorrillismo hizo sus estragos también en la literatura Venezolana, y pocos son los poetas de este período que merecen tal nombre. Sin embargo fueron poetas de tendencias clásicas dentro de ésta misma época Luis Alejandro Blanco, Juan Vicente González, Cecilio Acosta y José Ma. Morales Marcano, (1830-1888) que dejó inédita una traducción de Horacio de la que se han publicado algunos ejemplares, muestra de profundos estudios de humanidades.

En Venezuela, "se han conservado tradiciones de buen gusto que resistieron a la avemda romántica y que hoy mismo hacen reverdecer los lauros de Bello y de Baralt". (114) precisamente su fundador, el abogado Cordobés Gonzalo Jiménez de Quesada.

En la época Colonial fué muy pobre la producción literaria; el siglo XVII tuvo algunos escritores gongorinos; pero también fué estéril; la mitad del siglo XVIII fué en Bogotá de reavivamiento literario y científico.

Existieron entonces varios círculos y tertulias literarias que produjeron algunos poetas de poco mérito. De esta época es el gaditano Don Francisco Javier Caro, tronco de la familia más ilus-

(114).—..... " " " " " " 408.

tre en las letras colombianas, quien dejó además de sus versos festivos unas notas manuscritas a la Poética de Horacio. A su bisnieto, Miguel Antonio Caro, gran humanista, debemos "la mejor traducción de Virgilio que hay en nuestra lengua" (115) y su nieto José Eusebio Caro es el gran lírico colombiano.

El Dr. Miguel de Tobar, compuso entre 1814 y 1818 algunas odas de estilo horaciano; Don Mariano del Campo Larraondo y Valencia en 1801, publicó en el correo curioso de Santa Fe de Bogotá algunas odas de Horacio, "traducidas con bastante llaneza y prosaísmo". (116).

José Joaquín Ortiz, es a juicio de Menéndez y Pelayo, (117) "después de Queral el que mejor ha conservado en estos últimos tiempos las tradiciones de nuestra Oda clásica adaptándola a la expresión de sentimientos modernos".

Guillermo Valencia (1873) de Popayán es un latinista distinguido y, lucen en la factura de sus poesías, distintivas dotes horacianas", Ama las metáforas novísimas y comparaciones desusadas, y así equipara las pobres artistas con los lánguidos jorobados, del desierto en Los Camellos. . . , es éste el poeta moderno más completo y original, más semejante a sí mismo. (118).

En la actual generación literaria colombiana hay grandes poetas, polígrafos y filólogos entre éstos J. M. Restrepo Millán ha publicado en 1938 un trabajo sobre Horacio y su lírica ante el gusto moderno. ("Revista de las Indias". Suppl. Bogotá. Imprenta Nacional, 1938).

En Perú como en casi todos los países de la América Hispánica, la Historia Literaria se remonta a los tiempos de la Conquista. Fué el Virreinato de Nueva Castilla el más opulento y culto de la América del Sur. Tuvo imprenta desde fines del siglo XV,

(115).—..... " " " " " " 439-l.
(116).—..... " " " " " " 440-l.
(117).—..... " " " " " " 439-l.
(118).—..... A. Mejía, op. cit., pág. 391.

cuarenta años después que México, y el primer libro que salió de sus prensas fué del Inca Garcilaso de la Vega, cuzqueño. Tiene el mérito de ser el libro más genuinamente Americano de todos los tiempos". El y Alarcón el dramaturgo son los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América. (119).

Preclaros ingenios españoles visitaron Perú, lo mismo que a México en los siglos de Oro y dejaron allí la simiente de la mejor literatura de la época. Ellos que en su mayor parte pertenecían a la Escuela Sevillana, la emparentaron con la primitiva poesía Americana, al grado que puede considerarse ésta como una rama o continuación; pero por mucho tiempo la producción literaria Peruana no tuvo figuras de relieve. El "Apologético" del doctor Limeño Juan de Espinosa Medrano impreso en 1694, emprendió la defensa del Polifemo y las soledades de Góngora, contra Manuel de Faria, apoyándose en la autoridad mal entendida de la poética de Horacio.

En el siglo XVIII hubo en Lima una verdadera epidemia de poetastros y hasta los carteles de toros se escribían en verso; pero no por eso dejaba de haber buenos ingenios. Felipe Pardo y Aliaga, uno de los discípulos predilectos de Lista, es el verdadero representante de la escuela clásica en el Perú. "Su poesía es fruto legítimo de la Escuela culta y severa de fines del siglo XVIII, especialmente la de Moratín, pero con más animación y alegría, con viveza criolla, con un género de chiste peculiarmente limeño, aunque de especia muy fina y aristocrática". (120).

Un hermano suyo, José Pardo y Aliaga, también de excelente educación clásica, compuso una oda a la Independencia de América, laureada en un certamen chileno.

Entre 1848 y 1860 se desarrolló en Perú una pasión febril por la Literatura, siguiendo la corriente del romanticismo español, abanderada, como en Guatemala, por Fernando Velarde, influencia contraria a lo que significa el horacianismo en la literatura.

(119).—..... M. y Pelayo, op. cit., pág. 77.

(120).—..... M. y Pelayo, 177-II.

Santos Chocano, cuando quiere es el clasicista, a veces romántico, y por último en ocasiones se siente audazmente modernista. "En mi arte caben todas las escuelas como en un rayo de sol todos los colores". Es el vate americano por excelencia y su número es horaciano.

En la República del Plata no fué en la época colonial la producción literaria tan copiosa como en otras partes, Perú y México, por ejemplo, que contaban con grandes fados oficiales de cultura superior. Por otra parte la escasez de imprentas ocasionó la pérdida de algunas obras manuscritas. Entre los poetas horacianistas argentinos tenemos a Rafael Obligado, poeta correctísimo, que sabe aquilatar deliciosamente el lenguaje de su pueblo, y engarzar en sus estrofas elegantes y túrgidas, la palabra nueva con el giro viejo, la imagen criolla con la expresión castiza. Este es el rey del "ne quid numis" horaciano. (121).

Juan Cruz Varela (1794-1839) fue un verdadero poeta, y sin serlo extraordinario fué el más poeta de los que en su tierra le precedieron. Hizo traducciones de Horacio, Virgilio y Ovidio.

En su iniciación política literaria, Bolivia no tiene historia independiente, pues como fue creada "por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar y aparece como un apéndice de la del Perú o de la Argentina. El poeta que enriqueció con poesía de buena ley el haber literario fue el sevillano Luis de Ribera. Es de la escuela de Fray Luis de León, de Herrera y otros de la Escuela Sevillana.

El gusto del autor es muy severo y clásico: "nada de oropel ni argentería: oro macizo". (122).

La literatura inicial de Chile es de temple muy épico por la indomable resistencia que por mucho tiempo opusieron los araucanos a los conquistadores españoles. Es el único país de América cuya conquista ha sido inmortalizada en una grandiosa epopeya: La Araucana, el poema moderno que contiene más elemen-

(121).— R. Ragucci, op. cit., pág. 711.

(122).— M. y Pelayo, op. cit., 201-II.

tos genuinamente Homéricos. A poesía Histórica se reducen los dos primeros siglos de la literatura chilena y durante el período revolucionario no tuvo poetas como Heredia, Bello u Olmedo que contaron en la misma época en otros países hermanos. Bello que vivió gran parte de su vida en Chile, hizo allí pocos poemas, fue a ejercer el magisterio, para lo cual abrió una necesarísima escuela de gramática castellana, para que más tarde pudieran florecer los poetas. Se fundó la Universidad en 1843. Bajo su sabia dirección y su influencia fué notable, inmediato en la cultura de un País que hoy es de los más esclarecidos en el Concierto de las Repúblicas Hermanas de América. De sus Poetas, Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880) fué un defensor de la cultura humanística.

C O N C L U S I O N

El efecto de la dinámica horaciana en el desenvolvimiento histórico de la literatura universal, tiene manifestaciones en todos los aspectos de la creación literaria. Abarca desde la traducción hasta el ensayo crítico; desde la inspiración lírica hasta la investigación científica.

La traducción, ese arte descuidado, no obstante el alcance de su influencia en el cultivo de las letras y, a la vez, lleno de dificultades como bien lo resumen estas líneas de Rascommon: "T'is composing is the nobler part, but good translation is noy easy art", (81) ha tenido en Horacio un acicate, una meta y un estímulo. Ningún autor, entre los latinos ni entre los modernos, ha sido trasladado por tan diferentes plumas y con tanta frecuencia como Horacio, porque es su elocuente concisión: "parquedad de palabras pero cada palabra áurea moneda", (82) tesoro de inagotables sugerencias y una alta emoción estética el hacer vibrar en la propia lengua los acentos de su poesía inmortal.

Apasiona traducir a Horacio, porque es difícil aprisionar, de una sola vez, toda la fina esencia poética de sus versos; algo se escapa siempre. Contenida, muy a menudo, en originales asociaciones de palabras e interrelaciones de las frases, —aun entre las más corrientes del lenguaje—, cuyas connotaciones están íntimamente amalgamadas, hacen imposible al traductor agotar en su sola versión todo el alcance significativo del poema y, surgen otras y otras que van descubriendo nuevos matices.

El opus horaciano, en la aplicación de las diferentes teo-

(81).—..... Rascommon, citado por Gr. Showerman, op. cit.

(82).—..... Salomón de la Selva, Evocación de Horacio, pág. 23.

rías acerca de la traducción, ha sido un gran propulsor en la afanosa búsqueda de la fidelidad, ya se a la letra, ya al espíritu de la obra; tanto para los que opinan que toda clase de literatura debe traducirse en prosa como para los que exigen respeto al vehículo de expresión.

Desde el Renacimiento, la gran época de la traducción grecorromana, se hicieron en cada uno de los países de la Europa occidental varias versiones del caudal poético horaciano. Las que tuvieron mayor trascendencia en la vida de las letras, durante esta época y las centurias siguientes, fueron las de la Epístola a los Pisones, impropriamente llamada Arte Poética desde los tiempos de Quintiliano. En Francia fue ésta la bandera de la Pléyade en el siglo XVII y, una centuria más tarde, muerto su programa, vuelve a la palestra con Jean J. Rousseau. En Alemania, la enarbolan Opitz y Gottchid, en España se han hecho de ella no menos de cuarenta y siete traducciones sucesivas según datos de Menéndez Pelayo. En Inglaterra, más reacia a las reglas literarias, el libro de Cowl, *The Theory Of Poetry In England*, sobre el desarrollo de las doctrinas e ideas desde el siglo XVI al XIX, consigna referencias de Wodsworth, Ben Jonson, Temple, Chapman y Pope, quien asienta con toda justeza y comprensión que la autoridad de Horacio no es tiránica sino persuasiva.

Horacio vivió en una época de aberraciones literarias que pusieron de moda los seguidores desorbitados de la escuela alejandrina de Catulo, llamados a sí mismos con alarde de suficiencia, *poetae novi*, *neoteri* o *docti*. A este respecto, es la Epístola a los Pisones bastante ilustrativa y a ello debe su ostensible carácter apostrófico, el que se pronuncia con toda energía por la restitución de su severo gusto clásico a la lengua latina. Antecedente saludable éste, el primero y en su propio terreno, de la dinámica defensiva que había de ejercer andando los siglos en pro de la buena casta literaria y de las auténticas galas del idioma en los países de la vasta progenie romana.

Los *neoteri* habían atropellado hasta la ley inexorable de la unidad de la obra; aplicaron los metros rítmicos sin sentido discri-

minatorio y llenaron de extravagancias la poesía latina. Furius, Calvus, Cinna son increpados con el fino sentido satírico de Horacio en muy transparentes alusiones. Los preceptos sumarios de la célebre epístola, ampliamente difundidos y de los cuales muchos todavía son válidos, no representan todo el credo poético de Horacio, ni son tampoco como se ha pretendido, un tratado de preceptiva literaria, pues sobre los estilos, por ejemplo, no dice nada. Simplemente son unos cuantos consejos "adaptados a la mentalidad de los Pisones, que según parece, eran unos típicos poetastros romanos" (83), dictados por su amplia experiencia en el manejo de la lengua, su extraordinario sentido común y su recto juicio estético.

Su preocupación por el teatro, que ya asoma en la epístola dirigida a Augusto, tiene en el *Arte Poética* su amplia manifestación y, es a la recreación del drama latino, que prácticamente había dejado de existir, a la que Horacio dedica la mayor parte de esta obra. Sus principios abrieron paso al teatro de Séneca, cuya influencia remota es bien patente en Shakespeare y en los dramaturgos del período isabelino, y, más tarde, en el desarrollo y concepción del drama francés.

En cuanto a su creación lírica, además de la influencia evidente en la infinidad de citas, paráfrasis, creaciones reales o modeladas sobre sus propios temas, aclimatación de sus metros, la dinámica horaciana, en este aspecto, está confundida con el ideal mismo de perfección estética que representa y, al que aspira la gran poesía. Donde quiera que se halle una legereza alada, versos bien sonantes y escondidos, adjetivación sobria y elegante; nítida condensación del pensamiento en el mínimo de palabras, escogidas con precisión y hasta significativamente ordenadas, allí estará siempre presente lo activamente valioso del legado horaciano.

El siglo XIX, fué una época de rebelión contra las reglas mal llamadas "clásicas" por los autores consagrados de la cen-

{83}.— T. Frank, *Catulus and Horace*.

tura anterior, los cuales proscribieron, en nombre de la corrección académica, toda espontaneidad en la literatura y la anquilosaron. El espíritu de libertad que saturó en el siglo XIX el ambiente social, político, moral y artístico, impuso, como siempre sucede después de los grandes desastres, una reconsideración de los clásicos, espina dorsal al fin de la tradición y del nacionalismo salvador y constructivo. Fueron entonces estudiados más a fondo, verdaderamente comprendidos y la literatura se libró de las convenciones y prejuicios opresivos que llegaron a su clímax durante la era barroca. No fue este período, que Highet asemeja al Renacimiento, un colapso de los ideales estéticos grecorromanos, como puede creerse a la ligera; los ejemplos de Grecia y de la Roma Republicana eran de sus fuerzas más apremiantes.

El romanticismo redescubrió toda la digna liberalidad y la belleza que yacían sepultadas por los ideales "clasicistas" que le precedieron. El período barroco se había concentrado principalmente en la mitología y la historia clásica, la psicología humana y ciertos problemas filosóficos fundamentales; en la edad moderna, otras sollicitaciones atraen a los poetas, y aunque parece que su interés se aleja por completo de los clásicos y se orienta hacia otros temas, la mayor parte de los escritores demuestran estar más imbuídos de la tradición grecorromana que los de épocas precedentes.

Fué Grecia, más bien que Roma, la que inspiró a los hombres, de la era de las Revoluciones, y Grecia significa libertad. Libertad de reglas superficiales, perversas y tiránicas; y suspiraron de alivio cuando se dieron cuenta que los tratados de Aristóteles, que inspiraron en buena parte la Poética de Horacio, no querían obligarlos a escribir sobre moldes pre-establecidos, lo cual es rigurosamente cierto. Si a Horacio, se le tuvo como un dictador literaria durante la época barroca, no fue porque hubiera establecido un sistema de reglas absolutas, sino porque esas épocas admiraban más la autoridad que la libertad.

Desde fines del siglo XIX y en lo que va del nuestro, los estudios clásicos han adquirido un nuevo sentido y los escritores

grecorromanos se interpretan a la luz de nuevas disciplinas: la arqueología, la antropología, la lingüística, la filología; la investigación de las filiaciones entre escuelas e individuos, fuentes próximas o remotas de las obras, análisis crítico literario y filosófico, etc. Se han hecho en todos los países ediciones depuradas y anotadas por varios investigadores, como la de Teubner en Leipzig, más completa, la de Didot en Francia, y la de Oxford en Inglaterra, para no citar sino las más famosas. Se editan además revistas especializadas para organizar los estudios y darles publicidad actual entre las cuales podemos mencionar *Hermes*, *Philologus*, *Rheinisches Museum*, *The Classical Quarterly*, *Emerita*, etc.

Durante el período que va del siglo XVI a la fecha, "la influencia clásica ha dejado su huella más intensamente en Francia; produjo los efectos más recios en Inglaterra y ha provocado la mayor masa de erudición en Alemania"; (84) Horacio, uno de los más fuertes eslabones de la herencia clásica, ha sido el que ha impreso más hondamente su sello en la literatura europea e hispanoamericana, a él se debe "el cultivo del carácter en la disciplina de las letras" (85) y, por su universalidad, representa un vínculo entre intelectos tan diversos, según apunta Tyrrel, como Dante, Montaigne, Bossuet, La Fontaine, Voltaire, Hooker, Chesterfield, Gibbon, Wordsworth, Thackeray, a los que hay que agregar entre los de habla hispana, fray Luis de León, Menéndez Pelayo, Burgos, Pagaza, Díaz Mirón, como unos cuantos de una serie larga e ilustre.

Su magisterio estará siempre vivo y actuante mientras la Belleza sea el ideal supremo de la Poesía y de la Literatura, campos que él se anticipó a deslindar y a dejarnos en los paradigmas eternos de sus versos la muestra insuperable de lo que es la una y es la otra. Las normas de su código estético, tan lógicas como simples, pero capitales e imprescindibles porque son en sí mismas la esencia de la belleza literaria, se las reveló su instinto poético en el continuo bregar con los versos.

(84).—..... G. Highet, op. cit., pág. 406.

(85).—..... Gr. Showerman, op. cit. Fr.

"Nada hay en él que sea medio tono, ambiguo, titubeante, impreciso ni vago" (123). Ideas, ideas interesantes, envueltas en ropaje de sobria elegancia; ritmo ágil, musical y sugerente, y, sobre todo, expresión nítida y concisa. Esto, que es presea del buen conocedor de los misterios del lenguaje, quiere la musa horaciana, enemiga de la hojarasca en la elocuencia: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje", ha dicho entre nosotros y en nuestros días, González Marínez, interpretando la máxima divisa horaciana que corre por el mundo y, a manera de una ley inexorable, hace volver sobre sus pasos a la corta o la larga; pero hasta la fuente de la pureza lírica a la poesía que pierde su camino. Uno de los rasgos sobresalientes de las modernas escuelas literarias, es la de dar a la palabra, tanto en el verso como en la prosa, la categoría de "unidad estética de medida" como la llama Espinosa Pólit, y hacer con ella, ajustándose a este criterio, síntesis medulares de expresión. Esta es la vuelta sin proponérselo y sin saberlo, al horacianismo vital y constrictor.

El neologismo es una necesidad del lenguaje, que, como un ser viviente debe renovar sus elementos gastados; pero solamente es lícito cuando nace del jugo de su propia entraña, o cuando por alguna circunstancia se adopta del ajeno, si se le imprime el sello corriente del propio. Esta norma horaciana, válida tanto para la analogía como para la sintaxis, estará siempre presente defendiendo los fueros de la lengua en su más profundo sentido de dignificación y perfeccionamiento. . . "Si volet usus "Quem peres arbitrium est et ius et norma loquendi". El uso ha sido muchas veces objeto de controversia en la palestra de la discusión, porque una frase entresacada carece de los antecedentes en que se funda; pero ese uso, tratándose de Horacio, no puede ser otro que el de la gente entendida; para él, en materia de lenguaje, la plebe y los ignorantes nunca tuvieron autoridad.

(123).— Salomón de la Selva, op. cit., pág. 27

BIBLIOGRAFIA

- LA TRADICION CLASICA.—Gilbert Highet.—Fondo de Cultura Económica. México, 1954.
- HORACIO EN ESPAÑA.—M. Menéndez Pelayo.—Solaces Bibliográficos, 1885.
- EL MUNDO DE LOS CESARES.—Teodoro Mommsen.—Trad. de W. Roces.—México, 1945.
- GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS ROMANOS.—Montesquieu.—Colección Austral, 2a. edición. Buenos Aires, 1944. Traducción del francés, por Matilde Huici.
- HISTORIA DE LA LITERATURA ALEMANA.—Max Koch.—Editorial Labor, S. A. Trad. de Carlos Riba. Barcelona, 1927.
- HORACIO Y VIRGILIO.—Obras completas.—Prólogos, interpretaciones y comentarios de Lorenzo Riber. Editorial Aguilar, S. A., de ediciones Madrid, 1952. 3a. edición.
- LA VIDA COTIDIANA EN ROMA.—Jérôme Carcopino, versión española de Ricardo A. Caminos.—2a. edición. Editorial Hachette, S. A. Buenos Aires, 1944.
- XL ODAS SELECTAS.—Alfonso Méndez Plancarte.—Universidad Nacional Autónoma de México. 1946.
- HORACIO EN MEXICO.—G. Méndez Plancarte.—Editorial de la U.N.A.M., 1937.
- AMBROSIO RAMIREZ.—Traductor de Horacio.—Universidad Autónoma de S. L. P., 1954. Introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa.
- HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.—5a. edición, Hurtado y Placencia.—Madrid, 1943. Editorial S.A.E.T.A.
- LIBROS CASTELLANOS.—Rodolfo Ragucci.—Editorial Apis, Rosario, 1940.
- HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA E HISPANO—AMERICANA.—Abigail Mejía de Fernández.—Editorial Araluce. Barcelona. 2a. edición.
- LA SOCIEDAD ROMANA.—L. Friedlaender.—Traducción de W. Roces. Fondo de Culutra Económica. 1a. edición, 1947.
- HISTORIA DE LA POESIA HISPANO—AMERICANA.—Marcelino Menéndez Pelayo.—Santander. Aldus, S. A. de Artes Gráficas, 1948.
- EVOCACION DE HORACIO.—Poema de Salomón de la Selva.—México, 1949.
- EL PRISMA DE HORACIO.—Octaviano Valdés.—Editorial de la U.N.A.M., 1937.
- ESTILISTICA LATINA.—José Guillén.—Editorial Sígueme. Salamanca, 1954, 2a. edición.
- LATIN VULGAR.—C. H. Grandgent.—Publicaciones de la Revista de Filología Española. Traducción del inglés y anotaciones, por Francisco de B. Mall. Madrid, 1928.

- L'EPISTOLA AI PISONI.—Introduzione e commento de Nicola Scarano.—Carlo Signorelli. Editore Milano, 1946.
- A WALK TO HORACIO FARM.—E. K. Rand.—Boston, New York, 1930.
- CATALLUS AND HORACE.—T. Fran.—New York, 1929.
- DE RE METRICA HORATIANA EMERITA 1936-1937. P. U. González de la Calle.
- HORACE AND HIS INFLUENCE.—Gr. Showerman.—Boston, 1922.
- AN ANALYTICAL STUDY OF HORACE'S IDEAS.—Iowa Stud in class. Philol., V, 1937.
- LOS ELEMENTOS POPULARES EN LA LENGUA DE HORACIO.—G. Bonfante.—Emérita, 1936-37.
- HOMENAJE DE MEXICO AL POETA VIRGILIO, EN EL SEGUNDO MILENARIO DE SU NACIMIENTO.—México, 1931.
- TRAITE DE METRIQUE LATINE CLASSIQUE.—L. Nougaret.
- HORACE ASSEMBLEUR DES MOTS.—J. Marouzeau.—Emérita, 1936.
- HORACIO Y LAS MENIPEAS VARRONIANAS.—A. Tovar.—Emérita, 1936.
- MAS SOBRE EL EPODO IX.—J. M. Pabón.—Emérita, 1936.
- LA VILLA SABINA DE ORAZIO.—Monumenti antichi 1926-1927.—G. Lugli.
- HORACIO, SU LIRICA ANTE EL GUSTO MODERNO.—Rev. de las Indias, suppl. Bogotá. Imprenta Nacional, 1938. J. M. Restrepo Millán.
- TRAITE DE METRIQUE LATINE CLASSIQUE.—L. Nougaret.—Librairie C. Klincksieck. Paris, 1948.
- HISTORIA UNIVERSAL.—Ida Appendini y Silvio Zavala.—Editorial Porrúa, S. A. México, 1963.
- SINTESIS HISTORICA DE LA LENGUA LATINA.—M. Bassols de Climent.—Publicación de la Escuela de Filología de Barcelona, 1948.

FE DE ERRATAS

DICE	DEBE DECIRSE	Pág.
átamo	átomo	9
angulos	angulus	20
dodata	dotata	37
actamiento	acotamiento	38
pozo	poso	42
Es et nesas	Et nesas	44
pág. 1037	pág. 20	48
los	lo	49
prídicas	prédicas	61
estrpe	estirpe	64
alteración	aliteración	66
procedido	precedido	68
despés	después	69
scald	cola (gr.)	70
nomodelns	nomothetes, gr. (nomoteta)	70
bastan	bastante	76
proporcial	proporcional	79
aque	atque	80
seolatinas	neolatinas	81
de	del	81
colorario	corolario	85
semáticos	sermánticos	85
de	da	86
toería	teoría	101
libors	libros	104
poesía	poseía	116
preciossa	preciosas	119
escribi	escribir	128
lama	llama	128
estmia	estima	128
políglota	políglo to	128
desireto	desierto	136
simepre	siempre	143
corirentes	corrientes	143